

NEWADULT

«UN
CAMINO
DE VUELTA
A TI»

MI VIDA ES SUENÑO

MERCHE DIOLCH

Copyright

EDICIONES KIWI, 2019

info@edicioneskiwi.com

www.edicioneskiwi.com

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, ----- 2019

© 2019 ----

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Agradecimientos](#)

Para Gabriel y Juan.
Mi vida... Mi sueño...

«En mi recuerdo siempre habrá un camino de vuelta a ti».

Prólogo

Mimi

A veces, me he preguntado si es el destino el que fija nuestro camino o somos nosotros quienes lo construimos...

Hace ya un año de la historia que marcó mi vida, un año donde me conocí... Sí, me conocí, porque no siempre somos la persona que mostramos a la gente. Inconscientemente escondemos nuestros sentimientos intentando que los de tu alrededor no sufran o buscando, tal vez, que no te hieran.

Valor o miedo...

Quizás algunos piensen que fui valiente por esconder aquello que me dañaba, por tragarme todo lo que me hacía sufrir; pendiente de mis seres queridos para que ellos... sobrellevaran mejor su dolor.

Vivimos mucho, sufrimos mucho y lo que menos necesitaban era que yo también me derrumbara.

Eso pensaba...

Eso creía...

Alguien debía ser el fuerte de la familia, debía soportar todo lo que nos sucedía con la cara bien alta... Sin quejarse, sin gritar, sin llorar...

Pero...

Ese dolor era el nuestro, era el mismo para todos y yo también tenía derecho a vivirlo.

Disparate o realidad...

El ser humano a veces se mueve dentro de un mar de contradicciones y no es hasta que nos damos de bruces con la realidad o cuando alguien nos muestra la verdad, cuando despertamos del sueño donde estábamos inmersos.

Por lo menos eso es lo que me pasó a mí...

Alguien me ayudó a conocerme, alejándome de ese sueño donde había vivido tanto tiempo. Supo ver que, a pesar de mi sonrisa, lloraba por dentro, y que, aunque se me veía segura, era la persona más insegura del mundo.

No era mi realidad.

Un sueño que me construí y por el que caminaba hasta que desperté.

Sueños...

Aquellos hacia los que el destino nos conduce o nosotros mismos
construimos...

Mi vida, mi sueño, mi camino...

«Los amores de verano terminan por todo tipo de razones, pero al fin y al cabo todos tienen algo en común: son estrellas fugaces. Un espectacular momento de luz celestial, una efímera luz de la eternidad que en un instante se va».

—Nicholas Sparks
El diario de Noah (Nick Cassavetes, 2004).

Capítulo 1

—Este año está siendo un año de mierda, con unos meses de mierda y unos días de mierda. —La joven agarró la foto de su madre y se tumbó sobre la cama sin despegar los ojos de la imagen—. Y toda la culpa la tienes tú. ¿Por qué te has ido?

De pronto, sintió como una lágrima se deslizaba por su mejilla. Emitió un gruñido poco femenino y estampó el marco de madera sobre la almohada, limpiándose la cara a continuación.

En ese momento, se abrió la puerta de su cuarto.

—Mimi, ¿estás ya lista?

Observó a su padre con cara de pocos amigos y arrugó el morro al escuchar el apelativo cariñoso con el que la llamaba.

—Ya sabes que no me gusta que uses ese diminutivo.

La miró sin borrar su sonrisa del rostro y se subió las gafas metálicas por el puente de la nariz.

—Desde niña, te hemos llamado así...

—Desde niña —lo cortó—. Esa es la clave, papá. Me llamo Minnie, sí, como la ratona de Disney, pero ese es mi nombre. Ya lo he asumido porque... —mover los dedos— tengo ya casi veinte años, estoy en la universidad...

El hombre se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla, interrumpiendo su discurso.

—Siempre serás mi niña refunfuñona, tengas diez, veinte o treinta años.

Ella suspiró con pocas ganas, con intención de decirle lo que pensaba de esa afirmación, cuando su hermano pequeño apareció de pronto en el dormitorio.

—Papá, papá, papá...

La risa profunda de su padre se escuchó en la habitación mientras intentaba detener al torbellino de su hermano que no paraba de girar alrededor de él.

Hacía tiempo que no veía reír así a su padre, que no se le veía tan feliz o por lo menos cerca de la felicidad que conocieron.

«Quizás regresar a casa este verano ha sido una buena idea», pensó.

Observó la estampa que se producía delante de sus ojos y, por primera vez, después de un año, tuvo que reconocer que casi parecían una familia normal.

—¡Ian, para! —Su padre posó las manos sobre los hombros del niño, quien lo miró ilusionado—. Ahora dime qué ocurre.

El pequeño observó brevemente a su hermana, lo justo para sacarle la lengua, y devolvió su atención hacia la persona que buscaba.

—¿Puedo llevarme la bici? ¿Puedo? ¿Puedo?

Minnie resignada, expulsó el aire de su interior al escucharle, dejándose caer sin fuerzas sobre el colchón de la cama.

—Al final te vas a llevar la casa entera, Ian.

Él la miró enfurruñado.

—Tú no mandas...

—¡Ian! No hables así a tu hermana —lo regañó su padre, consiguiendo que se disculpase sin muchas reticencias.

—Perdónnn... —dijo, tirándose sobre ella, besándola sin parar, obligándola a apartar la cara para que no la llenase de babas.

—Está bien, está bien... —Se rio al mismo tiempo que le despeinaba el rubio cabello.

El pequeño le regaló una sonrisa triunfal y, con la misma rapidez que antes, se sentó en el borde de la cama esperando la respuesta de su padre.

—¿Puedo, papá? —El hombre lo observó sonriente y asintió—. Yuhuuuu... —Salió corriendo hacia las escaleras emitiendo un grito de júbilo.

—Papá, ¿en serio?

Este se encogió de hombros.

—Si él es feliz, nosotros seremos felices. —Le pasó la mano por sus rizos marrones y dejó la mano sobre su mejilla, enfrentando sus miradas—. No tardes. —Negó con la cabeza—. Necesito ayuda para cargar en el coche todo lo que quiere llevarse de vacaciones tu hermano.

No pudo evitar reírse y lo señaló con el dedo.

—Es todo por tu culpa... Solo tu culpa.

Le guiñó un ojo para desaparecer a continuación por la puerta, dejándola sola en su cuarto. Esta se tumbó de nuevo sobre la cama,

golpeándose en la cabeza con el marco de fotos que había dejado sobre la almohada. Observó la imagen de su madre, que según su padre, era una fotocopia de ella misma, con sus rizos oscuros bien definidos, su nariz respingona y las pecas que destacaban en sus pómulos. Una sonrisa deslumbrante, de esas que conseguían hacerte olvidar cualquier percance que hubieras sufrido, y su aroma... A pesar de ser solo una fotografía, Minnie podría jurar que en ese momento olía su perfume a tarta de manzana y vainilla.

Se incorporó y se acercó a la mesa para devolver a su sitio original el marco. Miró una vez más a la mujer que la miraba desde el papel, y la dejó con delicadeza sobre la lisa superficie, muy al contrario de como la había tratado con anterioridad. Pasó su dedo sobre ella y negó con la cabeza, sintiendo una nueva lágrima deslizarse por su rostro.

No podía retrasarlo más.

Respiró con profundidad y se puso en marcha, sacando una maleta de debajo de la cama.

—Vacaciones... ¡Allá vamos!

Capítulo 2

La ranchera iba cargada hasta arriba de cosas que, según Ian, de seguro necesitaban para sus vacaciones; lo que le hizo preguntarse a Minnie desde cuándo hacían caso a un niño de ocho años.

Se les había ido de las manos...

Verlo tan feliz desde que su padre le había anunciado que se irían de vacaciones, había sido como un chorro de aire fresco para su día a día, y más con el calor que comenzaban a sufrir.

Miró por el espejo retrovisor, buscando su reflejo, y comprobó que no apartaba la mirada de la *tablet* que colgaba de su reposacabezas. Había elegido una de sus películas favoritas, *Harry Potter y el prisionero de Azkaban*, ya que, aunque los expertos en la serie creada por Rowling, decían que era una de las aventuras más oscuras del pequeño mago, para Ian era la mejor. Claro que también salía su personaje favorito, Sirius Black, por lo que ya no había discusión alguna. Minnie no tenía ninguna duda de que ya debía de saberse los diálogos de los actores de memoria debido a la cantidad de veces que la había visto.

Se hacía mayor... Estaba muy alto, casi le llegaba hasta los hombros, y, por lo que había comprobado en estos meses que no había estado a su lado, no tardaría en alcanzarla e incluso superarla en estatura.

Un destello rojo y azul atrajo su atención, desviando la mirada hacia sus pequeñas manos donde destacaban dos muñecos articulados de sus superhéroes favoritos: Iron Man y Capitán América. No pudo evitar sonreír al darse cuenta de que, por mucho que siguiera creciendo, Ian no se olvidaba de esos héroes que lo habían acompañado desde bien pequeño.

Observó a su padre, quien acababa de emitir un grito agudo al tratar de imitar la voz del cantante de la radio, mientras conducía pendiente de la carretera, y se dio cuenta de que estaba relajado. Tarareaba las canciones que se escuchaban por la emisora, tamborileando con los dedos el volante al ritmo de la música, al mismo tiempo que una pequeña sonrisa asomaba por su boca.

Al sentir su mirada, la observó de medio lado y le guiñó un ojo cómplice animándola a que lo acompañara cantando. Ella le sonrió, feliz de verlo así, pero movió la cabeza de forma negativa, reticente a seguirle.

—No me gusta hacer el ridículo —dijo, mordiéndose el labio inferior.

Él emitió un grito indignado y palmeó su pierna de forma cariñosa.

—¿Qué insinúas con eso?

No pudo evitar carcajearse.

—No sé, papá. Imagínatelo.

La canción de Aerosmith, *I don't want to miss a thing*, comenzó a sonar de pronto y su padre, animado al escucharla, empezó a cantarla mientras movía la cabeza al mismo ritmo.

Minnie se rio de nuevo al verlo.

Ian, desde los asientos traseros, lo observó con la boca abierta.

—Papá, ¿estás bien?

Ella se llevó la mano hasta los labios intentando retener una carcajada ante la pregunta.

—Sí, hijo. Solo canto... —respondió el adulto.

—Ah... Creí que estabas berreando —le soltó para devolver su atención a la película de inmediato.

Su padre lo miró por el espejo retrovisor anonadado, observó a su hija a continuación y, sin poderlo evitar, ambos estallaron en sendas carcajadas.

Ese era Ian. Para él no había ni filtros ni nada que se le pareciera. Te decía lo primero que se le pasaba por la cabeza para después seguir con lo que estaba haciendo.

—¿Y dónde dices que está esa casa? —preguntó Minnie a su padre pasados unos minutos, en los que todos volvieron más o menos a la normalidad de lo que se suponía era un viaje familiar.

Hacía rato que habían tomado el desvío de la carretera comarcal que iba paralela al océano. La arena, que llegaba justo hasta el asfalto, y el agua, embravecida en ese momento, animada por las nubes de tormenta que se veían en el horizonte, mostraban una estampa que, en otras circunstancias, le hubiera encantado a la joven plasmar en su cuaderno de dibujos.

Al otro lado de la carretera estaba el bosque. Árboles de gran altura se alzaban hasta el cielo, formando una frontera natural, cobijando a los

animales que residían en su interior. El musgo verde resaltaba desde los troncos y las piedras, y el suelo estaba cubierto de las hojas de los pinos.

Tierra y agua... Furia y tranquilidad...

—Papá, ¿dónde está la casa? —repitió la pregunta al comprobar que, tras pasar un tiempo prudencial, no la respondía.

Este se subió las gafas por la nariz y la miró brevemente para devolver la atención a la carretera.

—Ya cerca —señaló de forma escueta.

Ella arrugó el ceño confusa, ante su corta explicación, e insistió de nuevo:

—Papá...

El hombre tomó aire y sin previo aviso, aparcó el coche en un espacio habilitado para ello.

—Ian, cariño, ¿quieres estirar las piernas un rato?

—¿Y puedo mojarme los pies en el mar?

Este asintió, observando como el pequeño salía con rapidez del vehículo para dirigirse hacia la playa.

—¿Vamos? —animó a Minnie a que lo seguiría mientras él también salía de la ranchera.

Ella no pudo más que asentir con la cabeza.

El pequeño, tras quitarse las deportivas y los calcetines, corrió hacia el agua.

—Ian, espera... —le gritó su hermana, sin poder evitar que se mojara los pies. Se acercó hasta donde estaba y le arremangó los vaqueros hasta las rodillas, ya algo mojados—. No te alejes de la orilla —le aconsejó, dándole un beso en la mejilla.

Este asintió conforme para darse de inmediato la vuelta, metiendo los pies de nuevo en el océano.

Minnie se quedó en la orilla de la playa, vigilando a su hermano. El mar estaba muy picado y la tormenta estaba a punto de venírseles encima, por lo que debían estar precavidos.

El viento soplaba fuerte, remolinándose alrededor de ellos, levantando con su fuerza la arena de la playa.

Su padre se colocó a su lado, con las manos en los bolsillos del pantalón

y con la mirada perdida donde las nubes ya tenían un color muy oscuro. Tenía la mandíbula tensa y sus ojos azules poseían de nuevo la seriedad de los días pasados, una imagen muy lejana a la que les había acompañado durante el viaje.

Minnie se cruzó de brazos, pendiente de cada uno de los movimientos de Ian, y sintió un pequeño escalofrío recorrerle de arriba abajo. Esa mañana se había levantado el día con mucho calor por lo que solo llevaba una blusa de manga corta, atada con un nudo en el estómago y, debajo de ella, una camiseta de tirantes de color rosa chillón. Animada por la temperatura, se había puesto un corto pantalón amarillo, dejando expuestas sus piernas que, aunque no eran la parte favorita de su cuerpo, al no ser estilizadas como las de las modelos de revista, había vencido su parte lógica y había buscado la prenda que le evitara asarse por el calor a lo largo del día. Para los pies había optado por unas sandalias de dedo, del mismo color que el pantalón, sus favoritas para esa época del año por lo cómodas que eran.

Su cabello empezó a moverse por culpa del aire, golpeándole en la cara, obligándola a atraparlo con una de sus manos. Enredó algunos de los rizos entre sus dedos y se recordó mentalmente que no debía tardar en cortárselo. Ese año ya se demoraba demasiado en hacerlo, pero sentía como que algo se lo impedía...

—¿Por qué siento que me escondes algo? —preguntó a su padre al ver que él no le decía nada de la conversación que habían mantenido en el coche.

Él suspiró y la miró rendido.

—Vamos a casa de Helen.

Minnie levantó una de sus cejas sorprendida.

—¿La amiga de mamá?

El hombre asintió.

—Me llamó hace unos días y me lo propuso. —Fijó los ojos en él, pendiente de su explicación—. Según ella, necesitamos unos días de descanso...

Minnie no pudo más que asentir al escucharlo.

—Sí, eso es verdad. Necesitamos unas vacaciones familiares. Desde que regresé a la universidad, apenas hemos pasado tiempo juntos.

—Son sus mismas palabras.

Volvió a mover la cabeza de manera afirmativa.

Helen era la mejor amiga de su madre desde que eran niñas. Siempre había estado a nuestro lado, para lo bueno y... para lo malo. Se preocupaba por ellos y no le extrañaba nada su proposición. Sobre todo sabiendo lo mal que lo estaba pasando su padre con toda esa situación que les había estallado de pronto encima.

—¡Ian, no te metas más! —regañó a su hermano en cuanto se dio cuenta de que cada vez se adentraba más en el agua. Sus pantalones estaban ya empapados del todo.

—Déjalo —indicó su padre—. La ropa se seca.

Minnie emitió un sonido poco femenino ante su petición, pero no dijo nada, dejando que el pequeño hiciera lo que quisiera. Era verdad que la ropa se secaba pero primero habría que meterla en la lavadora y luego tenderla para quitarle la sal de la tela, tarea que sabía que le iba a tocar realizar a ella en cuanto llegaran a su destino.

—Hay una cosa que no entiendo, papá —comentó pasados unos segundos, en los que los dos observaban las trastadas de Ian—. ¿Por qué no me lo contaste cuando me hablaste de estas vacaciones? Me llamaste a la residencia para avisarme del cambio de planes para el verano, pero no mencionaste nada de Helen.

Habían acordado pasar tiempo juntos, los tres: Ian, su padre y ella, pero en su casa. Querían ponerse al día... Tras meses sin verse, por el regreso de esta a la universidad, lo que menos les apetecía, era salir de su área de confort.

Por lo menos a Minnie no le apetecía nada... Y, si era sincera consigo misma, incluso le había sentido como un jarro de agua fría.

No quería salir, ni ver a nadie...

Necesitaba tiempo con su familia y, sobre todo, tiempo para ella.

—Estabas liada con los exámenes y no quería que te influyera de alguna manera —se excusó, siendo poco convincente.

Volvió a mirarlo confusa. Sentía que había algo más que no terminaba de contarle.

—¿Y luego cuando regresé a casa?

Su padre golpeó la arena con el pie y se encogió de hombros.

—No vi el momento...

No pudo evitar reírse ante la excusa.

—Llevo una semana en casa, papá. Creo que sí ha habido tiempo para ello. —Se quitó las sandalias, dejándolas al lado de las deportivas de Ian, y se acercó al agua, tentada por comprobar qué temperatura tenía—. Menos mal que eché en la maleta un par de bikinis, si no me habría tocado bañarme en ropa interior o ir de compras nada más llegar a nuestro destino.

Él le regaló una sonrisa traviesa y confesó:

—Inspeccioné tu maleta antes de meterla al coche para que eso no sucediera...

—¿Has hecho qué?! —Lo miró con cara de pocos amigos.

Este se encogió de hombros.

—Licencias que uno tiene por ser padre.

Minnie negó con la cabeza y le apuntó con el dedo índice.

—Una y no más...

—Santo Tomás —terminó la frase su hermano, al mismo tiempo que la salpicaba con el agua.

—¡Ian! —gritó.

—Ian, no salpiques a tu hermana —lo regañó su padre, a la vez que la mojaba él por el otro lado.

—¡Papá!

Este colocó sus brazos en jarras sin apartar la mirada de ella.

—¿Sí, hija?

—NO - ME - MOJÉIS —indicó, separando una a una las palabras, sin desviar la atención de ninguno de los dos.

No se fiaba de ellos por lo que comenzó a alejarse de su lado.

—Mimi, ¿adónde vas? —preguntó Ian divertido.

—A ningún sitio —señaló, mientras andaba para atrás, con los brazos extendidos hacia ellos, como si pudiera detenerlos, adentrándose cada vez más en el mar.

Padre e hijo compartieron miradas cómplices, contaron hasta tres, y la mojaron, empapándola de arriba abajo.

—Agh... ¡Esto es la guerra! —gritó Minnie salpicándolos a los dos con los ojos cerrados. No quería que le entrara sal en los ojos por lo que su

puntería era penosa, pero menos mal que Ian acabó poniéndose de su parte, y, entre los dos, comenzaron a mojar a su padre.

Las risas se sucedieron y los gritos de júbilo se repitieron en mitad de la playa. Si alguien los hubiera visto, habría pensado que estaban locos, pero no había problemas. Estaban solos, lejos de cualquier civilización, en mitad de lo que parecía que iba a ser una gran tormenta, pero les daba igual.

Ian acabó empapado, cuando su padre lo cogió en brazos para adentrarse con él mar adentro, sumergiéndose en el agua sin ninguna contemplación. Le era indiferente que fueran vestidos, que siguiera calzado o incluso que llevara puestas las gafas. Menos mal que tuvo un momento de lucidez y, aunque no se acordó de salvar sus zapatos, sí dejó las llaves donde descansaban las sandalias de Minnie.

Los tres disfrutaban del momento como llevaban tiempo sin hacerlo, lejos de preocupaciones y compromisos.

La joven no paraba de reírse sin apartar la mirada de ellos, divertida por las pintas que tenían, sin reparar en que ella ofrecía la misma imagen. Estaba sentada dentro del agua, descansando, con el cabello chorreando, y con arena en partes en las que era mejor ni mencionar. Echó en falta no tener el móvil a mano porque podría haberles hecho alguna fotografía para luego recordar el momento, y, si tenía ánimo, pasarla después a su cuaderno de dibujo.

Apoyó las manos en la arena mojada, observó el oscuro cielo y dejó que las olas la bañaran.

Recordar el momento...

Hacía meses que no sentía el deseo de retratar escenas vividas, ya fuera por medio de una fotografía o un dibujo. Desde siempre había buscado reflejar esas etapas de su vida que la habían acompañado con una cámara fotográfica, un lápiz o un pincel. Se refugiaba en sus dibujos, donde fijaba momentos eternos en su cuaderno, para poder rememorar con posterioridad lo experimentado, recordar las risas, las lágrimas o los sueños, pero...

Llevaba tiempo sin hacerlo, sin sentir ni siquiera ese hormigueo que le nacía desde niña en la yema de los dedos y que la empujaba a tomar lápiz y papel, para plasmar las imágenes.

Hasta ahora...

Cerró los ojos y dejó que el aire despeinara su cabello, escuchando de fondo las risas de su padre y su hermano, mezclándose con el movimiento del mar.

«Quizás... quizás sí iba a ser buena idea ese viaje», pensó dejando que el agua y el viento la arropasen.

Justo en ese momento, una gota de agua dulce aterrizó en su mejilla, miró a su padre y a Ian, que seguían bañándose en el azul inmenso, ajenos a lo que sucedía por encima de sus cabezas, y los llamó según se levantaba:

—¡Papá! ¡Ian! Está lloviendo. —Señaló el cielo justo cuando un trueno resonó sobre sus cabezas—. Tenemos que irnos.

Su padre asintió de inmediato. Agarró de la mano a su hijo y tiró de él hacia la playa. Tomó las deportivas de este, sin detenerse a ponérselas, y recogió las llaves de la ranchera.

Minnie comenzó a correr hacia el coche, sintiendo como el agua caía sobre ellos, luchando con la ropa mojada que se adhería a su cuerpo.

Le quedaban un par de metros para llegar al coche cuando los intermitentes se encendieron, avisándole de que su padre acababa de abrir el vehículo tras ella, gracias al mando a distancia. Con rapidez, ocupó de nuevo el asiento del copiloto, seguida por los otros miembros de su familia que se acomodaron entre risas.

No pudo evitar sumarse a su risa al comprobar sus pintas.

Por culpa del agua del mar, los tres estaban empapados, pero la tormenta había terminado por mojarlos del todo, si todavía eso se podía conseguir más.

Minnie tenía la ropa pegada a su cuerpo, y la sal y la arena le arañaban la piel. Sus rizos, siempre rebeldes en su cabeza, estaban casi lisos y, por sus puntas, goteaba agua, salpicando la tapicería del coche.

Observó a su padre y a su hermano, quienes tampoco tenían mejor aspecto.

—¿Podemos arriesgarnos a buscar algo de ropa para cambiarnos? —preguntó el adulto a nadie en particular, mientras intentaba encontrar algo seco con lo que limpiar sus gafas.

Ella bajó la ventanilla de su lado y sacó la cabeza para meterla con velocidad en el interior, al comprobar que diluviaba.

—¿Está muy lejos la casa de Helen? —respondió con otra pregunta,

mordiéndose el labio inferior mientras intentaba subir el cristal con la manivela lo más rápidamente posible. Era en estas ocasiones cuando echaba de menos que su padre tuviera un coche más moderno, para poder subir la ventanilla con un simple botón.

Él negó con la cabeza y se colocó las gafas en la nariz.

—Creo recordar que no...

—Pues entonces adelante. Ya nos cambiaremos cuando lleguemos —le indicó la joven aunque comenzaba a sentir un poco de frío—. Ian, ¿no te importa ir mojado, no? —le preguntó, girándose levemente, comprobando que ya estaba más pendiente de la película que de ellos dos—. Ian...

Este parpadeó y los miró sin saber muy bien qué decir.

—¿Pasa algo?

Padre e hija negaron con la cabeza.

—Nada. No te preocupes —comentó el hombre mientras ponía en marcha la ranchera—. Nos vamos. —Guiñó un ojo a Minnie y puso el vehículo en movimiento.

Capítulo 3

Pasada media hora llegaron a su destino.

El padre de Minnie había tenido que aminorar la velocidad en un punto de la carretera cuando comenzó a granizar por encima de ellos. Pensó en detener la ranchera, para esperar a que pasara la tormenta pero, cuando había tomado esa decisión, dejó de llover, saliendo el sol por entre las nubes. Es lo que tenía el verano, que a veces te asabas de calor y otras podía estar cayendo el diluvio universal, para a continuación hasta salir un arco iris por el horizonte.

—Mira, Ian. —Señaló Minnie el arco de colores que se había materializado, como por arte de magia, desde el cielo hasta el océano.

—¿Cómo ha ocurrido? —preguntó el pequeño.

Los otros dos ocupantes del vehículo se miraron sin saber muy bien cómo explicar el fenómeno meteorológico.

—Es un fenómeno óptico —indico el padre, sin dar más detalles.

La joven puso los ojos en blanco porque sabía lo que iba a ocurrir a continuación.

—¿Un fenómeno qué? —se interesó el pequeño de nuevo.

Minnie suspiró.

—Un fenómeno óptico —repitió—. Cuando los rayos del sol atraviesan las gotas de lluvia, aparece el arco multicolor. Las gotas actúan de prisma, que al ser atravesadas por los rayos, descomponen la luz blanca en siete colores.

Su padre y su hermano la observaron boquiabiertos.

—¿Tú no estudiabas Arte? —le preguntó su hermano.

—Bellas Artes para ser más exactos —lo corrigió—. Pero, ¿por qué? — Se giró en el asiento de medio lado para poder verlo mejor.

—Porque no sabía que eras una científica —dijo casi con reverencia.

Minnie lo miró sin saber muy bien si se lo decía de forma irónica o en serio. La experiencia le decía que podía esperar cualquier cosa de su hermanito pequeño.

—¿Me estás tomando el pelo?

Él negó con la cabeza.

—Pero...

—¿Pero? —preguntó con miedo.

—¿Hay negro?

—¿Dónde? ¿En el arco iris?

Este asintió sonriéndole.

—Están los colores del Capitán América, de Iron Man —movió los muñecos que tenía entre las manos, señalando al mismo tiempo el arco multicolor—, pero no veo los de Darth Vader...

Minnie miró a su padre que intentaba no reírse ante la pregunta y devolvió la atención a su hermano.

—No, pero si lo miras bien, verás otros siete colores...

—¿Pero el negro no? —insistió.

Ella suspiró y negó con la cabeza.

—No, el negro no.

—Pues vaya rollo. Tanto arco iris, tanto arco iris...

Su padre terminó por carcajearse.

—¿Te parece divertido? —Minnie lo acusó.

Este la miró y se encogió de hombros.

—Me parece que tú solita te has metido en este lío.

La joven se acomodó en el asiento, olvidándose de su hermano que ya estaba pendiente de otra cosa que le interesaba más, y se llevó la mano hasta el arco de la nariz.

—Toda la razón. ¿Quién me mandaría a mí responder a su pregunta?

Su padre le apretó la pierna y devolvió la mano al volante de inmediato.

—No te castigues. Ya sabes cómo es tu hermano. Ha salido por ahí, pero podría haberte seguido preguntando hasta no saber qué responder.

Ella sonrió y le mostró su móvil, donde aparecía una breve explicación de lo que era un arco iris.

—Con el señor Google siempre habríamos sabido qué responder.

Su padre correspondió a su sonrisa pero esta vez no le llegó hasta los ojos.

—Hay cosas que no puede solucionar Google.

—Lo sé... —dijo, dejando en el aire lo que ambos sabían y no querían

mencionar.

—Hemos llegado —anunció su padre, cambiando de tema, al mismo tiempo que detenía el vehículo. Miró a su hija, a la que le dio un beso cariñoso en la mejilla, y se volvió hacia Ian—. ¿Me ayudas con las maletas?

El pequeño, que ya abría la puerta sin esperar permiso, asintió.

—Primero sacamos la bici —dijo, lanzándose al exterior del vehículo.

—¿Sabes lo que va a ocurrir, no? —le preguntó ella a su padre, antes de que siguiera al pequeño.

Este le apretó su mano y movió la cabeza de manera afirmativa.

—Por eso, no tardes en salir a ayudarme.

Minnie asintió y observó cómo su padre se quitaba los zapatos empapados por el agua del mar, para a continuación salir del coche descalzo. Ella no tardó en seguirlo, y una vez fuera, observó con detenimiento la casa que les iba a alojar durante sus vacaciones.

La casa de Helen.

Construida con madera, esta había perdido ya algo de su color original, habiendo a lo largo de la casa zonas más oscuras y otras más claras. Tenía dos pisos y el tejado estaba construido a dos aguas. La terraza estaba orientada hacia la playa, enmarcada por una barandilla también de madera y desde la que salían unas escaleras de piedra que llevaban hasta la arena. En ella destacaban un par de tumbonas y una mesa con sombrilla que en ese momento estaba recogida.

No era una vivienda ostentosa pero se la veía acogedora y eso que parecía que estaba aislada. No se veía ninguna población cercana, aunque su padre le había confirmado que no muy lejos de allí había un pueblo donde podrían comprar los enseres y alimentos que necesitaban.

Rezó para que la luz eléctrica no se hubiera ido, debido a la tormenta, ya que estaba cansada tras el viaje y sabía que su padre también, por lo que no le apetecía nada tener que estar buscando el generador auxiliar, si lo había, o llamar a un técnico que acudiera en su ayuda.

Observó la planta de arriba donde había tres ventanas y supuso que podrían pertenecer a tres cuartos diferentes.

—Quizás pueda tener una habitación para mí sola... —dijo en voz alta, mirando cada una de las ventanas del piso superior cuando el movimiento de

una cortina atrajo su atención. Achicó los ojos, intentado comprobar si acertaba en su apreciación o habían sido imaginaciones suyas, pero no volvió a ver movimiento alguno.

—Mimi, ¿me ayudas? —le reclamó su padre, alejándola de su escrutinio.

—Papá, ¿y Helen dónde está? —le preguntó, acercándose a la parte trasera de la ranchera, agarrando un par de maletas que este le daba—. ¿Se ha ido de crucero? Creo recordar que le gustaban mucho.

Su padre la miró unos segundos, como si estuviera meditando qué decirle, cuando la puerta de la casa se abrió.

—Menos mal que ya habéis llegado —señaló una mujer rubia, con grandes raíces oscuras en el cabello, evidenciando que su color de pelo no era natural, que se dirigía hacia ellos. Vestía una gran camisola de color celeste que le llegaba hasta los gemelos y que disimulaba las curvas de su dueña—. Con el tormentón que ha caído, le estaba diciendo a Federico que si tardabais un poco más en aparecer, salíamos en vuestra búsqueda.

—Helen... —dijo Minnie abriendo y cerrando la boca, pasando su mirada de su padre a ella—. ¿Qué hace aquí, Helen?

El hombre la besó en la cabeza y le susurró al oído:

—Vamos a pasar las vacaciones con ellos...

—¡¿Qué?!

—Oh, Mimi, qué guapa estás —le indicó la dueña de la casa en cuanto estuvo a su lado, interrumpiendo la conversación entre padre e hija—. Eres toda una mujercita...

—Hola, Helen. —Le dio un beso en la mejilla a modo de saludo y agarró con mucha más fuerza las asas de las maletas que llevaba—. Gracias por invitarnos a pasar unos días en tu casa.

—No hay de qué cariño. —Movié la mano quitando importancia al asunto—. Nos lo vamos a pasar muy bien. Ya lo verás.

—Seguro... —masculló entre dientes.

Su anfitriona la observó y le revolvió con cariño el cabello todavía mojado.

—Anda, vete para adentro y dile a los chicos que salgan para ayudarnos.

—¿A los chicos? —preguntó algo confusa.

Helen se rio y asintió al mismo tiempo que le despeinaba el cabello de

nuevo.

—Claro, cariño. A mi marido Federico y a Dante... ¿Te acuerdas de Dante, no?

La joven no pudo más que asentir con la cabeza, sin apartar los ojos de su padre quien sacaba cosas del maletero del vehículo, evitando mirarla.

—Pero por Dios, Luis, qué pintas traéis. ¿Os habéis bañado en el mar con la ropa puesta? —preguntó su anfitriona al padre de Minnie.

Este sonrió y asintió.

—Has acertado...

—¿Cómo?

—Papá se bañó en la playa hasta con los zapatos puestos —dijo Ian apareciendo de pronto al lado de ellos, montado en su bicicleta.

Helen miró los pies descalzos del hombre y se rio.

—Empezáis pronto a desconectar: —Le golpeó la espalda, empujándolo un poco—. Ahora, dame alguna maleta —ordenó—. Así acabaremos antes.

El padre de Minnie le pasó dos bolsas de viaje.

—Creo que con el resto puedo yo...

—Sí, porque a este paso tu hija no va a entrar nunca en la casa para pedir ayuda —comentó, mirando por encima del coche, observando como la joven se resistía a abrir la puerta.

El hombre observó lo que le decía.

—Necesita algo de tiempo...

La dueña de la casa se volvió de inmediato hacia su invitado.

—¿Tiempo? —repitió confusa—. Oh, no... —Dejó las bolsas que le acababa de dar en el suelo y apoyó sus manos en las caderas—. Luis no me digas que no lo sabía...

Este arqueó sus cejas y se encogió de hombros.

—No supe cómo explicarle que íbamos a pasar unos días en casa de su exnovio... —Se sentó en el borde del maletero del coche como si estuviera agotado—. Se lo he contado hace como media hora.

Esta movió la cabeza de manera afirmativa pero en el último momento se detuvo.

—Con Dante —mencionó a su hijo— ¿Le has dicho que estará Dante también?

El padre de Minnie apoyó sus manos sobre las piernas y soltó el aire de su interior.

—Eso se lo has dicho tú...

La mujer lo observó con los ojos abiertos de par en par y miró de nuevo a la joven que acababa de desaparecer por el interior de la casa.

Capítulo 4

La puerta de la casa se cerró tras ella, atrayendo la atención del hombre que, sentado en un sillón orejero de color marrón oscuro, leía el periódico con tranquilidad. Se quitó la pipa de la boca y la observó, al principio, sorprendido, como si no supiera bien de quién se trataba, para pasar de inmediato un rayo de reconocimiento por su mirada.

—Mimi, ¿eres tú, verdad?

—Hola, señor Pedraza...

El hombre se rio, dejó la pipa sobre un cenicero que había en una pequeña mesa, cerca de donde estaba sentado.

—Federico, llámame Federico —la corrigió—. Te conozco desde que llevabas pañales, por lo que dejemos a un lado las formalidades. —Se levantó de su asiento al mismo tiempo que doblaba el periódico que leía para dejarlo en la mesita—. ¿Y tu padre? ¿Cuándo habéis llegado?

—Fuera. Hace unos minutos. —Levantó los brazos, mostrando las maletas que cargaba—. Helen ya está allí...

El hombre se subió las gafas de pasta que llevaba y movió la cabeza de manera afirmativa. Iba vestido con un pantalón de pinzas beis y una camisa de manga larga azul claro, y Minnie pensó que le faltaba el suéter de cuadros sin mangas y la pajarita con la que lo había visto vestido desde bien niña. Era el prototipo de profesor despistado que mostraban las películas, más pendiente de los libros que de la gente que tenía a su alrededor. Un hombre por el que siempre había sentido un especial cariño ya que a su lado se sentía cómoda, sin miedo a que le insistiera para que hablara de lo que le preocupaba.

—Sí, ya la veo —indicó mirando a través del cristal de la puerta—. ¿Y tu hermano? Ha tenido que cambiar mucho desde que no lo vemos.

La joven sonrió.

—Un poco... Está con la bicicleta haciendo el reconocimiento de la zona.

Él se rio.

—Eso está bien. No le gusta perder el tiempo... —La miró de arriba abajo mientras se subía las gafas—. Has cambiado mucho, Mimi... ¿Estás bien? —le preguntó a bocajarro, sorprendiéndola.

Esta agachó la mirada y asintió con timidez.

—Sí... —afirmó con poca convicción.

El dueño de la casa, notando su incomodidad, cambió de tema de inmediato.

—¿Necesitas que te ayude?

Ella negó.

—No es necesario. Solo dígame dónde puedo llevar esto. —Movié la cabeza mostrando las maletas que había terminado por dejar en el suelo de madera.

—¿Son las tuyas? —Asintió—. Entonces, en la planta de arriba hay tres dormitorios. —Señaló las escaleras que había cerca de ellos—. Dos están libres. Elige el que más te guste.

—Gracias...

Federico observó como desaparecía hacia el piso superior y negó con la cabeza con pesar. Abrió la puerta y salió al exterior para reunirse con su esposa y con su viejo amigo.

Minnie llegó a la planta de arriba algo nerviosa. Observó el pasillo que se abría ante ella, iluminado por la luz del sol que entraba por la ventana, y avanzó con lentitud, mirando los cuartos que había a cada lado.

Dejó atrás una pequeña sala de estar, donde un sofá azul de dos plazas enfrente de una televisión plana, ocupaba la mayor parte del espacio. Junto a ella, una consola con dos mandos, y varios videojuegos; y, en uno de los lados de la habitación, destacaba una pequeña estantería, donde descansaban libros de diferentes temáticas. Pensó que, si sentía la necesidad de sumergirse en la lectura, no tendría ningún problema ya que con esa colección y con los libros que seguro que habría repartidos por la casa, al ser sus dueños profesores, tendría donde elegir.

Enfrente de esa habitación, se encontraba uno de los dormitorios que Federico le había indicado.

Abrió la puerta entornada con temor y se encontró un cuarto donde algunos de los objetos que lo habitaban le eran familiares.

Debía seguir su camino, meterse en uno de los otros dos dormitorios que estaban libres, porque estaba segura de que ese ya estaba ocupado, pero sus pies se anclaron al suelo y no pudo avanzar. Las maletas cayeron de sus manos y observó con cierta nostalgia el cuarto, sin saber muy bien por qué se detenía.

Sabía que se metería en un problema si la persona que dormía en esa habitación aparecía pero, aunque su cabeza la instaba para que se marchara, su corazón, se lo impedía.

Observó la cama que estaba cerca de la ventana; un nórdico azul donde la luna ocupaba el lugar central en la tela, la arropaba, y, encima de ella, había varios cómics desperdigados por el colchón. Una mesa, donde descansaban algunos libros, que por lo que pudo identificar por los títulos que se leían en sus lomos, eran biografías de personalidades importantes de la historia, ocupaba el otro lado de la habitación, junto a una silla de madera de la que colgaban un par de chaquetas deportivas.

Colgado en una de las paredes, destacaba un póster rojo y blanco, donde se leía el nombre del grupo favorito de música de *rock indie*, Vetusta Morla, de quien ocupaba esa habitación; y al lado de él, diferentes láminas con dibujos que hacían referencia a los inventos, retratos o estudios de Leonardo Da Vinci.

Llamó su atención un cuadro de corcho rectangular que también colgaba de la pared de madera, donde entradas de conciertos o de cine se distribuían a lo largo de su superficie, sujetas por chinchetas multicolores, compartiendo espacio con fotografías que imitaban el formato de las antiguas Polaroid.

Inconscientemente se adentró en la habitación y observó las imágenes en las que aparecía una pandilla de chicos. A algunos los conocía muy bien. Había salido con ellos, había compartido las mismas risas que en esos retratos se mostraban. Charlas y confidencias, sintiéndose parte de un grupo...

De pronto, los ojos oscuros de uno de ellos, la atravesaron.

Llevó los dedos hasta su retrato pero en el último momento no pudo tocar la fotografía.

—¿Qué haces aquí?!

Ella ocultó su mano, como si la hubiera pillado haciendo algo malo, y miró al recién llegado.

Un chico alto, más alto que ella, la miraba con cara de pocos amigos. Un vaquero negro que se le ajustaba a la cadera, con el botón desabrochado, era la única prenda que llevaba. Ninguna camiseta le cubría la parte de arriba, dejando visible los músculos definidos de su dueño. Los pies estaban descalzos y en una de sus manos colgaba una toalla blanca, por lo que Minnie supuso que acababa de salir del cuarto de baño.

Su media melena negra estaba mojada y algunos de sus mechones caían sobre su frente, ofreciéndole una atractiva imagen que su corazón reconoció al instante. Su mandíbula cuadrada, poblada por un poco de barba, evidencia de que llevaba varios días sin afeitarse; y su negra mirada la observaba con rencor.

—Tus padres nos han invitado a pasar unos días...

El joven traspasó la puerta de la habitación y tiró la toalla sobre la cama con más fuerza de la que debía, para mirarla a continuación de frente. Dejó que sus ojos se encontraran y lo que vio en ellos, no le gustó nada.

—No te digo eso —indicó, intentando controlar su genio—. ¿Qué haces en mi habitación?

Minnie agachó la mirada nerviosa, ante su escrutinio.

—Buscaba... Creí que... —tartamudeó sin saber muy bien qué decirle—. Tu padre me dijo que había dos dormitorios libres y que eligiera...

—Este no está vacío —la cortó con brusquedad, cruzándose de brazos—. Sal ahora mismo de mi habitación.

Ella asintió y sin mirarlo, se acercó hasta sus maletas que seguían bajo el marco de madera. Las agarró con rapidez y salió disparada hacia el pasillo.

El ruido de la puerta al cerrarse tras ella, fue la prueba clara de lo que le depararía esos días.

«—¿Crees que nuestro amor puede obrar milagros?

—Oh, sí, lo creo, por eso siempre regresas a mi lado».

—Nicholas Sparks,
El diario de Noah (Nick Cassavetes, 2004).

Capítulo 5

Dante

Creí que estaba preparado...

Pensé que después de este año sin verla, sin hablar con ella, sin estar a su lado... habría conseguido controlar mis sentimientos...

Sabía que no la había olvidado.

El primer amor nunca se puede olvidar, pero pensé que el amor que sentía hacia ella se había terminado.

Pero no...

No me era indiferente.

Solo me había mentido a mí mismo.

Ahora lo sabía.

Al encontrarla en mi dormitorio, rodeada de todo lo que era importante en mi vida, me había dado cuenta de que ella...

Mimi era lo que me había faltado todo este tiempo.

Había cambiado...

Cuando nuestros ojos se encontraron, noté que había cambiado... Ya no era la chica dicharachera que había conocido, que me había conquistado.

Era distinta...

Sus ojos marrones escondían mucha tristeza y su timidez...

¿Dónde se había ido la chica que no le tenía miedo a nada?

Verla aquí, cerca de mí...

Pensé que el tiempo no había pasado, que nada había sucedido entre nosotros dos...

Mi primer instinto fue abrazarla, cobijarla entre mis brazos para susurrarle que todo iría bien... que ya estábamos juntos...

Pero enseguida me di cuenta de que no le podía prometer eso porque no era cierto.

Ya no estábamos juntos.

Capítulo 6

—¿Y qué tenéis pensado para esta tarde? —preguntó Helen a nadie en particular, pero sin apartar su mirada de los dos adolescentes que no habían participado en ningún momento en la conversación.

Estaban todos sentados alrededor de la mesa de la cocina, acabando de comer una ensalada y un atún encebollado que la mujer había preparado para el almuerzo. Los adultos habían intentado ponerse al día durante toda la comida, con la intromisión de Ian cada dos por tres, fascinado al escuchar a su padre y a Federico charlar de las travesuras que hicieron cuando eran más jóvenes.

Minnie y Dante, sentados uno enfrente del otro, no por gusto sino porque eran los únicos asientos libres que se encontraron cuando descendieron a la planta de abajo, habían estado más pendientes de su plato que de lo que allí se comentaba. A excepción de cuando uno de los dos se movía o hablaba para pedir algo que necesitaba.

La comida había sido para los dos chicos... un castigo. Ninguno quería estar allí, compartir mesa y mantel con el otro pero, por respeto a sus familias, habían cedido.

—Mimi... Dante... —los llamó la mujer teñida de rubio.

Estos la miraron sin saber muy bien qué quería.

El padre de Minnie se rio y le revolvió los rizos.

—Hija, Helen quiere saber si tienes planes para esta tarde.

Ella negó con la cabeza.

—Nada especial... Pensaba deshacer las maletas.

—¿Y tú, Dante? —le preguntó su madre.

—He quedado —respondió de forma escueta.

Los tres adultos intercambiaron miradas.

—¿Por qué no te vas con Dante, Mimi? Seguro que a él no le importa — señaló Helen, recogiendo su plato de encima de la mesa.

Los dos chicos se miraron brevemente.

Minnie creyó ver un destello de odio en los ojos negros de él.

Dante observó un brillo de tristeza en los iris chocolate de ella.

—No es buena idea —dijeron los dos al mismo tiempo.

Helen les quitó sus platos e insistió:

—Yo creo que sí es una buena idea. Mimi no conoce a nadie de por aquí y así podrías presentarle a algunos de tus amigos.

—Helen, yo, de verdad que te lo agradezco pero... —dudó— mejor en otra ocasión.

—Sí, mejor en otra ocasión —repitió el joven, levantándose de su silla para marcharse. Se había puesto una camiseta negra a juego con el vaquero que llevaba cuando había sorprendido a Mimi en su habitación.

—Dante... —su padre lo llamó deteniéndolo.

—¿Sí?

—Recuerda lo que hemos hablado.

Este suspiró y asintió.

—Lo recuerdo.

Federico asintió conforme.

—Está bien, hijo. Nos vemos luego.

Dante movió la cabeza de manera afirmativa, posó sus ojos por unos segundos sobre Minnie, y salió de la casa.

—Estos chicos de hoy en día, van por la vida con demasiada prisa... —señaló Federico, mientras se acercaba al sillón orejero y tomaba la pipa que había en la mesilla.

—Ni que lo digas, amigo —Luis, el padre de Minnie, estuvo de acuerdo con él—. Si supieran valorar la importancia del tiempo, de la delicia de saborear la lentitud de los minutos, se tomarían la vida de otra manera.

—¿Queréis café, mis dos filósofos? —les preguntó Helen, mostrándoles la cafetera que llevaba en la mano.

Los dos adultos asintieron al mismo tiempo.

—Pero mejor en el sofá, querida... —le indicó su esposo.

—¿Puedo subir a jugar con la videoconsola? —pidió permiso Ian a su padre.

Este miró a sus anfitriones sin saber de qué consola le hablaba.

—Hay una en la sala de estar de la planta de arriba, del ala de la casa que ocupan los chicos —aclaró la mujer.

—Ahh... No lo sabía...

—¿Estáis en otra zona de la casa? —interrogó Minnie al percatarse de lo que su anfitriona había explicado.

Federico asintió.

—Vosotros estáis aquí arriba. —Señaló con la pipa el techo que tenían por encima de ellos—. Nosotros al otro lado.

—Por esa escalera. —Movi6 la mano Helen, mostrándole unos escalones que asomaban por el otro lado de los electrodomésticos de la cocina y que no había visto todavía—. El constructor lo hizo para el anterior propietario de la vivienda, para separar las habitaciones de los empleados de las suyas.

—Y como nosotros no tenemos empleados... Así Dante tiene más intimidad cuando venimos, en su zona de la casa —explicó Federico, tras fumar de su pipa.

—Dante y... vosotros —señaló el padre de Minnie, guiñándole un ojo travieso a su amigo.

—Nos viene bien que la casa esté así construida —dijo Helen sonriente, dejando una bandeja con dos tazas de café y un platito de pastas delante de los hombres.

—Papá, ¿puedo? —volvió a preguntar Ian.

Luis lo miró sin saber muy bien qué le pedía.

—La consola, papá —le recordó Minnie.

—Sí, sí... claro, pero luego saldremos a dar una vuelta por la playa...

—¡Genial! —gritó el pequeño, y subió las escaleras en dirección a su objetivo sin terminar de escuchar a su padre.

Los tres adultos se rieron al ver su entusiasmo y se sentaron en el sofá, alrededor del café.

—¿Qué tal lo lleva? —se interesó Helen pasados unos minutos.

El ambiente del salón cambió de golpe.

Luis bebió de su taza y expulsó el aire que retenía.

—Mejor de lo que esperaba —explicó—. Pregunta por ella de vez en cuando...

Minnie, en cuanto comprobó el cambio de tema, se acercó a su padre. Le dio un beso en la mejilla y se subió a su habitación, dejándolos solos.

Helen observó como desaparecía escaleras arriba la hija de su amiga y preguntó:

—¿Y Mimi?

Su padre negó con la cabeza.

—En realidad, no lo sé. No habla de ello... —Miró a sus amigos con lágrimas en los ojos—. No ha querido volver a verla...

Capítulo 7

Minnie estaba tumbada sobre su cama, tras la ducha que necesitaba, y que no pudo darse antes de comer; al llegar tan justos de tiempo a la casa.

Escuchó como su padre y su hermano, junto a Helen y Federico, salían de la vivienda para realizar ese paseo por la playa que habían mencionado con anterioridad y que tenían intención de dar todos juntos. Habían intentado convencerla, para que se animara a acompañarlos, pero no se veía con ganas.

Necesitaba tiempo para estar sola.

Tiempo para pensar

Tiempo para comprender sus sentimientos...

Se giró hacia la ventana y observó el océano. La tranquilidad del líquido salado contrastaba con la ferocidad de hacía unas horas, a causa de la tormenta que había caído sobre ellos. Los rayos solares, ya algo inclinados, con la caída de la tarde, se reflejaban sobre el agua y el color de la arena se decantaba por un amarillo más suave al de primera hora de la mañana. Se había levantado algo de brisa que movía las blancas cortinas de su dormitorio, y que servía para rebajar un poco el calor del verano aunque no lo suficiente.

La ducha se la había dado con agua fría y se había puesto una camisola sencilla, de tirantes, que le llegaba por encima de las rodillas. El cabello húmedo, lo llevaba recogido con un moño improvisado, dejando libres algunos de los mechones cobrizos que se le enrollaban en pequeños tirabuzones.

Se tumbó de nuevo boca arriba, intentando encontrar una posición más cómoda, y observó la lámpara del techo de la que colgaban varias brujas en miniatura.

Al final había tenido que esperar a Ian para elegir un dormitorio. No quería tener que escucharle a lo largo de esos días quejarse por que quisiera la habitación que ella hubiera elegido, por lo que, como buena hermana, le había dejado que decidiera él primero.

Y, como temió, le dejó el cuarto que ella no quería.

El dormitorio de su hermano daba al otro lado del pasillo, con las paredes azules donde unos aviones blancos pintados sobre ellas resaltaban. El diseño de su cama imitaba un coche deportivo y la lámpara, tanto la del techo como la de la mesilla de noche, tenía filigranas que mostraban una carrera de automóviles.

Ella sabía que era una habitación muy infantil, más acorde con los gustos de Ian que con los suyos, y, aunque no era su predilección, sabía que no debería haber sido tan «buena», dejando que eligiera primero.

No era porque el dormitorio que le había tocado, no le gustara.

Todo lo contrario.

Le encantaba el color violeta de sus paredes, donde diferentes motivos relacionados con el mundo de las brujas, abundaban por ellas. Gatos negros, lunas y estrellas, campaban con libertad por el cuarto. La cama, donde en ese momento se encontraba, tenía un edredón morado con un gran gato blanco en el centro; y, aparte de las brujas que colgaban del techo, había un atrapasueños en una de las esquinas, con una libélula en su centro, que sonaba cada vez que la brisa marina lo golpeaba.

Era una habitación preciosa. Ni echa a medida para ella.

Pero, a pesar de estar encantada con el dormitorio que su hermano le había dejado, había algo que le molestaba y le impedía en ese momento estar relajada: compartía una de las paredes con la habitación de Dante.

Dante...

Su padre le debía una explicación y en cuanto tuviera oportunidad, se la iba a exigir: ¿Cómo se le había ocurrido traerla allí? ¿A la casa de Helen? ¿Con Dante?

Quería creer que no lo había hecho con maldad ninguna, ni con terceras intenciones; que solo pensaba en lo mejor para familia, para ellos, pero estar bajo el mismo techo que su exnovio...

Iba a ser duro para ella.

Minnie se giró de nuevo hacia la ventana y se abrazó a uno de los cojines malvas que había sobre la cama.

—Sobre todo cuando parece que él no me quiere a su lado —se dijo a sí misma, recordando el poco tiempo que los dos habían compartido.

Cuando la sorprendió en su dormitorio y sus miradas se encontraron por

unos segundos, Minnie podría haber jurado que vio en ellos los mismos sentimientos que ambos compartieron en el pasado. Los mismos sentimientos que la ahogaban a ella cada día, y que le recriminaban sus actos.

Pero fue solo un espejismo...

Enseguida se dio cuenta de que el único sentimiento que aparecía en su negra mirada era el rencor.

—Por lo menos no es indiferencia —señaló en voz alta—. Si le fuera indiferente, creo que lo sobrellevaría peor.

Se tumbó en la cama boca arriba de nuevo y llevó uno de sus brazos hasta los ojos.

—Minnie, en menudo lío estás metida...

El ruido de pisadas, subiendo las escaleras, la alertó de que ya no estaba sola en la casa. Se giró con rapidez hacia la ventana, de espaldas a la puerta de su cuarto, y cerró los ojos simulando que estaba dormida.

Para su sorpresa, Dante apareció en su dormitorio.

La observó desde lejos, en silencio... Unos minutos en los que miles de preguntas se amontonaron en su cabeza y el miedo a que la pillara despierta, la preocupaba.

No sabía si sería capaz de enfrentarlo, otra vez... Había tenido suficiente con un primer encuentro, a solas los dos, en su dormitorio. No se veía capaz de mirarle a los ojos, de hablarle...

Escuchó como se acercaba hasta la cama y sintió como le echaba por encima una colcha que había encima de la mesa. Le acarició la mejilla con delicadeza y se alejó de ella sin más...

Dejándola sola.

Capítulo 8

Se había levantado bien pronto.

Después de la visita de Dante a su habitación, para su asombro se quedó dormida de inmediato. Ni siquiera se despertó para la hora de la cena, por lo que abrió los ojos a la mañana siguiente muy temprano.

Tenía hambre.

Su estómago comenzó a quejarse en cuanto se despertó, obligándola a descender las escaleras, camino de la cocina donde, para su sorpresa, se encontró a Helen. Iba vestida con otra de sus camisolas largas, esta vez de rayas blancas y rosas, y en el cabello llevaba un pañuelo atado con un enorme lazo de color fucsia, que le servía para apartarse el cabello de la cara.

—Hola, cariño —la saludó en cuanto la vio.

Esta sonrió.

—¿Qué haces despierta tan pronto? —le preguntó, sentándose al mismo tiempo en la mesa donde habían comido el día anterior.

—Eso te podría preguntar yo también —dijo, dejándola una taza con café con leche delante de ella.

—Gracias —señaló, bebiendo de ella—. He descansado bastante...

—Y tanto —la cortó—. Tu padre intentó despertarte para que cenaras un poco, pero le fue imposible.

Le regaló una tímida sonrisa.

—Estaba muy cansada —se excusó.

Helen le revolvió el cabello con cariño.

—Lo sabemos, preciosa. —Se sentó en una silla, enfrente de ella, y tomó una magdalena de una fuente donde había diferente bollería—. Yo es que tengo ya cogida la hora del trabajo... —explicó la razón por la que estaba ya en pie esa mañana, mordiendo del bollo al mismo tiempo.

—Me suele pasar a mí también —indicó la joven—. Me despierto incluso antes de que suene el despertador, avisándome de que es hora de ir a clase, pero no sé qué ha pasado esta vez.

Helen sonrió.

—El cambio de aires, la brisa marina...

Ella se encogió de hombros y bebió otra vez de su café.

—Tal vez...

La madre de Dante le señaló el plato con galletas y magdalenas.

—¿No quieres comer nada?

Minnie negó con la cabeza.

—No, no suelo desayunar nada. Solo el café. —Un rugido proveniente de su estómago contradujo sus palabras.

Helen se rio y movió la fuente hacia ella.

—Anda, venga... Las magdalenas están muy buenas. —La joven le regaló una sonrisa y atrapó uno de los bollos que le indicaba—. ¿Y qué piensas hacer hoy?

Esta miró la playa que se avistaba desde la cocina, a través del gran ventanal que había tras la mujer:

—Creo que daré un paseo...

—Es buena idea —estuvo de acuerdo—. ¿Vas a dibujar?

Minnie negó con la cabeza al mismo tiempo que bebía de su taza de café, escondiéndose del escrutinio que provocaba su muda respuesta.

Helen se quedó mirándola, esperando una explicación al respecto, y Minnie sabía que hasta que no se la diera, no iba a abandonar el tema.

—No he traído mis cuadernos...

—Si es solo por eso —dijo golpeando la mesa. Se levantó y, sin mediar ninguna palabra más, se fue de la cocina.

A los pocos segundos, apareció portando varios cuadernos, lápices y pinturas entre sus manos.

—Toma. —Dejó todos los utensilios inimaginables de papelería sobre la mesa—. Tienes para elegir.

Minnie la miró con la boca abierta.

—¿Y todo esto?

La mujer se encogió de hombros.

—Cosas que se van guardando en una casa grande.

Esta levantó uno a uno los cuadernos de dibujo, comprobando que los había de diferentes tamaños, grapados, cosidos o con espiral, con tapas rígidas o más flexibles, y con el papel sin prensar, prensados o muy satinados. Hasta

había variedad en lo referente al grano del papel, pasando del satinado, al fino o al grueso. A su lado, también había un sinfín de pinturas y acuarelas, rotuladores acrílicos, bolígrafos y lápices, además de carboncillos.

Minnie volvió a mirar de nuevo a su anfitriona y elevó una de sus cejas confusa.

—Pero, vosotros solo usáis esta casa en período vacacional, ¿no?

Helen asintió.

—Sí, solo en vacaciones y cuando no tenemos algún viaje programado —aclaró.

—¿Entonces?

—¿Entonces? —repitió.

—¿Cómo se puede acumular tanto, en tan poco tiempo? —La joven movió las manos señalando todo lo que había sobre la mesa.

La madre de Dante le dio un beso en la mejilla y recogió su taza para acercarse a la cafetera.

—No le des tantas vueltas, mi niña. Elige lo que quieras. —Se sirvió una nueva taza de café—. ¿Quieres? —Levantó su vaso para preguntarle si quería tomarse otro.

Minnie negó con la cabeza mientras apartaba un bloc Hahnemuhle Nostalgie, de tapas rígidas en color antracita con estructura de lino, que permitía no tener que apoyarlo sobre ningún soporte, facilitando el trabajo sobre él, al aire libre. Eligió un par de rotuladores negros de punta flexible, un lápiz, una goma y un sacapuntas.

—Gracias, Helen —le dijo, mientras se levantaba con intención de ir hacia la playa.

—Espera... —la detuvo la mujer en el último momento—. No te puedes ir así...

La joven se miró a sí misma sin comprender muy bien a qué se refería. Se había puesto sus sandalias amarillas favoritas, junto a unos pantalones bombachos azules y una camiseta de tirantes blanca algo suelta, que si no andaba con cuidado, permitía, cuando se agachaba, que se vislumbrara la parte de arriba del bikini dorado que llevaba. El cabello se lo había peinado en un moño bajo y, como siempre que se lo recogía de ese modo, ya tenía algunos mechones sueltos a cada lado de su rostro.

Helen abrió un pequeño armario y sacó un bolso de bandolera con dibujos étnicos multicolor.

—Toma —le ofreció con una sonrisa—. No puedes llevar todo eso entre las manos.

Minnie metió el bloc y los utensilios de dibujo dentro del bolso, con la ayuda de su anfitriona, y le agradeció el gesto.

—Te lo devolveré cuando regrese...

La madre de Dante chascó la lengua contra el paladar, negando con la cabeza.

—Ni se te ocurra. Es un regalo. —Señaló el bolso—. Llevaba mucho tiempo guardando el polvo de la casa, por lo que estará bien que alguien le saque utilidad.

Ella se colgó en bandolera la bolsa y le dio un beso en la mejilla a Helen.

—Gracias... por todo.

La mujer le acarició la mejilla y negó con la cabeza.

—Solo hago lo que querría tu madre, Mimi.

Esta sintió como sus ojos se llenaban de lágrimas de repente. Cerró los ojos brevemente, luchando por no derramarlas, y movió la cabeza de manera afirmativa, agradecida por sus palabras para salir de la casa con rapidez.

Capítulo 9

—Buenos días, mamá —la saludó Dante, segundos después de que Mimi hubiera salido de la casa.

—Hola, hijo —dijo, volviéndose hacia él, limpiándose unas pocas lágrimas que se le habían escapado de los ojos sin poder evitarlo.

—¿Estás bien? —le preguntó al comprobar que había llorado.

Esta asintió, ofreciéndole una dulce sonrisa.

—Sí, no te preocupes. ¿Quieres desayunar? —Se dirigió hacia la cocina y tomó una taza limpia de la alacena.

El joven, que miraba la puerta de la calle por donde se había marchado su huésped hacía bien poco, respondió:

—Café... No he dormido muy bien esta noche.

—¿Y eso? —se interesó—. ¿El calor?

Dante se acercó hasta la mesa, intentando alejar los pensamientos que le inquietaban en su cabeza, y se encogió de hombros.

—Puede ser...

—¿O nuestra visita? —añadió tanteándolo.

Él tomó la taza de líquido oscuro que le ofrecía y bebió sin querer responder.

—¿No se ha levantado nadie más? —intentó cambiar de tema.

Helen se sentó enfrente de él y posó sus brazos sobre la mesa.

—¿Quieres jugar a esto?

Dante la miró, midiéndose, hasta que suspiró dejando de golpe la taza, derramando un poco de café sobre la superficie de madera.

—¿Qué quieres que te diga? —Se pasó la mano por su cabello— ¿Que no he dormido nada al saber que está Mimi en nuestra casa? ¿Que siento cómo se me retuerce el corazón de saber que lo está pasando mal y no me quiere a su lado? ¿Que la evito?

En cuanto se calló de golpe, su madre atrapó una de sus manos.

—Es complicado, pero no había otra alternativa...

—Sí, mamá. Lo sé —dijo resignado—. El padre de Mimi necesitaba

unos días de descanso. Sentirse querido y relajado, sin necesidad de pensar en... su mujer.

Helen asintió.

—Si no llego a ofrecerles esta opción, que se vinieran con nosotros — miró a su alrededor—, venir aquí... Se hubieran quedado en su casa, rodeados de todo lo que les recuerda a Melissa...

Dante le dio un beso en la mano y asintió.

—Lo sé, lo sé... Y por eso me siento todavía peor...

—¿Por qué?

—Porque soy un egoísta... —Agachó la cabeza, llevándose la mano de su madre hasta la frente.

Helen no dudó en acariciarle el cabello con la mano que tenía libre.

—Tú no eres un egoísta, cariño —lo corrigió—. Son las circunstancias...

El joven levantó la cabeza de golpe y miró los ojos azules de su madre.

—Sí. Soy un egoísta porque intento comprender por lo que está pasando Mimi... —Dudó—. Te prometo, madre, que llevo un año intentando entenderlo, pero en mi cabeza solo se repite una misma imagen donde me veo solo, sin ella... y duele.

Helen se levantó de su silla y se acercó hasta su hijo para abrazarlo.

—Necesita tiempo...

Este asintió con la cabeza de nuevo.

—Lo sé. Eso es lo que me repito... Una y otra vez... Que necesita tiempo para asimilar su nueva situación, la de toda su familia, pero ya ha pasado un año y todo sigue igual.

Su madre le dio un beso en la mejilla y se sentó en la silla que había a su lado.

—En ocasiones hace falta dar un golpe en la mesa para forzar las cosas —comentó.

Dante la miró arrugando el ceño.

—¿Qué quieres decir? —Se giró hacia ella, para mirarla de frente—. ¿Quieres que no ceda a sus deseos? Te recuerdo que fue Mimi quien rompió conmigo... —Tragó la saliva que se le había atascado en la garganta al recordar por unos segundos ese día—. Me pidió que me alejara de su lado...

Helen posó su mano en la mejilla sin rasurar de su hijo, dándose cuenta de que delante de ella ya no había un chiquillo con granos sino un hombre con sentimientos profundos hacia una mujer:

—Si de verdad la amas, hazla reaccionar. Cariño, la vida es demasiado corta. Mira Melissa... —Se detuvo un segundo, al sentir como la voz se le cortaba al recordar a su amiga—. Lo tenía todo y de pronto, todo cambió.

Dante movió la cabeza de manera afirmativa, comprendiendo lo que su madre le quería decir:

—Pero ella no me quiere a su lado...

Su madre le dio un beso en la mejilla, se levantó de la silla y dejó la taza que este había usado en el fregadero. Se volvió hacia él y se cruzó de brazos.

—Todo lo contrario. Te necesita a su lado pero todavía no lo sabe.

El joven la observó, meditando sus palabras, y asintió, al mismo tiempo que se levantaba de la silla.

—Necesito pensar en ello... —confesó.

—En la playa —le indicó, señalando la arena que se veía desde la ventana de la cocina.

—¿En la playa? —preguntó algo confuso.

Su madre asintió y le guiñó un ojo cómplice.

—En la playa pensarás mejor.

Capítulo 10

Minnie se quitó las sandalias en cuanto pisó la arena amarilla. Como era bien temprano, todavía se podía pasear por ella sin temor a quemarse los pies, por lo que, con paso lento, disfrutando del paisaje, se acercó hasta el agua salada. Primero tocó la tierra húmeda, de un color muy diferente a la del resto de la playa; observó el cielo claro y disfrutó del movimiento de las olas que morían en la arena.

El sonido de una gaviota atrajo su atención. Miró el batir de sus alas, elevándose para después caer sobre el agua, ascendiendo a gran velocidad de inmediato.

Avanzó un par de pasos, hipnotizada por el movimiento del ave, cuando de pronto el agua fría mojó sus pies descalzos.

Un pequeño grito de sorpresa se le escapó de entre los labios. Saltó con rapidez hacia atrás, intentando alejarse del agua que, para su gusto, estaba demasiado fría, y giró sobre sí misma, extendiendo los brazos, dejando que los rayos del sol la calentaran, sonriendo a la línea del horizonte.

Estaba sola...

Cerró los ojos y dejó que el aire marino la envolviera.

Fueron solo unos minutos en los que no pensó en nada. No se preocupó de nada ni de nadie, como si se quitara, por un breve espacio de tiempo, una gran mochila que acarreaba. Se sentía mucho más ligera, como una pluma que se eleva por encima de su cabeza, con el vaivén de la brisa, arropada por el sonido del océano.

Respiró profundamente y abrió los ojos cuando una nueva ola la mojó los pies. Caminó por la orilla sin rumbo fijo, dejando como única prueba de su presencia sus huellas desnudas, que el agua se preocupaba en borrar.

En su paseo, no se cruzó con ninguna persona, como si estuviera sola en el paraíso, aunque eso no pudiera ser posible, ya que las siluetas de diferentes viviendas, recortadas entre las dunas, de similar construcción a la de Helen, se observaban en la lejanía, recordándole que en cualquier momento podría encontrarse con alguien.

Cuando llevaba bastante andado, unas rocas que simulaban un muro natural, salieron a su encuentro. Formaban una hilera de piedras, de mayor altura que ella, que nacían en el bosque que había al otro lado de la playa y terminaban en el océano.

Le impedía el paso.

Miró a su alrededor, intentando encontrar otro camino que le sirviera para rodear las rocas pero no encontró nada, y, aunque en un principio sopesó la idea de regresar a la casa donde se alojaba, la curiosidad por saber qué se encontraba al otro lado del muro, pudo más con ella.

Escaló con cuidado las piedras, intentando no hacerse daño ni en manos ni en pies, y, cuando llegó a la cima, observó maravillada el paisaje.

Delante de sus ojos, se encontraba una pequeña cala de arena más blanca que por donde había paseado con anterioridad; y el agua del mar de un azul mucho más claro que el que acababa de mojar sus pies. Cobijada por un lado por abundante vegetación y, por el otro, por la pared de la montaña que desde su posición veía de frente, llegó a pensar que estaba ante un espejismo increíble, creado por el calor que sentía.

Descendió con lentitud, aterrizando de un salto sobre la arena cuando la altura no era muy peligrosa.

Sus dedos se hundieron sobre la suave tierra, sorprendiéndose gratamente al notar la diferencia de texturas entre la de la playa que la había llevado hasta allí, y la arena que la cobijaba en ese momento.

No entendía muy bien cómo era posible el contraste de una playa a otra. La diferencia de aguas o de arena. No sabía si la zona, una cala semicircular, no muy grande, amparada por un muro de piedra por un lado y la vegetación por el otro, impidiendo que la fuerza del aire erosionara el paisaje, debía influir. Pensó que quizás Helen o Federico podrían explicárselo cuando regresara, los motivos de la existencia de ese pequeño edén pero, lejos de su curiosidad, en ese instante necesitaba sumergirse bajo el agua.

El paseo la había dejado sudorosa, y tenía la piel, debido a la sal del ambiente, algo tirante, por lo que sentía como si el océano la llamara.

Avanzó hasta el agua, dejando no muy lejos de la orilla el bolso que llevaba, y se deshizo de los pantalones bombachos, quedándose con la braguita del bikini dorado. Se quitó la camiseta blanca de tirantes, dejándola

tirada en la arena, no muy lejos del resto de sus cosas, y se metió de cabeza en el océano sin pensárselo mucho.

Una ola le dio la bienvenida.

No tardó en salir para respirar, con el cabello empapado y una sonrisa de gratificación en su rostro. Miró hacia la profundidad del manto azul y, sin dudar, comenzó a dar fuertes brazadas adentrándose mar adentro.

En un momento dado, cuando sus músculos se quejaron por el esfuerzo, se tumbó boca arriba, y dejó que el movimiento del agua la meciera. Era como si se encontrara en una gran cuna, donde el sonido del oleaje fuera la nana que su madre le cantaba antes de dormir.

Cerró los ojos y sintió como una lágrima se deslizaba por su mejilla, mezclándose con la del mar. Apretó la mandíbula y se incorporó dentro del agua, sin parar de mover sus piernas, buscando alejar el recuerdo.

De repente, la placidez que había sentido, se había evaporado de un plumazo por lo que decidió regresar a la playa, justo en el momento en el que comprobó que ya no estaba sola.

Una silueta se desdibujaba sobre la arena, con la vista fija en ella, y, aunque desde la distancia no podía ver bien su rostro, supo con seguridad de quién se trataba: Dante.

Aunque se encontrara en medio de una gran multitud, siempre sabría dónde estaría. Su cuerpo... lo reconocería de inmediato...

Sentía su negra mirada sobre ella, llamándola en silencio, despertando sus terminaciones nerviosas, buscando a su alma gemela...

Buscándola a ella.

Siempre había sido así y nada, ni el tiempo en el que no habían estado juntos, había logrado borrar ese hecho.

Todavía recordaba la primera vez que se vieron; cómo una cena autoimpuesta por sus padres, la llevó a conocer a quien sería una parte importante de su vida.

Unos años atrás...

—¿Qué es eso?

Minnie miró con cara de pocos amigos al chico que la observaba por encima de su hombro mientras dibujaba en su bloc.

—Un dibujo —señaló lo evidente.

—Eso ya lo veo, listilla. —Para su sorpresa, le apartó las manos del papel y atrapó su cuaderno para mirarlo con más detenimiento.

—Oye... Eso es privado.

El chico, que le habían presentado hacía bien poco, le guiñó un ojo y le dio en la punta de la nariz.

—Si fuera privado, no te lo habrías traído a esta cena...

Minnie emitió un sonido de impotencia ante su descaro. Miró a sus padres que charlaban muy animadamente con los padres de él, sin percatarse de lo que sucedía a su alrededor, y observó de nuevo al joven que se sentaba delante de ella.

—¡Devuélvemelo! —le exigió.

Este pasó las páginas del bloc una a una, estudiando lo que había plasmado en ellas, sin hacerle caso.

La joven rechinó los dientes e intentó arrebatarse el cuaderno, pero no tuvo éxito.

—Dante... —lo llamó con tono amenazador, captando su completa atención.

La miró sonriente, cerró el bloc y se lo devolvió.

—Ya era hora —le indicó descolocándola—. Por cómo te has comportado durante toda la cena, pensé que ni siquiera sabías cómo me llamaba.

Minnie agachó la mirada e inconscientemente revisó las hojas del cuaderno por si alguna se hubiera dañado. Tras comprobar que todo estaba perfectamente, lo guardó en su bolso, junto al estuche de tela azul que siempre la acompañaba, donde llevaba los utensilios que utilizaba para dibujar, y miró al joven que la observaba divertido.

—Sé cómo te llamas —lo increpó—. Cuando nos han presentado nuestros padres, estaba atenta. Dante, como el poeta italiano, creador de la *Divina comedia*.

—Ajá... Ya veo, ya veo... —Se apartó el cabello de la cara y le guiñó un ojo—. Y tú Minnie, como... —dudó por un segundo hasta que amplió su sonrisa y soltó—: Minnie Mouse.

La joven apoyó la cabeza sobre sus manos y suspiró moviendo un par de

mechones de la frente.

—No eres muy original, ¿no? —le comentó, harta de que la gente que acababa de conocerla, saliera con el mismo chiste fácil.

Dante se encogió de hombros.

—Pues mira que me ha costado encontrarlo. —Miró su móvil para corroborar la hora que era—. Le he estado dando vueltas casi toda la cena. He barajado otras posibilidades...

Ella se rio.

—¿Qué otras posibilidades?

Él estiró las mangas de su sudadera, se subió un poco más la cremallera y posó los codos sobre la mesa, para apoyar la barbilla entre sus manos.

En esta posición, sus caras estaban muy cerca.

Sus miradas se encontraron. La negra y la marrón, divertidas y juguetonas ante la expectación.

—¿Sinceramente? —la tanteó.

Minnie asintió sonriente.

—Sinceramente.

—Ninguna más... —Se encogió de hombros, arrancándole una carcajada que atrajo brevemente la atención de los adultos—. Lo he intentado —prosiguió con su explicación una vez que sus padres reanudaron la charla—. De verdad que he buscado otra cosa «graciosa» para decirte, para que pensaras que era un chico divertido, algo payaso pero con alguna posibilidad de atraerte... —Puso los ojos en blanco y resopló rendido—. Pero ha sido imposible.

Ella lo observó entre divertida e intrigada.

—¿Quieres atraerme? —preguntó mordiéndose el labio inferior.

Dante la miró.

—¿De todo mi discurso, solo te has quedado con eso?

Minnie asintió.

—Ha sido... —pensó qué palabra usar—, interesante.

—¿Cómo de interesante? —interrogó ansioso, volviendo a la posición anterior.

La joven no dudó en imitarlo, acercando sus caras, dejando escasos centímetros de separación entre los dos y le sonrió.

—Mimi...

—¿Mimi? —preguntó confuso.

Ella se echó hacia atrás, bebió del refresco que le habían servido durante la cena y le sonrió.

—Me puedes llamar Mimi.

Capítulo 11

—¿Qué haces aquí? —le preguntó en cuanto salió del agua.

—Traerte una toalla. —Le mostró la tela de algodón que tenía entre sus manos.

Minnie ignoró lo que le ofrecía.

Ni siquiera lo miró a la cara.

Se acercó hasta donde estaba su bolso, y se puso la camiseta blanca de tirantes, consiguiendo empaparla.

—Dante, ¿a qué has venido? —insistió.

El chico la miró brevemente para fijar a continuación sus ojos en el mar.

—Mi madre...

—¿Tu madre? —preguntó al ver que se quedaba callado, cruzándose de brazos.

Él se giró y dio una patada a la arena.

—Quiere que hablemos...

Minnie estiró sobre la arena los pantalones bombachos que se había quitado antes de meterse en el agua y se sentó sobre ellos.

—Pues hablemos —dijo sin más, atrayendo la mirada de Dante que la observó sorprendido.

—¿Quieres hablar? —No se lo podía creer.

La chica movió la mano, invitándolo a que se sentara frente a ella, y asintió.

—Por supuesto que podemos hablar... —Él la miró de medio lado mientras se acomodaba sobre la arena, al notar algo raro en su tono de voz—. No somos dos extraños que no podamos charlar sobre las cosas y más si vamos a dormir bajo el mismo techo.

—Sí, esa es una de las razones —indicó conforme con su explicación, pero todavía había algo que no le encajaba.

Minnie apoyó las manos en la arena, y echó parte de su cuerpo hacia atrás, permitiendo que el sol calentara su cuerpo. Cerró los ojos y trató de tranquilizarse, obligar a que su corazón recuperara su ritmo normal, para que

Dante no notara que estaba nerviosa, que él la ponía nerviosa.

Este la observó en silencio, deleitándose con su visión...

Se fijó en su rostro, ese que le había perseguido en sueños; en la curva de su nariz respingona, que tantas veces había besado o pellizcado. Sonrió al comprobar que las pecas seguían resaltando sobre su piel clara, y retuvo la respiración cuando sus labios, entreabiertos, atrajeron su mirada.

Dulces, tentadores...

Hundió las manos en la arena y contó hasta tres. El deseo por besarla, por saborear su boca, por reencontrarse se hizo presa de él...

Negó con la cabeza y se reprendió mentalmente ante su actitud. Tenía que controlarse o se metería en un gran problema.

Con rapidez se levantó, atrayendo la atención de Minnie.

—¿Qué te pasa?

Este la miró por unos segundos fijamente y sin decir nada, se dirigió hacia el agua, adentrándose en el océano con la ropa puesta.

Minnie lo observó confundida. Se levantó del asiento improvisado que se había fabricado y se acercó hasta la orilla.

—Estás loco... —lo acusó en cuanto apareció por la superficie.

Este llevó sus manos hasta el cabello, intentando escurrir el agua que le caía por la cara, y se encogió de hombros.

—Algo de locura siempre he tenido.

Ella negó con la cabeza resignada pero no pudo evitar ofrecerle una tímida sonrisa.

—Anda, sal de ahí. —Le mostró la toalla que llevaba en una de sus manos, y que él le había traído para que la usara—. Tu madre te va a matar cuando te vea...

Dante atrapó la toalla y se secó la cara con ella.

—Habrá merecido la pena...

Minnie observó su mirada traviesa y se dio cuenta de que había caído en su trampa. Con sus actos había roto la tensión que existía entre ellos.

—No hacía falta que hicieras eso. —Lo señaló de arriba abajo con la mano—. Había accedido a hablar contigo.

Él se alejó del agua y fue hacia el lugar donde descansaban sus deportivas, y su móvil.

—Tus palabras decían una cosa, pero tu actitud otra muy distinta.

La joven estudió sus movimientos, deleitándose con la visión que le ofrecía el vaquero mojado al ajustarse a su trasero, mientras se agachaba para coger el teléfono, cuando de pronto, se incorporó y la sorprendió mirándolo.

Dante sonrió para sí mismo al darse cuenta de que no le era indiferente.

Minnie agachó la cabeza con rapidez, notando como sus mejillas enrojecían, y se dirigió hacia su bolso. Se lo puso en bandolera y atrapó sus pantalones, y las sandalias.

En cuanto sintió que la rojez de su rostro disminuía, buscó a Dante con la mirada, y se lo encontró sin camiseta. Observó como su piel morena resaltaba gracias a la humedad del agua y sus definidos músculos se marcaban con facilidad en la zona de los abdominales, mostrando un estómago plano.

Apretó las manos, obligándose a retener la tentación que la embargó por querer acariciarle, y cerró los ojos con fuerza. Carraspeó como si acabara de atragantarse ante su visión, sintiendo la garganta muy seca, casi como si se encontrara en mitad de un desierto y llevara varios días sin probar ni una gota de agua.

—¿Nos vamos? —preguntó Dante divertido, muy consciente del escrutinio del que era protagonista.

La joven cerró los ojos otra vez con fuerza, justo en el momento en el que le pareció escuchar una sutil carcajada, y arrugó el ceño al saber que era presa de una broma.

—Nos vamos —repitió de muy malos modos y, sin comprobar que la seguía, comenzó a escalar por las rocas.

Capítulo 12

—Esta noche he quedado con la pandilla —le dijo Dante en cuanto llegaron a la casa.

Habían hecho todo el camino en silencio. Al principio, el joven había intentado sacar algún tema de conversación, que los llevara a compartir una charla amena, pero terminó desistiendo. Ella solo le respondía con monosílabos o silencios. Era como si la chica que le había regalado su sonrisa en la pequeña cala, que le había ofrecido miradas indiscretas, hubiera desaparecido cual estrella fugaz. Por un instante, Dante creyó que su Mimi comenzaba a aparecer, a resurgir de entre las cenizas... Destellos que se habían evaporado para sumirse de nuevo en la persona que tenía delante, encerrada en un muro infranqueable.

Minnie lo observó cuando subieron los escalones que separaban la casa de la playa.

—¿Sigues viéndolos?

Este asintió.

—Vienen el fin de semana para acampar en la playa y ya de paso, como dice Sam, me ven.

Ella sonrió al escuchar el nombre de su amigo; una sonrisa que tan rápido como apareció, desapareció de su rostro. Se movió para dirigirse hacia la puerta de la vivienda, pero Dante le atrapó la mano, deteniéndola.

Ambos observaron por unos segundos sus manos unidas, añorando el tiempo que habían estado separadas.

Minnie lo miró.

Dante fijó sus ojos en ella pero, aunque le agradaba el contacto, fue el primero en soltarla y en separar sus miradas.

—¿Por qué no te vienes? —le preguntó a media voz, con temor de que saliera huyendo—. A los chicos les encantará verte —añadió de inmediato, sabiendo que era el primero al que le gustaría que aceptara.

Ella miró a ambos lados, observando la playa vacía, como si buscara alguna excusa que la ayudara a rechazar la invitación.

—No sé... —murmuró.

Dante avanzó hacia ella, levantando su mano con intención de acariciarle la mejilla, provocando que Minnie retrocediera. Gruñó sutilmente y dejó caer su brazo, deteniéndose.

—Piénsalo —insistió—. Llevo... Llevan —corrigió con rapidez— mucho tiempo sin verte, sin estar contigo... Nos vendrá bien a todos una noche de fiesta, sin compromisos, recordando viejos tiempos.

Ella asintió de manera sutil.

—Lo pensaré.

Asintió feliz al escucharla.

—Si te animas, estaremos allí. —Señaló detrás de él, en la playa—. No hay pérdida, Mimi. La arena amarilla te llevará hasta Oz —le susurró al oído, cuando pasaba por su lado, al mismo tiempo que abría la puerta de la casa y sin más, desapareció por el interior.

Unos años atrás...

—¿Qué dibujas? —le preguntó Dante besándola en el hombro desnudo.

Ella se rio, intentando alejarse de él.

—Estate quieto...

El joven la abrazó por detrás y dejó que sus manos le acariciaran el liso estómago.

—Eso no decías hace un rato —comentó, mordiéndole en la zona donde se junta el cuello con el hombro.

Mimi se revolvió, entre divertida y disgustada porque no la dejara dibujar. Lo miró de medio lado y le robó un beso que a él le supo a poco.

—Solo necesito un minuto.

La risa de él la hizo temblar.

—Eso es lo que siempre dices pero luego... —Se dejó caer sobre el colchón, librándola de su agarre—, te olvidas de mí.

La chica ni lo miró. Estaba ensimismada con lo que plasmaba en el bloc de folios, ajena a todo lo que le rodeaba.

Pasados unos minutos, sintió como alguien le acariciaba la espalda.

—Me siento ignorado... —se lamentó Dante—. Muy ignorado...

Mimi sonrió, apartó el cuaderno a un lado y se giró hacia él.

—¿Cómo de ignorado?

El chico miró hacia el techo de la habitación, pensando una respuesta.

—Mucho —señaló poniendo morritos.

La joven se acercó hasta su cara y atrapó su labio inferior, para pasar al superior a continuación.

Dante tiró de ella, y la puso encima de él, sin separar sus bocas. Disfrutando del beso que se ofrecían.

Cuando sus cuerpos comenzaron a reclamar algo más que una caricia húmeda, ambos se separaron con reticencia.

—Mis padres están a punto de llegar.

Dante posó su frente en la de ella y suspiró.

—Lo sé, lo sé... —Le sonrió—. La culpa es tuya por preferir tus dibujos a mí.

Mimi le golpeó el estómago y se incorporó en la cama, atrapando una camiseta que había encima de la silla de su escritorio.

—Son parte importante de mí... —se justificó sin mirarlo, algo cohibida, mientras se recogía el cabello utilizando un lápiz que había encima de la mesa.

Él apoyó su espalda en el cabecero de la cama, desnudo, sin sentir ningún pudor al mostrarse desnudo, y atrapó el bloc de dibujo. Pasó una a una las páginas, parándose cada poco en algunos de los dibujos que le llamaban la atención por algún motivo, hasta llegar a la ilustración que había acaparado el tiempo de Mimi, minutos antes.

—¿El hombre de hojalata? —preguntó, observando con detenimiento el cuaderno. El rostro de ese personaje era un fiel retrato del suyo—. ¿Me has dibujado como el hombre de hojalata de *El Mago de Oz*? —repitió mirándola divertido.

Mimi se subió a la cama y trató de quitarle el bloc, sin mucho éxito.

—Dámelo.

Dante levantó el cuaderno, alejándolo de ella, riéndose al ver los fallidos intentos de la joven.

—No hasta que me lo expliques.

Mimi se mordió el labio inferior.

—Es una tontería...

Él dejó el cuaderno en la mesilla que había cerca de la cama y atrapó su cara.

—Nada que provenga de ti puede ser jamás una tontería.

Los ojos de color caramelo brillaron al escucharlo.

—Promete que no te reirás.

Le dio un beso en la punta de la nariz y asintió.

—No podría...

La chica miró a ambos lados y suspiró rendida.

—Siempre he pensado que el hombre de hojalata estaba enamorado de Dorothy —confesó con rapidez, agachando la cabeza—. Por eso de desear un corazón...

Dante atrapó su barbilla, levantándole el rostro.

—Si soy el hombre de hojalata, ¿quién es Dorothy?

Ella le sonrió con timidez y se encogió de hombros.

El joven correspondió su sonrisa, atrapando su boca para darle un dulce beso.

—«Sigue el camino de baldosas amarillas, Dorothy» —le susurró, tumbándola en la cama, besándola de nuevo.

Capítulo 13

Minnie llevaba demasiado tiempo dando vueltas en su dormitorio.

Se había subido a la habitación nada más terminar de cenar, como si huyera de algo o de alguien.

Como si huyera, no.

Huía de la invitación de Dante.

El joven había desaparecido de la casa antes de la cena, despidiéndose de todos hasta el día siguiente, y avisó a su madre de que dormiría en la playa junto al resto de la pandilla, para así aprovechar los dos días que pasarían allí todos juntos.

A ella no hizo falta que le repitiera la invitación. Solo con la mirada que le dirigió, cuando se encontraron en la escalera segundos antes de que él abandonara la casa, fue más que suficiente para que Minnie recordara el significado de sus palabras.

Se subió a su cama y observó por la ventana la fogata que habían encendido en la playa. Las sombras de los allí reunidos, alrededor del fuego, la atraían pero al mismo tiempo la repelían. Le apetecía mucho volver a ver a los chicos, ponerse al día con sus vidas, reírse y pasar un rato entretenido, pero sabía que su reencuentro traería preguntas, curiosidad por su familia, y no le apetecía hablar de ello.

Un golpe en la puerta la alejó de sus cavilaciones.

—¿Se puede? —preguntó su padre desde la entrada de la habitación.

Minnie asintió, cambiando su posición para sentarse de cara a él.

—Claro. ¿Sucedó algo? ¿Ian está bien?

El hombre sonrió mientras se acomodaba a su lado.

—Mejor que bien. Ha conseguido que Helen le haga tortitas y está volviendo loco a Fede con sus innumerables preguntas.

—¿Tortitas? —Él asintió—. Pero papá, si acabamos de cenar. —Se levantó de la cama—. Luego le dolerá el estómago y de seguro que pasará mala noche, y...

—Mimi... —la llamó deteniendo su diatriba—. Ven, siéntate. —Palmeó

el lugar que acababa de abandonar, cerca de él.

La joven suspiró y con los hombros caídos, hizo lo que le indicaba.

Su padre le acarició el cabello, sin apartar la mirada de su rostro.

—Te pareces tanto a tu madre...

—Ella era más paciente. No parecía un volcán a punto de estallar ante la mínima crisis.

Luis se rio.

—Ese genio que escondes —le señaló la cabeza—, lo heredaste de ella.

Lo miró sorprendida.

—¿De mamá? —Este asintió—. Pero si siempre parecía una persona tranquila, relajada...

Él le sonrió.

—¿No recuerdas la vez que discutió con los vecinos?

—¿Cuándo su perro se comió las plantas del jardín?

Este asintió.

—¿Y la vez que el coche llegó con un golpe en el paragolpes?

—Nunca nos contó qué le había sucedido.

El hombre cruzó las piernas y apoyó las manos sobre el colchón.

—Un conductor le hizo una mala jugada en el *parking* del centro comercial...

—¿Y le dio?

Negó con la cabeza.

—Para nada pero, cuando por fin se marchó el coche que la había liado, tu madre no paraba de soltar por la boca todo lo que pensaba de ese «buen» conductor y cuando puso la marcha atrás...

—Se dio —dijo entre divertida y asombrada.

Su padre asintió.

—Tu madre cambiaba mucho cuando se ponía al volante —recordó—. Y cuando os sucedía algo que os hería... —Atrapó su mano y la apretó con cariño—. Hizo más de una visita a vuestro colegio para dejar las cosas claras.

—No lo sabía —reconoció.

Le apartó un mechón de la cara y se lo llevó hasta detrás de la oreja.

—Bueno, son cosas que intentaba que no presenciárais para que, en palabras de vuestra madre, no os convirtierais en una bruja sin escoba.

Minnie se carcajeó y al poco su padre la acompañó en las risas.

—La echo de menos... —confesó cuando se quedaron en silencio.

El hombre le dio un beso en la mejilla y se levantó de la cama.

—Todos la extrañamos, cariño.

Ella asintió.

Su padre se quedó mirando el bloc de dibujos que había dejado sobre la mesa.

—¿Has vuelto a dibujar? —se interesó pero, al abrir el cuaderno, comprobó que las páginas seguían en blanco.

—No... —reconoció a media voz.

El hombre cerró despacio la tapa del cuaderno, dejando que sus dedos acariciaran el cartón con reverencia, y no añadió nada más sobre el tema.

—Vamos a jugar a las películas en el salón —anunció yendo hacia la puerta.

—¿Idea de Ian? —preguntó divertida.

—Tu hermano es quien manda. No lo olvides, Mimi —respondió.

Ella se rio.

—¿Sabes que os va a machacar, verdad?

Luis se subió las gafas por la nariz y se encogió de hombros.

—Pero tendremos tortitas para aliviar las penas... —Los dos se rieron—. Si te apetece bajar... Siempre tendrás una plaza en mi equipo, cariño.

—No sé si...

—¿O quizás ya tienes otros planes? —se interesó al escuchar de pronto un grito proveniente de la playa.

Se giró levemente, observando el reflejo de la fogata en la ventana.

—No había... No iba... —titubeó.

Su padre metió las manos en los bolsillos del pantalón y se apoyó en el marco de madera de la puerta.

—Cariño, ¿me haces un favor?

Ella asintió de inmediato.

—Claro, ¿cuál?

—Disfruta —respondió, solo con una palabra.

—Ya lo hago —le rebatió con rapidez.

El hombre negó con la cabeza y posó su mano en el cabello, sin apartar

su mirada de ella.

—Mimi, la vida nos ha enseñado que en cualquier momento o lugar puede golpearnos. Debemos disfrutar de aquello que nos presenta. Vivir cada segundo como si fuera el último porque quizás... —Se quedó callado un instante. Tal vez recordando lo que habían vivido hacía un año—. Quizás mañana ya sea tarde.

Ella asintió muda.

Su padre se quitó las gafas y las levantó un poco por encima de él, para observar los cristales. No tardó en ponérselas.

—Si decides bajar a jugar a las películas con nosotros, serás bienvenida —comentó—. Y si prefieres una fiesta en la playa... —Se encogió de hombros—. Bueno, te perderás las tortitas.

Le sonrió.

—Gracias, papá.

—¿Por? —preguntó algo confuso.

—Por ser mi padre —explicó, de forma enigmática.

El hombre le guiñó un ojo.

—Recuérdalo cuando me veas haciendo el ridículo imitando alguna escena cinéfila —le soltó, desapareciendo por el pasillo.

Minnie observó el espacio donde había estado su padre instantes antes y tomó una decisión.

Capítulo 14

—«¡Silencio! —gritó un chico rubio, atrayendo las miradas de sus amigos, reunidos alrededor de la fogata—. ¿Qué resplandor se abre paso a través de aquella ventana? ¡Es el Oriente, y Julieta el sol! ¡Surge esplendente sol, y mata a la envidiosa luna, lánguida y pálida de sentimiento porque tú, su doncella, la has aventajado en hermosura!...». —Se agachó, imitando una grandilocuente reverencia, y sonrió a la recién llegada—. Bienvenida, Mimi.

Minnie correspondió a su sonrisa con otra, y le dio dos besos en las mejillas.

—¿*Romeo y Julieta*? —preguntó haciendo referencia a lo que acababa de recitar.

Él asintió.

—Qué si no... —le guiñó un ojo—, mi Julieta.

Se rio, golpeándole en el estómago.

—No seas tonto, Sam.

El resto de los allí presentes no tardaron en acercarse a la pareja para saludarla, felices de tenerla de nuevo entre ellos. Compartieron risas y las preguntas de rigor que pudo responder sin que le supusiera un problema. Estaba contenta por estar allí. Ilusionada de estar rodeada de gente a la que apreciaba y que sabía que también la querían.

Eran un grupo de unos seis chicos, que había conocido cuando comenzó a salir con Dante y, aunque al principio se sintió desubicada, por no conocerlos, no saber de sus intereses, por ser... chicos y ella la única mujer; de inmediato se vio arropada por su amistad.

Tenía que reconocer que los había echado de menos.

Sus risas, sus encuentros... Los chistes de Javi, las atenciones de Isma, los versos de Sam y el lenguaje subido de tono de Quique.

Observó la fogata y la persona que estaba al otro lado de ella que no le quitaba el ojo de encima. Era el único que no se había acercado para darle la bienvenida, como si temiera que si lo hacía, pudiera molestarla...

Pero eso no era así...

«¿O sí?», se preguntó a sí misma.

El joven levantó el botellín de cerveza que tenía en su mano e inclinó la cabeza a modo de saludo, cuando sus miradas se encontraron.

Ella no pudo más que corresponder con otro movimiento de cabeza, mordiéndose instintivamente el labio inferior cuando su corazón cambió el ritmo de su latido.

Iba vestido con un vaquero negro y una camiseta blanca con las mangas enrolladas, y el cabello le caía sobre el rostro moreno de una forma muy atractiva. Sus dientes blancos, perfectos, resaltaban entre la luz que ofrecía el fuego y sus ojos oscuros escondían un brillo travieso que consiguió que el estómago de Minnie diera un salto mortal.

—¿Quieres algo de comer? —se interesó un joven pelirrojo, con el pelo rizado, que llevaba gafas, trayéndola de vuelta al momento presente.

Ella pestañeó un par de veces, como si necesitara situarse en lo que le estaban diciendo, y negó con la cabeza.

—Por ahora no. Gracias, Isma.

—Pero tienes que tomar algo, Mimi —indicó Sam que se encontraba también a su lado—. ¿Qué te apetece? Hay refrescos, cervezas...

La chica fue a negar con la cabeza pero en el último momento cedió ante la oferta. Si había decidido acudir a la fiesta, lo que no podía era presentarse como la «rompe rollos».

—Una Coca-Cola estará bien.

—Genial. —Sam se dirigió hacia el lugar donde se encontraban las bebidas pero Isma lo detuvo.

—Deja. Ya voy yo. —Guiñó un ojo a la pareja y se marchó.

—Isma como siempre tan servicial —indicó Minnie observando como su amigo se alejaba de ellos.

—Y no lo vas a cambiar —señaló divertido Sam—. ¿Nos sentamos? —le preguntó al mismo tiempo que se acomodaba sobre un tronco que había cerca de ellos.

Ella lo imitó enseguida, sin apartar su atención del resto de personas que había en la playa.

—Estáis todos...

—No —la cortó—. Jon no ha podido venir.

—¿Y eso? —se interesó. Aunque llevaban mucho tiempo sin coincidir, eran sus amigos. Siempre habían estado a su lado y por eso se preocupaba por ellos.

El joven rubio, al que le caía el flequillo sobre la cara cada dos por tres, obligándole a apartárselo con la mano, se encogió de hombros.

—Novias...

—¿Jon tiene novia? —asombrada, preguntó con rapidez—. ¿Nuestro Jon?

Sam movió la cabeza de manera afirmativa.

—Nuestro Jon —repitió, a modo de afirmación.

Minnie apoyó los brazos sobre las piernas y dejó la cabeza caer sin fuerza. Los rizos escondieron su rostro.

—No me lo puedo creer...

—¿De qué habláis? —interrogó Isma en cuanto llegó a la altura de la pareja. Le dio la lata de Coca-Cola a Minnie y se sentó en la arena, al otro lado de ella, apoyando su espalda en el tronco.

—Le estaba contando las buenas nuevas de nuestro querido Jon —explicó Sam.

—Ahh... —Isma bebió de su botellín de cerveza—. Jon, Jon...

—¿Pero estáis hablando en serio? —insistió ella, mirando a sus dos amigos sin dar crédito a lo que acababa de oír.

Isma movió la cabeza de manera afirmativa.

—Jon tiene novia —anunció de forma categórica.

—La conoció hace unos meses —indicó, con más detalle el rubio—. Y desde entonces...

—No sabemos nada de él —acabó Isma la frase.

Minnie bebió de su refresco y dejó anclados sus ojos en el fuego.

—Pero si decía que nunca... NUNCA —subió el tono para remarcar la palabra—, tendría pareja.

—Del dicho al hecho...

—... hay mucho trecho —terminó Isma por Sam.

Ella los miró de nuevo sorprendida.

—¿Y la novia?

—¿Qué pasa con Marimar? —preguntó Isma.

—¿Cómo es? Tengo curiosidad por saber cómo es la mujer que ha conseguido que nuestro amigo desista de sus principios.

—Es bajita, poca cosa, tímida... —la describió Sam.

—Muy tímida —insistió Isma.

—¿Y por qué no están aquí? —preguntó—. Me es complicado hacerme a la idea de no ver a Jon con vosotros. No se perdía una fiesta —señaló ella.

—Perdía... Ahí está la clave —comentó Sam.

—Desde que llegó...

—Marimar —corearon Isma y Sam a la vez.

—A la vida de Jon —continuó Isma con la explicación—, no le vemos el pelo.

Sam bebió de su cerveza y negó con la cabeza.

—Está desaparecido. Entre la universidad, el trabajo y...

—Marimar —repitieron otra vez al mismo tiempo los dos chicos, casi como si lo tuvieran ensayado.

—No se deja caer por donde salimos —acabó su exposición Sam.

—No lo entiendo —dijo Minnie al final.

Los dos la miraron sin comprender.

—¿El qué? —preguntaron a la vez.

Ella miró brevemente a Dante y devolvió la atención a sus compañeros.

—¿Por qué no pueden salir con vosotros? Los dos. Jon y Marimar.

Isma se levantó del suelo, se limpió la arena de las bermudas que llevaba y la revolvió el cabello con cariño, acariciándole la mejilla en su camino.

—Tú eras distinta —indicó, y se marchó dejándola sola con Sam.

—¿Distinta? —interrogó a su amigo, mirándolo de medio lado.

El chico rubio bebió un último trago de su cerveza y dejó el botellín en la arena.

—Te supiste adaptar a nosotros con facilidad... —Se rascó el cabello y la observó—. Eras una más, que participaba de nuestras chanzas y, aunque Dante —movió la cabeza señalando al joven que estaba al otro lado de la fogata—, no pudiera venir con nosotros porque le hubiera surgido algún tema... —La guiñó un ojo cómplice—. Tú te apuntabas a nuestras quedadas aunque fuera sola.

Minnie lo miró con cariño y se encogió de hombros, escurriéndose al

mismo tiempo por el tronco hasta aterrizar sobre la fría arena. Se quitó las sandalias que llevaba y tiró un poco hacia abajo de los pantalones cortos que se había puesto y que dejaban expuestas sus piernas. Fijó sus ojos chocolate en Dante y comentó:

—Eráis también mis amigos o... —dudó por unos segundos—, por lo menos así lo sentía.

Sam le revolvió el cabello, al igual que había hecho con anterioridad Isma, y se sentó en la arena, al lado de ella.

—Siempre serás nuestra amiga, Mimi —le dijo, en tono confidencial y la empujó sin fuerza—. Te hemos echado de menos.

Ella apoyó la cabeza sobre su hombro y suspiró.

—Yo también a vosotros.

Capítulo 15

—¿Y qué es de tu vida? —preguntó pasados unos minutos Minnie a su amigo.

Este se encogió de hombros y estiró las piernas. Llevaba un vaquero azul y tenía los pies descalzos. Una camisa del mismo tono del pantalón, con las mangas cortas, completaba su atuendo.

—Nada interesante...

Ella lo miró al notar algo de timidez en su tono de voz.

—Sam...

—Mimi...

Los dos se rieron a la vez.

La joven se sentó con las piernas cruzadas para poder observarle bien la cara.

—¿Qué me escondes? —insistió.

Él suspiró moviendo su largo flequillo.

—He conocido a alguien.

Minnie le agarró las manos.

—¿Lo conozco?

Este negó con la cabeza.

—Es de la facultad —aclaró—. Tenemos gustos similares... Le gusta el teatro —explicó sonriente.

—¿Shakespeare?

—Uno de ellos —respondió feliz.

—Ohh... Sam, cómo me alegro por ti.

Él le dio un beso en la mejilla.

—Lo sé, pero...

—¿Pero? —preguntó preocupada. Quería mucho a su amigo y le deseaba lo mejor, por lo que esperaba que todo le fuera muy bien.

—Hay que ir poco a poco...

Esta asintió conforme con su respuesta. Se sentó de nuevo con la espalda apoyada en el tronco de madera, sin soltar las manos masculinas.

—Poco a poco las cosas siempre funcionan mejor.

Sam movió la cabeza de manera afirmativa justo cuando escucharon voces que se acercaban a ellos; pero no fue hasta que estuvieron a escasos metros de distancia de la fogata que no pudieron comprobar de quiénes se trataban.

Eran tres chicas vestidas de manera muy parecida, con unos *shorts* de diferentes colores y unas camisetas de tirantes que se ajustaban al pecho, dejando poco a la imaginación. Rubias... las tres. Con el cabello suelto, parecían la imagen idealizada de las surferas americanas que muestran las películas. Cargaban con bolsas de plástico por las que asomaban diferentes bebidas y *snacks*, y en cuanto vieron a Dante, lo saludaron con efusividad.

Demasiada efusividad para el gusto de Minnie.

—¿Sabes quiénes son? —preguntó con curiosidad a su amigo.

Este la observó, comprobando que la tensión se había apoderado de su cuerpo y que no apartaba la mirada de la conversación que mantenían las recién llegadas con varios de sus amigos... En especial con Dante.

—Creo que son amigas de Dante... —Esta asintió muda—. Mimi...

Ella lo miró en cuanto la llamó.

—¿Sí?

—¿Cómo estás tú?

La pregunta la descolocó. No esperaba que se preocupara por ella en ese momento y más cuando notaba los sentimientos a flor de piel, al observar como el hijo de su anfitriona flirteaba con las chicas que acababan de llegar.

Miró a ambos lados, como si buscara la respuesta correcta para esa pregunta en la playa. Fijó la mirada en la de su amigo y, al comprobar la preocupación que había en ella, se rindió.

—Bien... —dijo a media voz, agachando el rostro.

Él le tomó la barbilla y buscó sus ojos chocolate.

—Mimi...

Esta se encogió de hombros.

—Sam, estoy bien. De verdad.

El joven le pasó el brazo por sus hombros y la cobijó, ofreciéndole su calor y amor.

—No estás bien —susurró.

—Sam... —intentó interrumpirle, pero este chascó la lengua contra el paladar, silenciándola.

Él le acarició el cabello y retomó su discurso:

—Aunque intentes engañarte, no estás bien. Nosotros, los chicos y yo, y... —dudó por un instante— Dante, estamos para lo que necesites. —Minnie tembló al escuchar el nombre del que fue su novio—. Ya sea para hablar, para compartir silencios... —La apartó brevemente de su lado y le guiñó un ojo—, para gritarnos o pegarnos...

La joven le golpeó con cariño el estómago.

—Nunca haría eso.

Este siseó, acercándola de nuevo a él, volviendo a acariciar sus rizos.

—Lo sé, pero si lo necesitas...

Minnie soltó el aire que retenía de su interior:

—Gracias.

—Somos tus amigos y, para lo bueno y lo malo, siempre estaremos a tu lado.

Ella le dio un beso en la mejilla y apoyó otra vez la cabeza sobre su hombro.

—Te quiero.

—Y yo a ti, pequeña.

Capítulo 16

Las horas iban pasando, las conversaciones y las risas se sucedían, pero Minnie cada vez se sentía más incómoda. El buen ambiente que la había arropado a su llegada, dejándola un poso de felicidad, se fue disipando. En su lugar, la crispación y el mal humor se iban apoderando de ella, sobre todo cada vez que veía como una de las rubias «surferas» agarraba del brazo a Dante, se reía de alguna de las cosas que comentaba o le ponía ojitos...

«¡Ojitos! ¡Le pone ojitos!», pensó golpeando el tronco del árbol donde se había sentado.

—¿Estás bien? —le preguntó Sam divertido. Desde que las chicas se habían unido a ellos, no había perdido detalle del cambio de humor de su amiga.

Esta asintió aunque el gesto de su cara no acompañaba esa afirmación.

—Mejor que bien.

—Ya... —El joven rubio miró a su amigo y le devolvió la atención a ella—. ¿Sabes que existe una fácil solución?

Minnie elevó una de sus cejas.

—No sé a qué te refieres.

Sam la despeinó y se rio.

—Ya... Bueno... —Señaló con el dedo a Dante y luego a ella—. Sois tal para cual.

Esta rechinó sus dientes.

—Creo que deberías dejar de beber.

—Y tú desinhibirte un poco —le indicó, ofreciéndole un botellín de cerveza.

Negó con la cabeza.

—Ya llevo dos. —Elevó el dedo índice y el corazón.

—Pues un tercero no te sentará mal...

Ella suspiró y tomó lo que le ofrecía.

—La última.

—La última —repitió elevando su cerveza para brindar con la de ella—.

Y, hablando de Dante...

Minnie gruñó tras dar un trago a su bebida.

—Me voy.

—¿Adónde?

—A pasear un rato para despejarme —le indicó, andando hacia atrás, alejándose de su amigo.

Sam asintió, carcajeándose al darse cuenta de que en realidad lo que hacía era huir.

—Grita si necesitas ayuda.

Ella se rio y se giró sobre sus pies, acercándose a la orilla de la playa, alejándose cada vez más de sus amigos.

Estaba sentada en una gran piedra cerca del agua, observando las olas del océano, cuando escuchó un ruido que la asustó. Miró hacia atrás y la sombra que vio, aunque era de una persona amiga, la puso aún más nerviosa.

—Te estás perdiendo una gran fiesta —le dijo en cuanto llegó a su altura.

—Necesitaba tomar un poco el aire.

Dante se rio.

—¿Más todavía? —Abrió los brazos y empezó a girar sobre sus pies—. La mejor medicina para una persona es esto. Naturaleza, nada de contaminación, nada de ruidos... Solo el océano y uno mismo. —Le guiñó un ojo travieso—. En buena compañía.

Minnie no pudo evitar sonreír.

—El mar, los amigos o... ¿las chicas?

Él se detuvo y la observó.

—¿Hay que elegir?

La joven se encogió de hombros y se levantó de su asiento improvisado.

—Tú sabrás...

—Mimi —la llamó, agarrándola de la mano, impidiéndola huir de su lado. Ella lo miró con cara de pocos amigos—. ¿Por qué estás así ahora? Se te veía bien con Sam, Isma..., con el resto de los chicos. ¿Ha pasado algo?

Ella miró sus manos unidas, momento en el que Dante la soltó, y se

cruzó de brazos.

—No, estaba bien. Ha sido bonito verlos de nuevo.

El chico avanzó un par de pasos hacia ella, haciéndola retroceder, y cerró los puños con fuerza a ambos lados de su cuerpo, al observar su reacción. Era como si lo temiera.

—Ellos también han disfrutado de tu compañía. Sobre todo Sam. Te ha echado de menos.

—Y yo a él —reconoció.

Dante se acercó al agua y se mojó los pies.

—Y entonces...

—¿Entonces? —Imitó sus movimientos, avanzando un poco más en el agua, dejando que las olas le empaparan las piernas desnudas.

Él observó su espalda y como la luz de la luna delineaba su figura, haciéndola irresistible.

—¿Por qué te has ido de la fiesta? —insistió en un tono más confidencial.

—Ya te lo he dicho...

—No me lo creo, Mimi —la cortó, adentrándose en el océano como ella, sin importarle que el vaquero se mojara.

El silencio los envolvió, solo roto por el ruido de las olas muriendo en la arena.

La pareja intercambió miradas.

Los ojos negros fijos en los de ella.

Observándose, hablando... Atraídos como dos viejos conocidos, dos viejos amantes que se añoraban, se echaban en falta pero por culpa de la cabezonería de sus dueños, solo les unía la distancia... Los recuerdos que rememoraban, las caricias que evocaban... Los besos que compartieron y deseaban.

—Tengo que irme —rompió Minnie la conexión que por unos segundos compartían.

Pero no se alejó. No hizo ninguna intención de moverse, contradiciendo sus palabras.

Dante se acercó a ella, con temor a que volviera a apartarse, pero no se alejó.

Posó las manos en sus mejillas, admirando su rostro. Movi6 los dedos por la tersa piel de su cara y observó su nariz respingona, las pecas que, a pesar de la oscuridad, resaltaban y sus labios...

Su boca pequeña lo atraía, lo llamaba a gritos, buscando a su gemela, sabiendo lo que esta le podía ofrecer y que tanto añoraba. Su sabor, las sensaciones que habían compartido, los latidos de sus corazones y que en ese instante juraría que podía escuchar, acompañando el sonido de las olas.

La miró de nuevo, buscando algún resquicio de duda, de rechazo...

No lo halló.

Un brillo que conocía muy bien surgió en los ojos color caramelo que tanto le habían perseguido en sueños. Un brillo tentador, que nacía en esos iris ante la expectativa de lo que podían compartir, y que tanto habían extrañado.

Ella se mordió su labio inferior, atrayendo sus ojos negros.

Suspiró levemente y cerró los ojos, en una muda invitación.

Dante le acarició la boca.

Delineó el labio superior y luego dibujó el inferior, deleitándose con su tacto. Acercó su rostro al de ella pero en el último segundo, se separó de su lado.

Minnie abrió los ojos confusa cuando no sintió su boca sobre la de ella. Un vacío se instaló en su corazón y un agujero negro absorbió las mariposas que revoloteaban en su estómago.

Observó la espalda del joven, sin dar crédito a lo que acababa de suceder.

Estaba enfadada y desilusionada, pero al mismo tiempo confusa porque, por un minuto, había ansiado besarlo, saborearlo, recordar lo compartido y que no sabía que lo deseaba tanto.

Se giró hacia la playa y comenzó a andar.

—¿Adónde vas? —le preguntó el joven en cuanto vio como se alejaba.

—No te importa —escupió sin mirarlo.

Dante apretó los puños y tensó la mandíbula.

—Mimi...

—Minnie —lo corrigió, llegando hasta la arena.

Justo en ese momento, Dante la agarró del brazo y la obligó a mirarlo.

—No te enfades...

Esta negó con la cabeza, al mismo tiempo que intentaba zafarse de él.

—No sé a lo que te refieres.

El chico llevó la mano que tenía presa hacia su espalda e hizo lo mismo con la otra que tenía libre, impidiéndole moverse.

—Mimi, deja que me explique...

—No tienes nada qué explicar —lo cortó de muy malos modos.

Este gruñó.

—No seas cabezota...

—¡Ja! Ahora encima me insultas...

Él suspiró.

—Mimi...

—Te he dicho que para ti soy Minnie —recalcó su nombre, mirándolo retadora.

Dante gruñó de nuevo al escucharla y, sin previo aviso, la besó.

Ella, sorprendida, dejó de luchar, y el joven, percatándose de su rendición, la soltó. Llevó las manos con rapidez hasta su cara y disfrutó de ese beso tan deseado, sin separar sus labios, saboreando su sabor...

Una caricia que los descolocó a ambos.

Una caricia que los llevó a otro momento y lugar.

Una caricia que los unió por unos segundos en los que nada estaba presente.

Solo ellos dos.

Una caricia que los devolvió al presente.

Capítulo 17

Los dos se miraron en cuanto se separaron.

Sus respiraciones alteradas, sus corazones acelerados, sus sentimientos a flor de piel...

—Lo siento —dijo Dante, descolocándola.

Ella se llevó la mano hasta sus labios y negó con la cabeza.

—No tienes por qué disculparte.

—Sí, sí tengo —insistió, dándole la espalda—. No tengo ningún derecho para besarte. Ya no estamos juntos y quizás... —dudó un instante—, has conocido a alguien...

Minnie le tocó el brazo, llamando su atención, obligándolo a que la mirara.

—No has hecho nada malo, Dante —insistió—. Yo también quería ese beso...

Él enfrentó sus miradas.

—¿Seguro? —preguntó esperanzado.

—Me gustan los besos —indicó, desinflando las esperanzas del joven—. Podríamos decir que ha sido... —se encogió de hombros— por los viejos tiempos.

—Por los viejos tiempos... —repitió a media voz, no muy convencido con sus palabras.

Minnie atrapó su brazo y tiró de él hacia la fogata.

—Me alegro de que estemos de acuerdo. —Dante la miró anonadado—. Es como si hubiéramos zanjado algo que estaba en el aire. ¿Tú no lo notabas? —le preguntó sin parar de hablar, sin darle ninguna oportunidad de intervenir en la conversación—. Así podremos ser de nuevo amigos... —le dijo a escasos metros de donde se encontraba el resto de la pandilla y le ofreció la mano—. ¿Qué piensas? ¿Amigos?

Él observó su rostro, en el que no dejaba traslucir sus verdaderos sentimientos, y miró la mano que le mostraba como si se tratara de la mano de Frankenstein. Sabía que detrás de esa máscara que se había autoimpuesto,

escondía mucho más de lo que expresaba en voz alta.

Estaba nerviosa, muy nerviosa y eso solo significaba que el beso que habían compartido había sido igual de importante que para él.

La conocía bien. Habían compartido muchos momentos en su vida, confesiones e ilusiones, desilusiones y sueños cumplidos que los habían llevado a convertirse en almas gemelas. Él sabía cuándo Mimi mentía, cuándo estaba enfadada, cuándo feliz o algo la entusiasmaba, o cuándo estaba nerviosa... Y sabía, sin temor a equivocarse, que un sinfín de sentimientos se agolpaba en su corazón y un montón de dudas se repetían en su cabeza. Estaba a punto de derrumbarse y en cuanto estrechara su mano, saldría huyendo. Utilizaría alguna excusa para alejarse de él y de lo que habían compartido, y por eso dudó... Dudó por unos instantes si decirle algo o no, si dejar claro lo que pensaba de la pantomima que estaba representando, dejándola expuesta. Expuesta a él, a sus sentimientos y todo lo que había supuesto para ella, para los dos, ese beso...

Pero no lo hizo.

Un grito emitido no muy lejos de donde se encontraban, le recordó que no estaban solos...

No era un buen momento.

Tomó la mano que le ofrecía y le indicó:

—Amigos. —Tiró de ella, provocando que chocara contra su cuerpo y la amenazó—: Por ahora, Mimi. Por ahora.

Minnie asintió con lentitud, se soltó de su agarre y se apartó el cabello de la cara en un tic nervioso mientras comenzaba a andar hacia atrás, alejándose de él.

—Estoy cansada. —Miró a los chicos reunidos alrededor del fuego—. Despídeme de ellos. Los veo mañana.

No esperó a que Dante hablara.

Se giró con rapidez y, con paso firme, se encaminó hacia la casa. Solo le faltó correr y, aunque ese pensamiento se le cruzó por la cabeza, al final lo desechó. No quería darle ese gusto a Dante, pendiente de cada uno de sus movimientos. Sentía sus ojos clavados en su espalda, buscando el punto de debilidad que no quería mostrarle... Solo quería una cosa: llegar a la casa, a su refugio, para ocultarle que para ella no había sido un simple beso de

amigos...

No se sintió segura hasta que traspasó la puerta de la vivienda y una vez allí, cobijada entre la oscuridad, sola, ya que el resto de los ocupantes dormían, respiró con normalidad.

—Mimi te estás metiendo en un gran lío —se reprendió, mientras se dirigía hacia su dormitorio.

Subió las escaleras con cuidado de no hacer ruido para no despertar a su hermano, que era el que dormía en la misma ala de la casa que ella y Dante, y, cuando llegó a la planta de arriba, la puerta de la habitación de este último la atrajo como un imán.

Sabía que no debía entrar en su cuarto, que no debía traspasar el marco de la entrada pero, aunque su cabeza lo sabía y se lo repetía una y otra vez, no hizo caso.

Abrió despacio la puerta, como si temiera encontrarse a su dueño en ella, cuando sabía que eso no era posible, y, sin encender ninguna luz, se adentró poco a poco en su interior.

Se acercó hasta la cama y movió levemente las cortinas, para cerciorarse de que seguían con la fiesta. Se sentó en el centro de la misma, encima de la luna que tenía el nórdico, y observó la estancia.

Al principio, la oscuridad le impidió la visión pero, poco a poco, sus ojos se fueron haciendo a la penumbra. La silueta de los objetos que decoraban el espacio, se fueron definiendo, y el aroma de su dueño la envolvió.

Cerró los ojos y recordó el beso que habían compartido minutos antes. Como la decepción que la había invadido, cuando creyó que la besaría pero al final no fue así, se evaporó cuando su boca, de improviso, atrapó la suya y la sumergió en un sentimiento de bienvenida, de regreso al hogar...

De improviso, un ruido cercano la hizo reaccionar. Abrió los ojos y se levantó de la cama, para dirigirse con rapidez hacia la puerta, temiendo que la pudieran pillar allí dentro. Se asomó al pasillo pero no vio a nadie por lo que, aunque debía aprovechar y marcharse, volvió a adentrarse en el dormitorio.

Se acercó hasta la mesa donde descansaba una torre de libros en precario equilibrio. Leyó sus títulos y pudo comprobar que la fascinación por la figura de Leonardo da Vinci seguía acaparando los estudios de Dante.

Había libros de Freud, de Charles Nicholi, Marcel Brion, Paul Valéry e incluso de Christian Gálvez. Tomó la novela de este último autor, *Matar a Leonardo da Vinci*, entre sus manos y revisó sus páginas, sorprendida de que Dante hubiera introducido dentro de la bibliografía que analizaba para estudiar al genio, un *thriller* histórico.

De pronto, algo llamó su atención. Regresó hasta las hojas que ya había pasado de la novela y una hoja algo amarilla, con un dibujo, le sonrió desde la tinta del bolígrafo usado para crearlo.

Deslizó sus dedos de manera ceremoniosa por las líneas que daban forma a la ilustración y recordó...

Unos años atrás...

—¿Vendrá Dante hoy? —le preguntó su madre, al mismo tiempo que le ponía delante un café con leche.

—Te lo comenté antes —indicó Mimi, bebiendo de la taza—. Agh... Mamá, ¿le has echado azúcar al café?

La mujer adulta observó a su hija que miraba con cara de asco la bebida. Se apoyó en la encimera de la cocina y se llevó la mano hasta la barbilla.

—Creo que sí, pero ya no sé... —Se volvió para abrir el armario y sacó un tarro—. Toma.

Mimi asintió.

—Gracias... —Se echó dos cucharillas en el café—. ¿Dónde está Ian?

La mujer miró su móvil como si buscara algo pero sin saber muy bien el qué.

—Con tu padre.

Ella bebió del café, saboreando esta vez la bebida.

—Así está mejor...

—¿El qué? —preguntó su madre mirándola.

—El café —aclaró sonriéndola.

—Claro, te lo ha hecho tu madre maravillosa. —Le dio un beso en la mejilla para pellizcársela a continuación, como si no recordara lo del azúcar—. ¿Vendrá Dante hoy?

Mimi elevó una de sus cejas y la miró extrañada.

—Me dijo que sí... —respondió.

Su madre le revolvió el cabello y se fue hacia la puerta.

—Me gusta ese chico —dijo saliendo de la cocina.

Ella observó el movimiento de la puerta batiente durante más tiempo del que suponía, ya que al rato Dante apareció tras ella con una sonrisa.

—Hola, preciosa. —Le dio un beso y se sentó en la silla de al lado, bebiendo de su café—. ¡Está frío!

Mimi lo miró por primera vez y le sonrió.

—Lleva encima de la mesa bastante tiempo. —Tomó su móvil y comprobó la hora. Había pasado algo más de un cuarto de hora desde que su madre la había dejado sola.

Dante se levantó de la silla y buscó entre los armarios como si se encontrara en su propia casa.

—¿Quieres otro? —le preguntó mostrándole la taza que había sacado de la alacena.

Ella negó con la cabeza, agarró un boli y se puso a dibujar en una servilleta blanca de papel.

Dante la observó maravillado, comprobando que acababa de perder a su novia por un trozo de papel, y se sirvió el café. Se acercó a ella, ocupando la misma silla donde se había sentado con anterioridad y observó lo que dibujaba.

—¿Qué es?

Esta lo miró brevemente para devolver la atención al papel de inmediato.

—No sé... —Lo miró confusa—. Un batiburrillo de cosas...

Dante le quitó la servilleta y observó el dibujo con detenimiento. Delante de él había un *chibi*¹ de una mujer con el cabello castaño y grandes ojos marrones, rodeada de miles de signos de interrogación o palabras que le salían de la cabeza, destacando azúcar entre ellas.

Miró a la creadora, quien mostraba manchas de tinta azul en la mejilla y en la punta de la nariz.

—¿Qué sucede? —le preguntó preocupado. Conocía muy bien a Mimi y sabía ya por sus dibujos, cuando estaba feliz, contenta o algo la angustiaba.

Esta negó con la cabeza e intentó quitarle la servilleta de las manos.

—Tonterías...

Dante dejó el papel sobre la mesa y atrapó su cara para impedirle que le rehuyera la mirada.

—Mimi, ¿qué ocurre?

Esta enfrentó sus ojos negros y expulsó el aire que retenía sin saberlo.

—Mi madre...

1 Término usado en Japón para describir un estilo específico de dibujo en el que los personajes son retratados de forma exagerada.

Capítulo 18

—Siempre va conmigo —señaló Dante acercándose a ella por la espalda. Le quitó la servilleta y, tras fijarse en el dibujo hecho con un bolígrafo azul que conocía muy bien, la devolvió a las páginas que la resguardaban.

—No sabía... —dudó—. Lo tiré en la papelera...

Él atrapó su mano que comenzaba a temblar y la giró para mirarla de frente.

—Lo saqué de allí y me lo guardé —confesó, atrapando su barbilla, para levantarle el rostro y así poder ver sus ojos.

—¿Por qué? —musitó.

Él le limpió una lágrima silenciosa que se deslizaba por su mejilla.

—Era parte de ti...

—Una mala parte —indicó con rapidez.

Este negó con la cabeza y le apartó un par de mechones del rostro con cariño.

—No, eso no es así. —Agachó su cabeza para poner su mirada a la misma altura que la de ella—. Debemos recordar... No podemos olvidarnos de lo que vivimos, aunque eso sea un mal recuerdo, y los dibujos forman parte de ti. —Le señaló su corazón con el dedo índice—. Es la manera que tienes de expresarte y en ese momento —movió la cabeza hacia los libros—, con ese *chibi* que plasmaste en una servilleta, expresaste mucho más de lo que tu cabeza quería reconocer con palabras. —Le golpeó la frente con el dedo.

Los ojos de Minnie se llenaron de lágrimas como si tuvieran miedo de alejarse de la cárcel de pestañas donde estaban encerradas. Miraba a Dante pero no lo veía. Sentía sus caricias pero no las sentía...

Respiró con profundidad, intentando encontrar la voz que le faltaba...

—Yo...

Dante se acercó a ella y siseó.

—Mimi...

—La echo tanto de menos —confesó escondiendo su cabeza entre el refugio de sus brazos y comenzó a llorar sin control.

«—Puedo ser divertido si quieres o pensativo, listo o supersticioso, valiente... incluso bailarín. Seré lo que quieras. Dime lo que quieres que sea, y lo seré por ti.

—Eres tonto.

—Podría serlo».

—Nicholas Sparks,
El diario de Noah (Nick Cassavetes, 2004).

Capítulo 19

La luz de un nuevo día entró por la ventana despertándolo.

Dante se giró sobre la cama, esperando hallar a la chica que había dormido a su lado pero, para su sorpresa, se encontraba solo. Apoyó su mano en el hueco que ella había ocupado y sintió su calor. Ocultó la cara en su almohada y el olor a tarta de manzana y vainilla, inundó sus fosas nasales.

Tras la huida de Mimi de la playa, y de su lado, estuvo remoloneando entre sus amigos, riéndose de algunas de las anécdotas que contaban, escuchando las conversaciones que compartían pero, cada poco tiempo, sus ojos se desviaban hacia la casa como si tuvieran vida propia. Una sensación extraña le oprimía el corazón, un malestar que iba en aumento y, aunque no sabía muy bien la causa, no terminaba de estar tranquilo.

—¿Estás bien? —se interesó Sam por él.

Este miró a su amigo y se llevó una mano a la nuca.

—Sí... No...

El joven rubio se rio.

—¿En qué quedamos?

Dante suspiró con fuerza y dejó caer sus brazos inertes a cada lado de su cuerpo.

—No sé...

Sam le golpeó la espalda.

—Mejor así.

Su amigo lo miró sin comprender, elevando una de sus cejas morenas.

—¿Qué quieres decir? —Sonrió—. ¿Que está bien que no sepa ni cómo me encuentro?

El chico asintió, le tomó del brazo y tiró de él alejándolo del fuego, y del resto de los allí reunidos.

—Mimi.

Dante lo miró más confuso todavía al escuchar el nombre de la chica.

—¿Mimi?

Él asintió otra vez sonriente.

—Ha vuelto...

—Lo sé —atajó con rapidez. No entendía adónde quería llegar—. Ha estado aquí, con nosotros... Se hospeda en mi casa... —Lo observó y se detuvo—. Sam, cuando te pones en plan misterioso... No sé qué esperarme de ti.

Este lo miró con cara de asombro y se señaló a sí mismo muy afectado.

—¿Yo? No sé a qué te refieres.

Dante no pudo más que sonreír de nuevo.

—Venimos de allí. —Señaló la fogata donde habían estado minutos antes—. Me traes hasta aquí. —Levantó los brazos intentando abarcar lo que les rodeaba, para acabar moviendo la cabeza hacia el edificio que tenían más cerca—. Y, encima, vas divagando sin llegar a ninguna parte. —Se llevó las manos hasta sus caderas—. ¿Qué quieres decirme?

En los ojos azules de Sam apareció un brillo travieso.

—La culpa de tu estado, de cómo te encuentras, la tiene Mimi.

—¿Mimi? —Este asintió—. ¿Y por qué has llegado a esa conclusión?

El chico rubio volvió a pasar su brazo por el de él, y lo obligó a andar en dirección a las escaleras que llevaban hasta la casa.

—Porque ya no eres un alma en pena...

—¿Soy un alma en pena? —le preguntó con sorna.

—Bueno, al principio dudé en calificarte como un Dementor²...

—Ehh... —se quejó, soltándolo ya cerca de las escaleras.

Sam levantó su dedo silenciándolo.

—Pero, luego preferí algo más clásico, haciendo referencia a la obra de Eduardo Rovner, *Alma en pena*.

Dante se carcajeó.

—¿Estás hablando en serio?

—Muy en serio —confirmó, con gesto más grave.

—Pero, Sam...

El chico chascó la lengua contra el paladar, interrumpiendo lo que fuera a decir, y se cruzó de brazos.

—Que utilice símiles con el teatro, significa...

—Por tu obsesión con él —recalcó.

Este asintió.

—Obsesión, fanatismo, *hobby* o mera actividad extraescolar...

Dante no pudo evitar reírse de nuevo, arrancándole una pequeña sonrisa a su amigo.

—¿Extraescolar? —preguntó divertido.

Sam le dio un leve puñetazo en el estómago.

—Déjame... Para una vez que intento decir algo importante.

Él se incorporó, masajeándose la zona golpeada con gestos algo exagerados.

—Avisa y la próxima vez me pongo la armadura.

Este resopló.

—Has estado insoportable todo este tiempo —soltó de golpe, lo que llevaba intentado decirle desde el principio, logrando silenciar las bromas y las risas.

Dante lo miró algo confuso.

—¿Estás hablando en serio? —Este asintió con los brazos cruzados—. Pero... —Se llevó la mano a la nuca y golpeó la arena con el pie—. ¿Desde cuándo?

—¿Tú qué crees? —Lo miró con cierto aire de sabiondo.

Él suspiró.

—Desde que Mimi me dejó...

—¡Equilicué, mi querido amigo! —Levantó las manos al aire y le mostró una sonrisa triunfal.

Dante se sentó en la escalera construida con rocas.

—Y por qué... No entiendo por qué... —Dudó mirando el suelo, buscando las palabras que quería decir pero que no encontraba.

—¿Por qué no te hemos dicho nada? —expresó Sam, sentándose en la arena, enfrente de él.

El chico moreno asintió.

—Porque pensamos que necesitabas pasar el luto.

—¿El luto?

Este asintió y empezó a realizar dibujos inconexos en la arena de la playa.

—Es una forma de decirlo... —Le guiñó un ojo y volvió a su tarea—. En cierta forma, Mimi nos dejó a todos por lo que más o menos sabíamos por

lo que estabas pasando...

—Es especial... —resumió en una sola palabra lo que todos los de la pandilla pensaban de su amiga.

Desde que Dante y ella habían comenzado a salir, y la había presentado a sus amistades, había construido un vínculo de amistad que iba más allá de la simple relación «impostada» por el nacimiento de una pareja de novios. Mimi los había conocido a todos y, con el paso del tiempo, había llegado para quedarse. Por eso, a Dante no le extrañó que cuando la relación que mantenían ellos dos, llegó a su fin, les afectara de alguna forma a sus amigos.

—Nos dejó huérfanos...

Dante miró a su amigo y se rio.

—Luto, huérfanos... Ahh... —levantó su dedo índice—, y que no se me olvide, alma en pena... —Le golpeó el hombro, moviéndole con el impulso—. Estás hecho todo un erudito.

Sam también se carcajeó.

—Eres un exagerado.

El moreno asintió.

—Un exagerado que tiene buenos amigos...

El otro le guiñó el ojo.

—Ahí la has clavado.

Ambos se quedaron callados por unos segundos.

—¿Y crees que ya he pasado mi período de luto? —preguntó Dante entre divertido y algo serio.

Sam movió la mano de lado a lado.

—En tu mano está...

—No te entiendo —confesó.

El chico rubio echó las manos hacia atrás, apoyándolas en la arena.

—Con la llegada de Mimi otra vez a tu vida, se nota que tu estado ha cambiado...

—¿Ya no soy un alma en pena? —lo interrumpió.

Sam negó con la cabeza sin dejar de sonreír.

—No, ahora eres media alma en pena.

—¿Y qué puedo hacer, gran maestro? —preguntó de forma cómica aunque los dos sabían que el tema que trataban era importante.

Sam se llevó las manos hasta la barbilla, como si acariciara una barba inexistente, pensando en una respuesta. De pronto, levantó su dedo índice en el aire, y lo chascó con el pulgar, haciéndolos sonar.

—¡ESPABILA! —gritó.

Dante se echó hacia atrás, como si hubiera recibido un nuevo puñetazo.

—Es complicado —le dijo pasados unos segundos, cambiando ya el tono de voz por uno más serio.

Sam se levantó del suelo y se palmeó las piernas, intentando quitarse la arena que se le había pegado a los pantalones.

—Cuando algo es complicado o difícil de alcanzar, es cuando en verdad merece la pena conseguirlo.

El chico moreno observó a su amigo.

—Pero Mimi no me quiere a su lado...

El otro lo miró con gesto duro.

—La chica que los dos conocemos y que ha huido a esconderse a esa casa —señaló la vivienda con la mano—, lleva un año gritando en silencio. Nos ha echado de su vida, porque pensaba que era lo mejor para nosotros...

—Movié la cabeza de lado a lado—. No quiso que sus problemas nos afectaran y por ello, se ha quedado sola. Nos necesita... —Enfrentó su mirada—. Te necesita.

Dante se incorporó, poniéndose a la misma altura que su amigo.

—¿Y si me echa de su lado, otra vez?

—Insistes —espetó.

—¿Y si estamos equivocados? ¿Y si en verdad quiere tenerme lejos? Y si...

Sam posó su mano sobre la de él, ofreciéndole su apoyo.

—Acaba con tus miedos, amigo. El tiempo pasa demasiado rápido y habrá un momento en que sea tarde —le aconsejó, marchándose con el resto de la pandilla.

2 Figura oscura y siniestra que aparece en la saga de Harry Potter, creada por J.K. Rowling

Capítulo 20

Un ruido que provenía de las escaleras lo devolvió al presente. Se incorporó levemente sobre la cama y observó la puerta de su habitación cerrada, con la esperanza de que ella apareciera...

Pero pasó el tiempo y no se abrió.

Expulsó el aire que retenía sin saberlo y se dejó caer sin fuerzas sobre el colchón, con la vista fija en el techo de su dormitorio.

En cuanto Sam le dejó solo, la sensación que le invadió tras la huida de Mimi, volvió a apoderarse de él pero multiplicado por dos. Observó la casa mientras la conversación con su amigo se repetía en su cabeza una vez más y pensó que no pasaba nada si se cercioraba de que todo marchaba bien; podría asomarse al dormitorio de ella y comprobar que descansaba...

Con ese propósito, subió las escaleras que lo llevaban hasta la casa. Abrió la puerta con sigilo y se dirigió al piso superior, intentando hacer el menor ruido posible. Avanzó por el pasillo con intención de ir directamente al cuarto de Mimi cuando decidió, por un impulso, detenerse primero en su habitación.

En cuanto llegó al vano de la entrada, la silueta de ella lo recibió.

Aunque el dormitorio estaba a oscuras, pudo identificarla enseguida, y, en vez de encender la luz, se apoyó en la pared para observarla.

La había echado de menos...

Tomó aire y pudo jurar que su perfume le llegó con total nitidez, envolviéndolo, tentándolo, llamándolo...

Vio como leía los títulos de los libros que había sobre su escritorio y comprobó como uno a uno, deslizaba los dedos casi como con reverencia por las letras impresas. Comprobó que uno de ellos le llamó la atención y observó como abría sus páginas, para echarle un vistazo hasta detenerse de pronto en una de ellas.

Fue en ese momento cuando se dio cuenta de la novela que había estado mirando y lo que acababa de descubrir.

Pensó que quizás, ya que no se había dado cuenta de que se encontraba

allí, podría desandar su camino y desaparecer; dejarla sola con los miles de pensamientos que de seguro ese dibujo que había encontrado reviviría en su interior; pero al final no se movió del sitio. A diferencia de en otras ocasiones, su cabeza y su corazón, yendo a la par, se lo impidieron.

Esperó paciente.

Sigiloso y pendiente de cada uno de los movimientos de Mimi por si lo necesitaba...

Por un instante, las dudas lo invadieron. Sabía la importancia que tenía ese dibujo para ella, lo que suponía haberlo encontrado allí... entre sus cosas... Y pensó que tal vez lo mejor era dejarla sola, que pudiera vivir los sentimientos que la embargaban en la intimidad o que, quizás, estaba equivocado y ella había cambiado tanto que no iba a necesitar su apoyo.

De pronto, un ruido sordo captó la atención de sus cinco sentidos. Un movimiento tembloroso de la mano femenina, acaparó su visión y un suspiro provocó que sus pies, anclados en la entrada, se pusieran en movimiento.

Se acercó con lentitud, con temor de ser rechazado...

No sabía si soportaría un nuevo rechazo...

Y atrapó la servilleta con el dibujo que era tan importante para ella.

Desde el momento en el que Mimi acabó entre sus brazos, sintió como si su corazón se resquebrajara un poco.

No le gustaba verla así...

No quería verla así...

Tan vulnerable, tan abatida, tan dolida...

No sabía qué hacer...

No sabía si debía hablar para aliviar su dolor, para silenciar sus lágrimas... Si debía besarla... Por un segundo, tuvo que reconocerse a sí mismo que la tentación de probar sus labios una vez más lo tentó, pero se contuvo...

Dios sabe que se contuvo...

Y fueron sus brazos los que la cobijaron, arropándola, mimándola...

Después de eso...

Los dos acabaron en la cama de Dante, abrazados, en medio de un silencio cómodo y familiar, que los llevó de la mano al mundo de los sueños.

—Lo que no esperaba era despertar y no tenerte a mi lado —se dijo a sí

mismo, posando de nuevo su mano en la zona que Mimi había ocupado toda la noche.

Capítulo 21

—Buenos días, dormilón —lo saludó su madre en cuanto apareció por la planta baja.

—Hola, Dante. ¿Quieres jugar al Rummy? —le preguntó Ian, acercándose a él.

El joven le alborotó el cabello rubio con cariño y se rio.

—¿Necesitas mi ayuda, enano?

El pequeño lo miró con aire de suficiencia, poniéndose todo lo recto que podía.

—No hace falta. Soy todo un experto.

—Ian, deja a Dante que desayune —lo llamó su padre.

—Te toca —lo avisó su hermana, momento en el que los ojos de Dante y ella se encontraron.

Fueron solo unos segundos en los que ambos sintieron cómo sus corazones se paraban para retomar el latido de inmediato.

—Dante, ¿quieres café? —preguntó su madre rompiendo la conexión de los jóvenes.

Este se rascó la cabeza y asintió.

—Te lo agradecería, mamá —confirmó, para mirar de nuevo a la chica que conseguía que sus sentimientos estuvieran a flor de piel, pero Mimi ya había devuelto la atención al juego.

Negó resignado con la cabeza y se acercó hasta la mesa donde le esperaba la taza con la bebida oscura.

—¿Y tus amigos? —se interesó Federico—. ¿Siguen en la playa?

Él miró a su padre quien no despegaba los ojos del periódico que leía.

—Me mandó Sam un WhatsApp para decirme que se iban al pueblo a desayunar y luego regresarían.

—¿Y dónde han dormido? —preguntó Luis, el padre de Mimi, mientras colocaba las fichas del juego encima de la mesa.

—Creo que alrededor del fuego —aclaró tras beber el café.

—¿Crees? —indicó Helen mirándolo con curiosidad—. ¿No dormiste

con ellos?

El ruido de las fichas del Rummy al caerse al suelo, atrajo la atención de los allí presentes.

—¡Qué torpe soy! —señaló Mimi algo nerviosa, escondiéndose debajo de la mesa para intentar recogerlas.

—Y ahora tendremos que empezar... —se quejó Ian.

Luis se rio.

—No pasa nada. Así tendré oportunidad de machacaros.

El pequeño lo miró cara de pocos amigos.

—Ni en tus mejores sueños, papá.

—Si eso juego yo también... —se ofreció el padre de Dante.

Ian negó con la cabeza con demasiada rapidez.

—No, no, no...

—Ian, si Federico quiere jugar...

—Joo... —cortó el niño a su padre—, es que siempre gana.

Todos los allí reunidos no pudieron evitar carcajearse al escuchar al pequeño.

—Ya está —anunció Minnie, sentándose de nuevo en el sillón que ocupaba—. Ya están todas recogidas...

—Empiezo yo —dijo Ian corriendo.

Helen sonrió con cariño, feliz de ver la escena tan familiar que se presentaba ante ella, y se sentó al lado de su hijo.

—¿Dónde pasaste la noche, Dante? —insistió a media voz pero lo suficientemente alto para que Mimi la escuchara.

Este desvió su mirada brevemente hacia la chica, movimiento que no pasó desapercibido para su madre.

—En casa...

—¿En tu dormitorio? —preguntó extrañada—. Pensé que te quedarías con tus amigos...

—Ya... Sí... —dudó en cómo salir libre de ese interrogatorio—. Esa era la idea. —Se levantó de la silla y se acercó hasta el fregadero para dejar la taza ya vacía, en un intento de alejarse de ella.

—¿Y por qué no lo hiciste? —se interesó, prestando atención al juego que se llevaba a cabo en la mesa pequeña, no muy lejos de ellos; atenta a las

reacciones de la joven que participaba, y que estaba más pendiente de la conversación que mantenía con su hijo, que de las fichas que tenía delante.

El chico se apoyó en la encimera y observó a su madre, quien miraba a Mimi, y suspiró. Sabía que algo extraño había notado, y que no tendría mucho margen para eludir responder con la verdad, ya que si no lo hacía en ese momento, su madre ya se encargaría de sonsacársela más adelante.

—No estaba a gusto...

Su madre lo miró y elevó su niquelada ceja rubia.

—¿Seguro?

—Helen... —la llamó su marido—, deja de hacerle el tercer grado al muchacho. Si quiso dormir en casa, pues mejor.

La mujer miró a su hijo por unos segundos, dejando claro que tenían una conversación pendiente, y se levantó de la silla para acomodarse en el brazo del sillón que ocupaba Federico.

—¿Sabes que eres un aguafiestas?

Su marido la miró por encima de las gafas para seguir leyendo el periódico a continuación.

—¿Sabes que en el fondo tengo razón? —le respondió con otra pregunta.

—¿En qué tienes razón? —preguntó Ian mirando a la pareja.

Helen revolvió el cabello del pequeño con cariño y le dijo:

—Nada. Son cosas de mayores...

—¡Siempre igual! —se quejó interrumpiéndola—. Tengo ganas de ser mayor para enterarme de «esas cosas de mayores».

El padre del niño colocó las últimas piezas que le quedaban en la mesa y estiró sus brazos hacia arriba, atrapando los nudillos en un gesto victorioso.

—¡Gané!

Ian lo miró con la boca abierta, y revisó los números que había puesto. Se sentó en el suelo y apuntó con su dedo índice a los padres de Dante.

—Es por vuestra culpa. Me habéis distraído.

Todos se rieron a la vez.

Capítulo 22

Mimi

Cuando lo vi bajando las escaleras, con el pelo revuelto y el gesto de no haber dormido mucho, me sentí culpable.

No supe retener todos los sentimientos que me ahogaron cuando vi el dibujo... el primer dibujo donde expresaba lo que le estaba sucediendo a mi madre y, cuando lo tuve delante... a Dante... me derrumbé.

Estar entre sus brazos, amparada por su cariño, por su fuerza... No sabía lo que le había echado de menos hasta que me vi envuelta otra vez por su calor.

Le había echado de menos...

Mucho...

Pero...

Lo había hecho por él.

La enfermedad de mi madre nos sumergió a toda la familia en una situación complicada que todavía hoy en día, seguimos sobrellevando como podemos...

Sobrevivir... Vamos sobreviviendo...

No podía arrastrar conmigo a Dante...

No podía...

Pero anoche, cuando sus brazos me envolvieron y su cercanía me recordó la seguridad que siempre me había ofrecido...

Estando a mi lado...

En realidad ya no sé dónde me encuentro. La situación me sobrepasa y solo de pensar en verlo cada día...

¡Dios! Por lo menos podría ponerse una camiseta, no aparecer solo con un pantalón corto, dejando visible el cuerpo tan perfecto que tiene y ese moreno que le queda tan bien... Hasta la imagen de no haber dormido nada en toda la noche, me llama a gritos para que me levante y lo bese...

Besar...

¡Cómo echo de menos sus besos!

El beso de anoche fue...

No, mejor que no.

Mimi debes olvidarte de él y de sus besos...

¡Ya!

Capítulo 23

A media mañana, Minnie decidió bajar a la playa para pasar el día con Dante y con el resto de los chicos. Las miradas e indirectas por parte de Helen acabaron por agotarla y, aunque no le apetecía meterse ella solita en la boca del lobo, lo prefirió a tener que volver a jugar al Rummy mientras eludía una batalla dialéctica donde tenía todas las que perder.

Se puso el bikini azul, un pareo blanco que se ató a la cadera, y unas sandalias del mismo color. Se peinó los rizos del cabello como pudo, y en la bolsa de rafia trenzada donde llevaba la toalla y la crema solar, guardó la última novela que estaba leyendo.

Cuando salió de la casa, se detuvo brevemente en las escaleras que la llevaban hasta la playa, y observó desde la distancia a sus amigos. Una sonrisa surgió en su rostro de la nada y una sensación acogedora se instaló en su estómago. Verlos allí, otra vez todos juntos... Riendo, conversando, haciendo el payaso... Era como si el tiempo no hubiera pasado y volvieran a ser los mismos.

Pero eso no era posible...

De pronto, unos gritos de júbilo femeninos sumados a unas risas le llamaron la atención. Achicó los ojos y se llevó la mano hasta la frente para simular una visera, para impedir que los rayos del sol la deslumbraran, comprobando que sus amigos no estaban solos. Las tres «surferas» que habían aparecido en la fiesta la pasada noche, estaban de nuevo allí...

Tensó la mandíbula, tomó aire profundamente, y se adentró por la playa en dirección a donde se encontraban los chicos.

—Bienvenida, querida —la saludó Sam—. Ya creía que no te veríamos el pelo hoy.

Minnie le dio un beso en la mejilla y se sentó a su lado en la arena.

—Jamás te perdonaría que te fueras y no te despidieras de mí.

—Sabes que no me habría presentado en tu dormitorio... —Le agarró la mano y le dio un beso—. Si quieres estar sola, lo respeto.

Ella apoyó la cabeza en su hombro.

—Lo sé y te lo agradezco...

—Pero —la interrumpió.

Minnie sonrió al escucharle.

—¿Pero?

—Eso no quiere decir que la próxima vez que te viera, te leyera la cartilla por tu comportamiento.

Ella se rio.

—Esta vez no ha sido así —le indicó, recordando que en ningún momento de la conversación que habían mantenido en la fiesta, Sam la había soltado un sermón.

El chico la empujó levemente.

—Ayer lo que menos necesitabas era una reprimenda por mi parte y ahora...

—Sam, no estoy... —le cortó pero no pudo continuar. El joven le puso un dedo sobre la boca, silenciándola, y la miró de frente.

—Ahora lo que necesitas es refrescarte —le sugirió, levantándose de golpe y ofreciéndole una mano para ayudarla a incorporarse.

Ella lo miró, dudando en si aceptar o no, hasta que al final asintió y le agarró la mano.

—A veces no sé por qué te quiero tanto.

Sam posó las manos en sus caderas y, tras guiñarle un ojo, la levantó en el aire hasta apoyarla sobre su hombro.

—Yo tampoco lo sé —la contestó, corriendo hacia el agua para adentrarse en el mar a pesar de los gritos y las risas de su amiga.

Dante observó toda la escena en silencio.

No le había quitado el ojo de encima a Mimi desde que se había unido a ellos; pendiente de la conversación que mantenían Sam y ella, y de como por un segundo algo que le dijo su amigo, cambió su estado.

Duró muy poco, lo justo para que el joven cambiara de tema y acabaran bañándose en el mar.

Había vuelto a sonreír...

Había vuelto a escuchar su risa y solo con ese sonido, él ya era feliz.

Se levantó del tronco de madera donde estaba sentado, escuchando uno de los últimos chistes de Javi, y se acercó a la orilla como si un hilo tirara de

él.

—¿Te vas a meter?

Dante miró a la joven rubia que lo había seguido, y pestañeó un par de veces confuso.

—Perdona... —Intentó recordar su nombre pero le fue imposible.

La chica movió la mano señalando el agua.

—Te preguntaba que si te vas a meter en el agua. —Le regaló una sonrisa amistosa.

Fue a negar con la cabeza. No le apetecía nada adentrarse en el mar. La había probado nada más reunirse con sus amigos, y estaba algo fría para su gusto pero, cuando Mimi volvió a gritar divertida ante la aguadilla que le hacía Sam, cambió de idea.

—Sí. ¿Te animas? —la invitó, más por ser educado que porque quisiera que lo acompañara.

La chica con rapidez movió la cabeza de manera afirmativa y se quitó la camisa blanca de tirantes que llevaba, dejando visible la parte de arriba del bikini, de color rosa, que dejaba muy poco a la imaginación. Le agarró de la mano y tiró de él hacia el agua.

—Vamos...

Dante no pudo más que asentir y la siguió como si no tuviera fuerza de voluntad.

En cuanto la pareja se adentró en el océano, y Minnie se percató de su presencia, su carácter cambió. De golpe, se le quitaron las ganas de seguir en el agua y con una mala excusa, volvió a la arena. Estiró la toalla y se tumbó sobre ella, de espaldas a la mar, dispuesta a leer su libro, ignorando lo que la rodeaba... En concreto, a Dante.

Divertido, Sam observó todos sus movimientos. Se tumbó boca arriba en el agua y se dejó mecer por las olas, hasta que su amigo se acercó a él.

—Dante, ¿qué haces?

Este lo miró sin comprender.

—No sé a qué te refieres...

El joven rubio se incorporó y miró a la chica que, alejada de ellos, los saludaba con la mano.

—O yo soy tonto o a ti te falta un hervor —lo acusó sin apartar la vista

de la chica.

Dante siguió su mirada para devolver la atención a su amigo de inmediato.

—Quería bañarse y...

—Y no podías decirle que no, ¿verdad?

—Aghh... —gritó impotente y se sumergió bajo el agua.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó con retintín cuando reapareció empapado.

Dante expulsó el aire que retenía y se apartó el cabello húmedo que le caía sobre la cara.

—No sé qué estoy haciendo —reconoció para disfrute de su amigo.

Sam no pudo evitar reírse.

—Felicidades...

—¿Por qué?

—Por volver al mundo de los mortales.

Dante se tumbó en el agua mirando el cielo azul.

—No vuelvas con el rollo ese del alma en pena...

El chico rubio apoyó las manos en su estómago y lo hundió.

—No era un rollo —se quejó—. Si me escucharas de vez en cuando...

—Lo hago —lo cortó con rapidez—. Anoche dormí con Mimi...

Sam elevó sus cejas sorprendido y pasó sus ojos de la joven mencionada a su amigo.

—Espera... —Se puso en pie dentro del agua, comprobando que le llegaba hasta las caderas—. ¿Me estás diciendo que te acostaste con nuestra amiga?

Dante resopló y también se levantó.

—Dormimos que es muy diferente a acostarse...

—Y tanto —atajó—. Siempre he pensado que dormir al lado de la persona que quieres es mucho más íntimo que follar con ella...

El chico moreno lo salpicó con el agua.

—No seas bruto.

—Bruto o no, es la verdad.

Dante no pudo más que asentir.

—Vale, pero, ¿ahora qué hago?

Sam se llevó la mano hasta su barbilla.

—Entiendo que no habéis hablado esta mañana.

Él negó.

—Cuando abrí los ojos, ya no estaba a mi lado.

—¿Y desde entonces? —se interesó.

—Nada de nada...

Los dos chicos observaron a Mimi en silencio. Cada uno sumido en sus propias preocupaciones.

—Tienes que romper el hielo —indicó el joven rubio de repente.

Dante sonrió irónico.

—¿Con qué? ¿Con un pica de hielo?

Sam lo empujó, tirándole al agua de nuevo.

—No seas tonto...

—Tonto y alma en pena, el *pack* ideal —comentó divertido aunque estaba preocupado por su problema.

Su amigo negó con la cabeza y le ofreció la mano para ayudarlo a levantarse.

—Lo que ha ocurrido esta noche, entre vosotros dos —los señaló con el dedo—, es la señal innegable de que nuestra amiga comienza a despertar...

—¿Cómo la Bella Durmiente?

Sam posó sus manos en la cintura.

—¿En verdad quieres arreglar las cosas con Mimi?

—Perdona, perdona... Son los nervios, la impotencia de no saber qué hacer... Esta cabeza hueca —se la golpeó— que en vez de pensar primero qué decir, suelta la primera tontería que se le ocurre.

Sam le pasó un brazo por sus hombros y le dio en el estómago.

—Lo sé, amigo. Entiendo que es tu preocupación la que habla. —Le revolvió el cabello mojado—. Nunca te has visto en una situación como esta...

—Que me está matando —confesó, a media voz.

Su amigo asintió.

—Tienes que reconquistarla.

—¿Qué quieres decir?

—Recuerda aquello que hiciste para que se enamorara de ti la primera

vez...

—¿Y lo vuelvo a hacer? —lo interrumpió cambiando el gesto de su cara, como si acabara de escuchar la solución a su problema.

Sam movió la cabeza de manera afirmativa.

—Salvo por dos cosas...

Dante lo miró expectante.

—Una —elevó su dedo índice—, tienes que modernizarte. Habrá cosas que sucedieron que necesitarán una actualización...

—¿Cómo los móviles?

Su amigo mostró tres dedos de su mano.

—He cambiado de opinión. Tienes que solucionar tres cosas.

—Perdona. No lo vuelvo a hacer —se disculpó por haber soltado una nueva tontería.

—No puedes decirle a Mimi las mismas idioteces que a mí porque de seguro que no querrá volver a tu lado —lo regañó.

Dante suspiró y hundió los hombros en un gesto de derrota.

—Lo sé, lo sé...

—Antes de hablar, piensa. —Le golpeó con el dedo la cabeza.

El chico moreno asintió de nuevo.

—¿Y la segunda o tercera cosa? —le preguntó, intentando que olvidara su metedura de pata.

Sam le sonrió y miró a la chica que se había metido en el mar con su amigo, y que en ese momento se acercaba a ellos.

—A Mimi no le hace ninguna gracia que estés rodeado de mosconas...

Dante observó la «moscona» de la que hablaba e intentó justificar lo que había pasado, pero no pudo hacerlo. Sam se alejaba de su lado, en dirección a la playa, dejándolo con el tercer problema que tenía y debía solucionar.

Capítulo 24

—¿Es interesante? —le preguntó Dante desde su altura.

Minnie se giró levemente y se puso la mano como visera para verle mejor la cara.

—¿A qué te refieres?

El chico se sentó a su lado, para consternación de ella, y especificó:

—El libro.

—Bueno... Sí... —Se sentó para tenerlo de frente.

—¿Seguro? Ese bueno, ha sonado a lo contrario.

Minnie miró la portada de la novela y se la enseñó.

—Es una historia de misterio y asesinatos...

—¿Estás documentándote?

Ella arqueó una de sus cejas algo confusa ante la pregunta, cuando al final comprendió a qué se refería.

—No seas tonto. —Le golpeó con el libro en el brazo—. Es entretenido. Desde que lo empecé solo quiero acabarlo para descubrir quién es el malo.

—El mayordomo —indicó con firmeza—. Siempre es el mayordomo.

La chica se rio.

—No hay o por lo menos la autora no lo ha presentado todavía...

Dante tomó la novela y vio la señal que indicaba por dónde iba su lectura, más allá de la mitad del libro, y negó con la cabeza.

—Si ya vas por ahí, el personaje culpable ya lo ha tenido que presentar.

—¿Ahora eres escritor?

Él se encogió de hombros y le devolvió la novela.

—Algo sé...

Minnie lo miró extrañada. Sabía que no era claro con ella, pero no insistió más sobre el tema. Miró hacia el agua donde estaban algunos de sus amigos jugando con una pequeña pelota, junto a las tres «surferas» que parecía que no tenían previsión de irse en ningún momento, y dejó que el silencio se posara entre ellos.

—¿Quieres bañarte? —preguntó Dante pasados unos segundos.

Ella negó con la cabeza.

—No, pero puedes ir tú. —Señaló donde estaba la pandilla—. Parece que se lo están pasando muy bien...

—Yo también aquí —la cortó.

Minnie no lo miró. Dejó sus ojos fijos en lo que se desarrollaba delante de ellos, intentando ignorar la montaña rusa que se había creado en su estómago desde que él se había sentado a su lado.

—Seguro que te echan de menos.

—Los chicos ya me ven muy a menudo, porque no esté con ellos haciendo el payaso, no me lo van a echar en cara.

—¿Y ella?

—¿Ella? —preguntó, aunque sabía a quién se refería. Quizás Sam sí iba a tener razón y a Mimi le había molestado su supuesta compañía.

—La «surfera»...

Sonrió divertido.

—Creo que no hace surf —comentó mordiéndose el labio, intentando contener su risa.

La chica lo miró y al observar su rostro, lo empujó pero le salió mal la jugada ya que Dante atrapó sus manos y tiró de ella, hasta tumbarla sobre él. Con gran agilidad, la movió a un lado, logrando posar la espalda femenina sobre la arena, y él, con cuidado, se posicionó por encima.

—Suéltame —le exigió.

Dante negó con la cabeza y le apartó un mechón de su rostro, dejando que sus dedos acariciaran la mejilla por el camino.

—Tenemos que hablar...

—¿Así? ¿Aquí? No seas tonto...

Él chascó la lengua contra el paladar, acallándola, y se acercó hasta su boca, dejando escasos milímetros de separación entre los labios de ella y los suyos.

—Me has llamado tonto ya dos veces, te aviso que no aceptaré que haya una tercera vez.

Minnie elevó una de sus cejas e inclinó la cabeza hacia atrás en aire prepotente.

—Qué harás si vuelvo a llamarte ton...

No pudo acabar la frase.

Dante se abalanzó sobre su boca, atrapando el labio inferior para pasar a continuación al superior. Una caricia que comenzó como un castigo pero acabó demandando más de la pareja.

En cuanto sintió que su cuerpo reclamaba más contacto, se separó de ella y dejó fijos sus ojos negros sobre los marrones.

—¿Quieres probar otra vez? —preguntó con retintín.

Minnie negó con la cabeza.

—¿Qué quieres?

Él tardó en responder. Por su cabeza pasaba solo una cosa que le quería pedir, pero sabía que si sus labios formulaban su demanda, ella huiría de nuevo.

—Hablar —decidió por fin.

—Ya... —dudó—. Lo estamos haciendo.

Dante le acarició el cabello y enrolló un dedo en uno de los rizos que se le formaban. Observó como el mechón de cabello se estiraba para volver a su ser en cuanto era libre de su agarre.

—Siempre me han gustado tus rizos... —confesó para sorpresa de ella.

—Son un incordio —comentó, intentando quitar importancia al hecho, aunque en su estómago se lo estaban pasando pipa con tanta subida y bajada por la montaña rusa.

—Son como la vida...

Esta arrugó el ceño.

—¿La vida?

Dante tiró de nuevo de otro rizo y asintió.

—La primera impresión es enrevesada, algo loca pero, cuando los estiras, e intentas domarlos, siempre vuelven a su ser; a su verdadera naturaleza... Un cabello indómito que no se deja vencer por nada ni por nadie.

Minnie tragó con dificultad.

—¿Me estás llamando loca?

Él le ofreció una cariñosa sonrisa y le acarició el rostro con reverencia.

—Loca, chispeante, preciosa... —Pasó sus dedos por cada una de sus pecas y le dio un pequeño toque en la punta de la nariz—. Una mujer

increíble que por muchas situaciones complicadas a las que deba hacer frente, regresará siendo la misma cuando sea el momento oportuno.

Lo observó asombrada. Fijó sus ojos en la mirada de él, y tembló ante lo que en ellos encontró.

—Dante, ¿qué pretendes?

—Que te vuelvas a enamorar de mí —confesó de pronto, descolocándola ya del todo.

—¿Estás hablando en serio? —preguntó algo nerviosa.

El chico observó su rostro y comprobó que en sus ojos marrones el miedo estaba muy presente. Se apartó de ella, dejándola libre, y se sentó sobre la arena.

—¿Tan complicado lo ves?

Ella se incorporó sin saber muy bien qué decirle.

—Dante, yo...

Este se levantó de improviso.

—Olvida lo que te he dicho —le pidió de espaldas—. Me voy al agua...

Minnie observó cómo se alejaba sin echar la vista atrás en ningún momento, al mismo tiempo que un vacío la inundaba.

Capítulo 25

Mimi

El día terminó siendo algo muy distinto a lo que esperaba.

Desde el intercambio de palabras que mantuve con Dante, vi como las horas pasaban demasiado lentas para mi gusto. Sam intentó varias veces animarme, pero mi estado había decaído, y observar el espectáculo que se estaba llevando a cabo delante de mis propias narices, no me ayudaba para nada.

En más de una ocasión me tentó la idea de marcharme de allí para desaparecer por la casa, pero mi orgullo me lo impidió, y Sam... Si no fuera por mi amigo, hacía tiempo que me había presentado ante Dante y le habría dicho cuatro cosas.

Si quería recuperar mi amor, qué hacía tonteando con la «surfera» esa...

Capítulo 26

Dante

Sabía que lo estaba haciendo mal... muy mal y que para nada estaba siguiendo los consejos de Sam pero, por un segundo, solo un segundo, me tentó la idea de gritar a Mimi para que espabilara...

No podía seguir sumida en el mundo paralelo que se había creado.

No podía alejarnos a todos de su lado.

No podía alejarme a mí...

Le había dicho a las claras mis intenciones y...

Solo le había faltado reírse en mis narices.

Y yo... como el tonto que ya había dejado claro Sam que era, me había centrado en un solo propósito: darle celos.

Sin hacer caso a mi amigo...

Sin hacer caso de mis propios sentimientos.

Capítulo 27

—Nos vamos —le anunció Sam a Mimi en cuanto guardaron todas las cosas que habían llevado en los coches.

Ella asintió con los ojos algo llorosos, momento en el que los brazos de su amigo la arroparon.

Se había despedido de todos, prometiéndoles que los vería pronto. No iba a permitir alejarse de ellos, ya que, aunque solo habían tenido dos días para recuperar el tiempo pasado, se había dado cuenta de lo que significaban en su vida.

—Tranquila, querida —la calmó—. En nada nos veremos...

Minnie se limpió las lágrimas que se deslizaban por su cara y asintió.

—Prométemelo —le exigió.

Sam le mostró su dedo meñique y ella no dudó en enlazar el suyo con el de él.

—Aunque caigan sapos y culebras...

—Aunque no pueda avanzar por culpa del barro...

—Nos veremos —dijeron los dos a la vez y se rieron.

Él le revolvió el cabello con cariño.

—Habla con él... —le soltó de pronto descolocándola.

—¿Con quién?

—Mimi...

—Vale, vale... —Se sorbió los mocos de la nariz y levantó las palmas de las manos en son de paz—. No me pegues.

Su amigo sonrió e insistió:

—Lo está pasando muy mal...

Dejó caer sus brazos sin fuerza, extrañada ante esa confesión.

—¿Dante?

—¿Quién si no, tonta? —Le pasó el brazo por sus hombros y se acercó al coche blanco con la puerta del copiloto abierta.

—Pues yo no lo he visto tan mal hoy —dijo algo enfurruñada.

Sam se carcajeó.

—Sois peores que los niños. —Le pellizcó la mejilla con cariño—. No puedo creer que estés celosa. Tú... —la señaló con el dedo—. Por Dante... —Puso los ojos en blanco.

Ella se apartó de malos modos.

—Hoy ha estado muy entretenido con esa «surfera» y —levantó los brazos abarcando lo que les rodeaba—, mira... ¿Dónde está ahora? No ha tenido ni tiempo para despediros... —Torció la boca—. Ha salido corriendo para acompañar a esas *barbies* hasta su casa.

El joven rubio se apoyó en el coche, justo cuando la furgoneta roja, estacionada al lado de ellos, tocaba el claxon. Sam levantó la mano, pidiéndoles tiempo al resto de los chicos.

—No eres justa con él —la recriminó—. Nos ha ayudado a guardar las cosas en los coches y sí se ha despedido de nosotros...

—Pero se ha ido detrás de ellas como un perrito faldero —insistió algo enfadada.

—Mimi...

Ella resopló.

—Lo siento —se disculpó—. Es que sus actos y sus palabras se contradicen... —Echó las manos al cielo—. Sam, no sabes lo que me molesta su actitud...

—¿Y el beso de la playa? —la interrogó descolocándola.

—No sé a qué te refieres...

Sam se carcajeó de nuevo y le golpeó con sutileza la boca con el dedo.

—Quita ya esos morros y reacciona. Dante solo te quiere a ti. Lleva... —Miró hacia el oscuro cielo donde comenzaban a salir las estrellas, pensando cómo explicarse—. Te espera desde entonces —terminó por decir.

—Pero... Yo... No sé si... —Se pasó las manos por el cabello buscando las palabras que necesitaba para expresarse.

Él atrapó su cara y la obligó a mirarlo de frente.

—No puedes llevarlo todo tú sola, Mimi. La gente que te queremos, estamos aquí para ayudarte. —Ella asintió, recordando la conversación que ambos habían compartido la pasada noche—. Dante solo quiere ayudarte...

Ella sintió como una nueva lágrima se escapaba de entre sus ojos.

—No quiero que mis problemas os afecten. No quiero...

El chico chascó la lengua contra el paladar acallándola.

—Cuando las cosas vienen mal dadas, es cuando más debemos estar al lado de las personas que nos necesitan —explicó con seriedad—. Estamos aquí, Mimi. —Llevó la mano hasta su corazón—. Siempre.

Esta asintió y lo abrazó.

—Gracias...

Sam le dio un beso en la mejilla y se metió en el coche blanco. Bajó la ventanilla cuando el conductor arrancó el motor y la llamó de nuevo, atrapando su mano.

—Solo una cosa más...

Minnie le sonrió.

—Quisiste alejarle de tu lado por su bien —ella asintió—, pero lo que has conseguido es que acabara sufriendo todavía más. Preocupado por ti, por no poder apoyarte, por no poder consolarte...

—No lo sabía —reconoció a media voz.

Sam le besó la mano y la soltó.

—No le hagas sufrir más —le rogó—. Aunque...

—¿Aunque?

—Cuando haga alguna de sus payasadas, dale un escarmiento. —La guiñó un ojo.

Minnie se rio ante su petición y dio un par de pasos hacia atrás, alejándose de los coches, permitiéndoles ponerse en movimiento.

Capítulo 28

Dante llegó a la casa pasada la medianoche.

La vivienda estaba en penumbras; solo unas pocas velas, situadas en zonas estratégicas, y con la mecha casi apagada, iluminaban la planta de abajo.

Tras pasó la puerta con cuidado de no hacer ruido y se dirigió a las escaleras cuando algo le llamó la atención. Encima de la mesa de la cocina había platos, cubiertos y copas colocadas para la cena. En el centro, una fuente con una ensalada y al lado, una lasaña ya fría.

Le pareció raro encontrarse una cena para dos personas, pero más extraño era que la comida no se hubiera catado.

Un sonido, proveniente del sofá que tenía detrás de él, lo atrajo como un imán y comprobó que había un bulto, tapado con una manta, que se movía cada poco tiempo.

Se acercó muy despacio, intentando hacer el menor ruido posible, con curiosidad por descubrir quién dormitaba en el mueble tan incómodo, y cuál fue su sorpresa cuando descubrió a Mimi...

Se arrodilló en el suelo, muy cerca del sofá, cerca de ella, y la observó con detenimiento. Las arrugas que se le formaban en la frente evidenciaban que sus sueños no eran placenteros, y sus movimientos, algo aparatosos al estar tumbada en un espacio reducido, eran la prueba clara de que tenía una pesadilla.

Pasó sus dedos por la frente, intentando alejar la tensión que allí se reflejaba, y descendió la caricia hasta sus mejillas con delicadeza. Dibujó sus pecas, pequeñas manchas marrones que muy bien podrían simular cualquier constelación estelar, y delineó sus labios con delicadeza.

De pronto, ella lo miró.

Sus ojos color caramelo brillaron al reconocerlo pero, en menos de dos segundos, ese calor desapareció, sustituido por una frialdad hasta entonces desconocida por él.

Minnie se incorporó, alejándose de su contacto, y apartó la manta con

la que se tapaba de malos modos.

Dante se levantó al mismo tiempo, como si tuviera un resorte que funcionara ante el ataque silencioso de ella, y se apartó unos metros de su lado. Se rascó la nuca, se pasó la mano por el cabello, descolocándolo, y soltó el aire que retenía sin saberlo.

Un silencio opresor los envolvió.

La temperatura descendió bastante en el salón, tanto que si unos pingüinos hubieran decidido montar su hogar en medio del mismo, a ninguno de los dos jóvenes les habría extrañado.

Él se acercó a la nevera y tomó una botella de agua.

—¿Quieres? —preguntó intentando romper el hielo.

La chica lo miró con cara de pocos amigos y negó con la cabeza.

—Me voy a dormir...

Dante observó cómo se levantó del sofá para dirigirse hacia las escaleras.

—Espero que esta noche duermas bien, para que mañana estés de mejor humor —la increpó, deteniéndola.

Minnie sujetó la barandilla de la escalera con demasiada fuerza, tanta que hasta sus nudillos se pusieron blancos.

—Hay una buena solución para ello —dijo enfrentándole.

Dante se cruzó de brazos y se apoyó en la encimera de la cocina con cierto aire chulesco.

—Pues si tiene el favor la señorita de contármelo, se lo agradecería. Sería un verdadero respiro no tener que aguantarte en ese estado todo el día. —Movié la mano de arriba abajo, señalándola.

—Quizás si hubieras llegado para la cena, mi «estado» —recalcó la palabra subiendo la voz— no sería este.

Dante miró de nuevo la comida que había sobre la mesa y luego a ella.

—¿Esto es cosa tuya?

—Pero claro, tenías mejores cosas que hacer que volver a casa... —dijo por respuesta.

Se pasó la mano por su cabello y se maldijo mentalmente.

—Mimi, no es lo que crees...

—Primero —lo interrumpió—, para ti mi nombre es Minnie. —Él tensó la mandíbula al escucharla—. Y segundo, en realidad me da igual lo que

hayas hecho. Ya no hay solución. —Se giró hacia la escalera con intención de subir a la planta de arriba.

—He estado paseando por la playa —explicó con rapidez, deteniéndola. Ella lo miró de medio lado.

—Dante, no necesito que me mientas. Soy suficiente mayorcita para asumir que te gustan otras chicas y que lo nuestro ya ha terminado...

—¡No! —gritó silenciándola.

Ambos se sorprendieron ante su reacción.

Minnie lo miró nerviosa.

Dante parecía que necesitara aire tras emitir esa única palabra.

—Perdona —se disculpó—. No quería gritarte. Es solo que desde que has vuelto a mi vida, parece que solo navegamos en un mar de confusiones.

—No creo que sea eso —le rebatió con poca convicción.

—No puedes negarme que las pocas veces que hemos hablado, hemos terminado enfadados, molestos o huyendo... —remarcó ese último verbo haciendo referencia a la de veces que ella terminaba poniendo alguna excusa para alejarse de él.

Minnie suspiró y se sentó rendida en uno de los escalones.

—Desde el principio, estas «vacaciones» —movió los dedos índice y corazón simulando unas comillas— empezaron mal.

Dante se acercó a ella y se sentó a su lado.

—¿Y eso? —preguntó.

La joven apoyó su cabeza en las rodillas y lo miró de medio lado.

—No supe adónde venía y que compartiría casa contigo hasta que estuve aquí.

Este la miró anonadado.

—No puedes hablar en serio...

Ella asintió.

—Creo que mi padre no se atrevió a decirme que estaría unos días aquí. —Movió la mano señalando todo lo que los rodeaba—. Contigo. —Le sonrió con pesar.

Dante resopló moviendo su flequillo.

—Vale, vale, vale...

—¿Qué vale? —preguntó algo divertida al escucharlo.

—Que empiezo a entender algunas cosas...

—¿Como cuáles?

La empujó con cierta camaradería.

—Tu comportamiento...

Ella se levantó del lugar que ocupaba con velocidad.

—¿El mío? ¿Y qué me dices del tuyo? Todavía recuerdo cómo apareciste solo con una toalla, hablándome todo borde.

Dante le sonrió travieso.

—Ya veo que te acuerdas de la ropa que llevaba.

Minnie lo miró, y se sentó en el sofá que había enfrente de las escaleras y que minutos antes había utilizado para dormir.

—No cambies de tema.

Él se rio.

—¿Yo? Nunca.

No pudo más que sonreír ante su comportamiento.

—Vale, vale, vale... —repitió las mismas palabras que él había utilizado antes.

—¿Qué vale? —la imitó.

Minnie ensanchó la sonrisa.

—Nuestro reencuentro ha ido de mal en peor.

El chico asintió.

—No puedo estar más de acuerdo contigo. —Apoyó los brazos en sus rodillas y enfrentó sus miradas—. ¿Y qué vamos a hacer para solucionarlo?

Ella se encogió de hombros y se echó hacia atrás en el sofá.

—No tengo ni idea...

—Pues mal vamos —atajó.

—¿Y eso? —le preguntó siguiéndole el juego.

—Porque, de los dos, tú eres la lista de la pareja.

Minnie se rio por fin. Era la primera vez, desde que habían comenzado a hablar, que ella se permitía reír con libertad.

—Vale...

—Vale... —él repitió.

—Vale... —dijeron a la vez.

Los dos se quedaron callados, dejando que el silencio los arrojara. Un

silencio muy distinto al que habían compartido antes, siendo este mucho más cómodo, más entrañable e incluso amistoso.

—Creo que tengo una idea —señaló Dante de pronto.

Minnie se incorporó levemente en su asiento.

—Estoy deseando saber de qué se trata.

—Es algo muy sencillo —comentó.

—Lo sencillo a veces es lo más fácil.

Dante asintió conforme con ella.

—¿Y si volvemos a ser amigos?

La chica arrugó el ceño.

—Eso acordamos anoche...

—Y ninguno de los dos lo ha intentado —dijo lo evidente, recordando el día que habían compartido.

Minnie atrapó uno de sus rizos y comentó:

—En realidad, ya somos amigos...

Él chascó la lengua contra el paladar y la corrigió:

—Fuimos mucho más que amigos.

Ella sintió que sus mejillas enrojecían ante esa apreciación.

—Pero aunque... —dudó en repetir sus palabras—, fuimos más que amigos...

—Mucho más que amigos —la rebatió, con una sonrisa.

—En el pasado —especificó, para que no hubiera ningún tipo de confusión entre ellos, borrando la sonrisa de Dante—. Yo siempre he pensado en ti como un amigo.

—¿Y por eso desapareciste? —la acusó.

Lo miró cambiando el gesto de su cara.

—Las circunstancias me llevaron a tomar ciertas decisiones...

—Malas decisiones —la interrumpió.

—Dante, no creo que...

—Yo tampoco creo que esta sea la mejor forma para comenzar una nueva amistad —terminó la frase por ella, evitando entrar en una nueva discusión.

Minnie suspiró.

—No, tienes razón.

Él asintió conforme, se levantó de las escaleras y se acercó a ella.

—Pues ya está dicho. —Le ofreció la mano—. Amigos.

La joven le miró a la cara por unos segundos, calibrando si hablaba en serio, y al comprobar que no había ningún rastro de chanza en su rostro, se incorporó y le estrechó la mano.

—Amigos.

Sus ojos se encontraron y hablaron un idioma muy diferente al de las palabras. Un escalofrío les recorrió el cuerpo de arriba abajo, y un calambre provocó que separaran sus manos.

—Bueno... —Dante dudó qué añadir a la conversación.

—Yo me voy a dormir —anunció Minnie alejándose de él, rehuyendo su mirada a causa de una reciente timidez.

—¿Y esa comida? —le preguntó él, intentando retenerla.

Ella miró la mesa que había dispuesto hacía horas y se encogió de hombros.

—Quería aprovechar que tus padres y el mío, junto con Ian, se han ido de excursión unos días para intentar solucionar lo nuestro...

—Espera, espera, espera... —la interrumpió.

Esta se giró y le sonrió.

—¿Has cambiado el vale por el espera?

Dante negó con la cabeza y movió la mano, intentando que olvidara lo que había dicho.

—¿Me estás diciendo que todo esto, es cosa tuya? —Movié los brazos señalando la mesa con la cena y las velas.

Ella se encogió de hombros.

—No es nada.

—Pero...

—Buenas noches, Dante —se despidió de él, subiendo las escaleras.

—Buenas noches, Mimi... —le deseó a media voz, dejándose caer en el sofá.

Capítulo 29

Dante

No soy más estúpido, tonto, torpe... porque no entreno. Si entrenara, ya hubiera sacado matrícula de honor.

En qué hora pensé que un paseo me vendría bien...

¡Pasear! Como si fuera el chófer de *Paseando a Miss Daisy*.

Si hubiera venido a casa directo...

Si hubiera dejado de pensar en mis preocupaciones... En ella...

Me habría encontrado con ella...

Y quizás...

Quizás habría tenido una oportunidad de arreglar lo nuestro.

Vale que no había perdido la oportunidad. Ser amigos era un paso y de ahí...

No, no quiero pensarlo.

Poco a poco y con mucha paciencia...

Mucha paciencia es lo que creo que no tengo pero, como todo en esta vida, se puede aprender, ¿no?

Capítulo 30

Mimi

Después de mi conversación con Sam, estaba dispuesta a todo.

Pero...

¿Cómo se pueden complicar las cosas en un solo segundo?

Si Dante hubiera aparecido cuando debía...

Si no me hubiera dejado sola, esperándolo...

Quizás...

Quizás lo nuestro lo habríamos arreglado, pero no fue así.

Y ahora...

¿Amigos? Solo a él se le puede ocurrir esa idea.

¿Cómo se puede ser amigo de alguien al que amas?

¿Cómo se puede ignorar los sentimientos que te ahogan?

Amigos...

Bueno, quizás...

Quizás de la amistad al amor solo haya un paso... o por lo menos eso dicen...

Tendré que ser paciente...

Aunque paciencia no es que me sobre mucha...

Capítulo 31

Minnie se despertó bastante tarde a la mañana siguiente.

Tras despedirse de Dante, pensó que le costaría conciliar el sueño pero se equivocó. En cuanto su cabeza tocó la almohada, acabó inmersa en el mundo de Morfeo. Era como si, a raíz de la conversación mantenida con el joven, se hubiera quitado un gran peso de encima que no sabía que acarreaba hasta ese instante.

El silencio de la casa la recibió en cuanto salió al pasillo. Ningún ruido, charla o gritos por parte de Ian se escuchaba por la vivienda, algo que la extrañó en un primer momento, hasta que recordó que los padres de Dante, junto a su familia, habían decidido visitar las ruinas de un castillo que se hallaba a varios kilómetros de donde se encontraban. Pasarían fuera dos noches y así aprovecharían para ver el pueblo que había a los pies de la construcción, y que en las rutas turísticas destacaban como una visita imprescindible.

Se miró en el espejo del cuarto de baño y la imagen que le devolvió, le hizo arrugar el ceño. Tenía en la cara marcas de las sábanas, legañas en los ojos que se quitó con rapidez, y sus rizos estaban más salvajes que nunca. Intentó peinarlos, mojándose el cabello con bastante agua pero, a causa del calor que había ese día, la humedad se evaporaba enseguida por lo que los mechones volvían a su estado natural de inmediato. Suspiró, dándolo por perdido y, tras colocarse la camiseta del pijama, donde innumerables miniporciones de tartas de fresa invadían la tela, a juego con el pantalón corto, decidió no retrasar más su aparición en el salón.

Descendió la escalera algo nerviosa.

Debido a la experiencia de días pasados, temía el encuentro con Dante. No sabía si, a pesar de la conversación de la pasada noche, volverían a comportarse como dos extraños.

Pero sus miedos estaban infundados.

En cuanto sus pies tocaron el salón, se sorprendió ante lo que vio.

Dante iba de un lado a otro por la cocina. Entre sartenes y comida

esparcida, se movía como si no tuviera mucha idea de lo que hacía.

—¿Se puede saber qué haces? —le preguntó, acercándose hasta la mesa, observándolo divertida.

El chico la miró y se rascó la nuca con timidez. Se comportaba como si le acabaran de pillar en mitad de alguna trastada que no quería mostrar.

Minnie vio que en la camiseta blanca y en los pantalones de deporte azules que llevaba, había rastros de lo que estuviera cocinando. Un estampado de colores que podía tener cierta influencia de las obras del carismático artista Jackson Pollock.

Observó su negro cabello donde había manchas de harina, y comprobó que en los dedos tenía restos de huevo.

—Era una sorpresa —le indicó con una sonrisa que atrajo su mirada, ya que en la comisura de sus labios le pareció ver algún rastro de chocolate.

Elevó una de sus cejas.

—No sabía que ahora a las catástrofes naturales se las llamaba así... — Movié las manos señalando el estropicio que tenía delante.

—Bueno... Se me ha ido un poco de las manos...

—Dante...

—Vale, un mucho —rectificó.

—Dante...

Este resopló moviendo su flequillo y se sentó en la silla que tenía más cerca.

—Tú ganas, soy míster patoso.

—Se está quemando —indicó por fin, señalando detrás de él.

El joven miró lo que le mostraba para, con rapidez, saltar de la silla, tirándola en su arranque, agarrando el mango de la sartén para dejarla caer al suelo de golpe.

—¡Joder! ¡Joder! Me he quemado —se quejó moviendo la mano en el aire y saltando de un lado a otro.

Minnie se acercó a él, le atrapó el brazo y le puso la mano debajo del grifo con el agua fría abierta.

—Estate quieto —le ordenó.

—Es que arde...

—Lo sé. Necesita un momento —comentó mientras pasaba sus manos

por la zona dañada, intentando mitigar el dolor—. No tardará.

Dante asintió sin hablar, hipnotizado por el masaje que le daba y que, a pesar de sentir la mano entumecida, le ofrecía un bálsamo relajante. Cerró los ojos y esperó paciente a que el dolor disminuyera, disfrutando de la caricia.

Pasados unos minutos, Minnie lo miró sonriente, sorprendiéndose de encontrarle muy próximo a ella.

—Siempre me he preguntado cómo es posible que huelas a tarta de manzana y vainilla —susurró Dante acercándose a su cabello para olerla.

Ella agachó la mirada, justo cuando la mano masculina atrapaba una de las suya bajo el agua, y su instinto la obligó a alejarse de él.

—Creo que ya estás bien. —Agarró un trapo de cocina para secarse las manos y se agachó para recoger el estropicio que había en el suelo—. No parece que haga falta ir al hospital...

Dante observó sus movimientos y cuando esta se incorporó, apartó su mirada para que no lo pillara mirándola.

—Sí, parece que no es grave —dijo cerrando el grifo del agua, analizando la palma de su mano que mostraba un poco de rojez.

Minnie sacó la escoba y el recogedor del escobero, y barrió en silencio los restos de huevo revuelto que había esparcidos por el suelo.

—Y ahora... —abrió el cubo de basura y vació el recogedor—, ¿me explicas qué hacías?

—Ya te he dicho que era una sorpresa... —indicó avergonzado.

Ella observó su rostro y pudo jurar que se había sonrojado.

—¿Para mí?

Dante asintió.

—Ya que ayer tú me preparaste la cena, pensé en hacerte el desayuno. —Movié la mano señalando el estropicio de la habitación.

Minnie miró una vez más la cocina y se sentó en una de las sillas que rodeaban la mesa.

—Y como tú no probaste bocado de mi cena, te has vengado para que yo no desayune.

Él la observó dudando si hablaba en serio o se estaba burlando de él, hasta que apreció en su rostro el nacimiento de una sonrisa.

—Siempre nos quedará el café —dijo cogiendo la cafetera.

La chica se rio, al mismo tiempo que se levantaba del asiento que ocupaba.

—Vamos a ver qué podemos salvar —indicó acercándose a las fuentes que reposaban sobre la encimera.

Dante sonrió y se acercó a ella.

—¿Haces milagros?

Minnie le guiñó un ojo.

—A veces...

—Mi hada madrina. —Le dio un beso en la parte del cuello que no cubría sus rizos y abrió un armario cercano para sacar un par de tazas.

Minnie lo miró sorprendida por su gesto pero, como él no parecía darle importancia, decidió olvidarse y ponerse manos a la obra para preparar algo de comer.

Capítulo 32

Acababan de desayunar.

Al final, con la ayuda de Minnie, Dante había organizado un desayuno que había hecho las delicias de la pareja. Un par de tortitas con jarabe de arce, huevos revueltos, café y un zumo de naranja recién exprimido.

—Creo que ya no comeré más —señaló ella suspirando.

El chico se palmeó el estómago.

—En verdad, podría presentarme al concurso ese de la tele. —Le guiñó un ojo—. Estaba todo de muerte.

Ella se incorporó y lo miró incrédula.

—¿Estás hablando en serio?

—Claro que sí. —Se comió un trozo de tortita con las manos—. De rechupete...

Le tiró una servilleta a la cara y comenzó a recoger los platos.

—No habrías hecho nada sin mí...

—Perdona. —Levantó su dedo índice reclamando su atención—. ¿Qué me dices del estropicio que he limpiado?

Ella se carcajeó.

—Que tú habías provocado —especificó—. Este desayuno es obra mía. —Acercó su rostro al de él—. Solo mía.

Dante llevó su pulgar hasta la comisura de la boca y le limpió una mancha de sirope, dejándola sin palabras.

La joven trastabilló hacia atrás y dejó lo que llevaba entre las manos en el fregadero.

—Tú eres la chef y yo el aprendiz —indicó sonriente, sin apartar la mirada de la espalda femenina, muy consciente de lo nerviosa que le ponían sus actos.

—Me gusta más —concluyó pasado un tiempo prudencial en el que intentó recuperar el control de su corazón.

Después del beso que le había dado en el cuello, habían compartido espacio sin que se produjera ningún otro gesto cariñoso por parte de Dante.

Habían comido en un ambiente cordial, conversando sobre cosas que no pudieran alterarlos, más relacionados con el presente que con el pasado que habían compartido. Las noticias y el tiempo centraron sobre todo el tema a debatir, evitando silencios incómodos o intentando rehuir miradas que buscaban ir más allá de la simple conversación.

Cuando la comida se terminó, y Minnie acabó comiendo más de lo que su cuerpo podía soportar, más por evitar que la escena que compartían llegara a su fin, fue cuando ambos regresaron al presente, a la incomodidad que generaba no saber cómo lidiar estar juntos sin tener la boca llena de comida o sin hablar de algo intrascendente.

—¿Qué vas a hacer hoy? —le preguntó Dante, acercándose a ella para dejar en el fregadero su taza y los cubiertos.

La chica saltó en cuanto sus brazos se tocaron, alejándose de él como si tuviera incorporado un resorte de uno de esos muñecos que salen de las cajas y que buscan sorprender.

—No sé... —rumió más para sí misma que para que él la escuchara. Colocó la silla que había ocupado y limpió la superficie de la mesa con un trapo para retirar posibles migas.

—Yo tampoco —indicó él con tono misterioso.

Minnie lo miró algo confusa.

—Pues qué bien, ¿no?

Dante asintió con una tonta sonrisa y se cruzó de brazos.

—Creo que es el destino...

—¿El destino? —Se sentó en el brazo del sillón.

Este volvió a mover la cabeza de manera afirmativa.

—Como ninguno de los dos va a hacer nada, podríamos hacer algo juntos —señaló de manera categórica.

—Bueno...

—Claro que siempre que ayer no me mintieras —la cortó para que no le dijera alguna mala excusa que los dos sabían que no era verdad—. Desde que has llegado a esta casa, has sacado la baza de la amistad dos veces...

—Yo nunca te he mentado —atajó de inmediato.

—Entonces, si quieres que volvamos a ser amigos...

Minnie asintió con ímpetu, como si al mover la cabeza con fuerza

quisiera reforzar sus palabras.

—Sí, quiero.

Él dio una palmada al aire en cuanto la escuchó.

—Pues genial. —Se dirigió a las escaleras—. Me ducho para quitarme toda la comida que tengo por el cuerpo y nos vamos.

—¿Adónde? —le preguntó deteniéndolo.

—A pasar el mejor día de tu vida...

Ella lo miró incrédula.

—¿Me puedes dar más detalles? —El chico negó con la cabeza y reanudó su ascenso—. Dante... —lo llamó pero no le hizo caso, por lo que fue tras él, llamándolo de nuevo antes de que desapareciera por el interior del cuarto de baño.

—Dime...

Minnie apoyó la mano en el marco de la puerta, para evitar que esta se cerrara.

—Necesito saber dónde me vas a llevar...

—¿Por qué? —interrogó divertido.

Esta se apartó el cabello de la cara y suspiró.

—Por la ropa que debo ponerme...

La miró de arriba abajo y negó con el dedo.

—Aunque ese pijama te queda de maravilla, no puedes ir con él.

Le golpeó el estómago.

—No seas tonto. Ni yo puedo ir así vestida, ni tú en tu estado.

—Pues en eso estamos de acuerdo. —Se quitó la camiseta delante de ella—. Y ahora, o te das la ducha conmigo o si me permites...

Minnie, que estaba más pendiente de la parte del cuerpo que acababa de aparecer bajo la tela, no escuchó lo que le decía.

—¿Sí?

Él atrapó la cinturilla de su pantalón de deporte y comenzó a bajárselo para su sorpresa.

—¡Dante! —gritó su nombre escandalizada—. ¿Qué haces?

Este la sonrió con picardía y le guiñó un ojo.

—Si quieres ayudarme, sabes que...

—Me voy a mi habitación —lo cortó con rapidez—. Avisa cuando

salgas.

La única respuesta que recibió por su parte, fue la risa de Dante, amortiguada por la puerta de su dormitorio.

Capítulo 33

—¿Ya estás lista? —le preguntó en cuanto apareció en el salón.

Dante, sin ningún rastro de comida en su cuerpo, tenía todavía el pelo húmedo, prueba de la ducha que se había dado, y el flequillo le caía sobre la frente haciendo ondas. Cada poco se lo apartaba con la mano, echándolo hacia atrás, pero este no tardaba de regresar al punto de partida como si estuviera molesto de los intentos de su dueño. Se había puesto un pantalón vaquero, cortado a la altura de las rodillas, y una camiseta negra que llevaba un pequeño logo con el símbolo de la serie de televisión de *Juegos de Tronos*.

Ella, después de que este la avisara de que ya había terminado, también decidió darse una ducha. El día se había levantado demasiado caluroso y de seguro que la temperatura iría subiendo con el paso de las horas, por lo que pensó que podría venirle bien para sobrellevar la jornada. Se puso un vestido ligero blanco y azul, que le llegaba hasta la mitad de los muslos, sin mangas, que se abrochaba por delante con una hilera de pequeños botones azules. Tenía un fino cinturón a juego que permitía realzar su figura, y optó por unas sandalias planas que la ayudarían para adaptarse a donde fuera que Dante la quisiera llevar. El cabello lo tenía recogido, con multitud de horquillas que había tenido que repartir por la cabeza para retener sus rizos, un trabajo duro, y más sabiendo que quizás no le duraría mucho tiempo, pero era la mejor opción de cara al calor que estaba haciendo.

—Lista... ¿para qué?

Él se rio.

—Sigues siendo muy insistente...

—Y tú sigues siendo muy cabezón.

Dante le guiñó un ojo cómplice y le ofreció la mano.

—Es algo bueno...

—¿El qué? —Miró su mano sin atreverse a tomarla—. ¿Que tú seas un cabezón y yo insistente?

El chico se acercó a ella y agarró su mano, al ver que ella no se decidía a hacerlo.

—Que no hayamos cambiado, así será más fácil... —dudó por un segundo observándola con gesto travieso—, que volvamos a ser amigos. — Tiró de ella y se pusieron en movimiento.

Minnie se quedó callada ante su explicación. Ese tema de «volver a ser amigos» no terminaba de convencerla. No entendía la razón por la que Dante quería retomar su amistad cuando ella seguía sintiendo por él mucho más de lo que jamás creyó sentir por alguien. Ni siquiera cuando los dos estaban juntos podría jurar que los sentimientos que los unían fueran tan intensos como los que comenzaban a arremolinarse en su corazón desde su reencuentro.

Quizás fuera por el tiempo que habían estado separados...

Quizás por lo que ella había vivido en ese año...

Quizás solo estaba haciendo una montaña de un grano de arena y solo...

Solo se estaba confundiendo...

Mezclando el pasado y el presente...

Miró la espalda de Dante, descendió hasta el lugar donde sus manos estaban unidas, y pensó que tal vez lo mejor era hacerle caso, y retomar su amistad.

Solo su amistad...

O tenía peligro de que su cabeza estallara al final...

Negó con fuerza y soltó el aire que retenía en su interior sin saberlo, justo cuando el chico se detenía delante de una moto verde y negra, y la observaba.

—¿Estás bien? —la preguntó en cuanto percibió su desasosiego.

Minnie se soltó de su agarre y llevó una mano hasta la cabeza, negando de nuevo. A pesar del tiempo que se habían distanciado, él seguía notando cuando no se encontraba bien, cuando algo la alteraba o la molestaba.

Y a ella le ocurría lo mismo...

Siempre había sido así. Desde que se conocieron.

—No creo que pueda hacer esto... —le indicó a media voz.

Él arrugó el ceño.

—¿El qué? ¿Montar en moto? —Señaló el vehículo que estaba detrás de él—. Seguro que te gustará y...

—¡No! —gritó acallándolo, dejando caer sus brazos inertes a lo largo del cuerpo—. Lo nuestro... —confesó bajando ya el tono de voz, señalándolos a ambos.

Dante suspiró y agachó su mirada, al mismo tiempo que daba una patada a una piedra que se alejó de ellos dando pequeños saltos.

—Tenemos que intentarlo, Mim... Minnie —se corrigió con rapidez.

Ella sintió como su pequeño corazoncito se resquebrajaba al ver como Dante no la llamaba como llevaba haciéndolo desde que se conocían, y se regañó mentalmente por no saber ni siquiera lo que quería.

Ella había sido la que le había prohibido que la llamara Mimi...

Ella era la que había puesto esa norma estúpida, una nimiedad que pensaba que no le importaba, y ahora...

Ahora se daba cuenta de lo importante que era para ella escucharlo pronunciar ese nombre cariñoso con su voz, como si fuera la única unión que les quedaba del pasado.

—No sé ni lo que quiero —anunció rendida.

Dante la miró con cariño y tristeza, con amor y ternura...

—Paso a paso lo descubriremos —le dijo avanzando hacia ella, atrapando una de sus manos, para obligarla a que le mirara a los ojos—. Yo te ayudaré.

Ella enfrentó sus miradas.

—Con paciencia... —le rogó.

—Con mucha paciencia —acordó—. Estaré a tu lado. —Le acarició la mejilla.

Minnie asintió con lentitud, cerrando los ojos, rezando porque la caricia no se acabara.

—Gracias...

—No tienes que darlas, *milady* —señaló y se separó de su lado tan rápidamente como se había acercado antes—. Y ahora... —Ella abrió los ojos de golpe y lo miró—. Ponte el casco.

La chica hizo lo que le ordenaba.

—¿Dónde...?

Este siseó silenciando la pregunta.

—Ya lo hemos hablado antes. Descubrirás dónde vamos, cuando

lleguemos allí —la recordó.

Aunque asintió poco convencida, se puso el casco que él le ayudó a abrochar, provocando que Minnie tuviera que retener su aliento cuando el aroma masculino se coló por debajo del mismo.

—¿Y quién va a llevar la moto?

Dante se subió al vehículo de dos ruedas y palmeó el asiento del pasajero.

—Sube —le indicó con una sonrisa antes de colocarse él también el casco.

Minnie lo miró con temor.

—¿Estás seguro?

Este atrapó de nuevo su mano y tiró de ella, obligándola a hacer lo que le decía.

—No pasa nada porque te dejes llevar...

Sus miradas se encontraron y esta, tras calibrar sus miedos, acabó aceptando el reto que le había lanzado. Se subió en la moto y tras buscar el mejor lugar donde agarrarse, le preguntó:

—¿Dónde me sujeto?

Dante se carcajeó, buscó las manos femeninas y las llevó hasta su cintura.

—¿Lista?

No le dio tiempo a contestar. Según realizó la pregunta, arrancó el motor y salieron disparados por la carretera.

Minnie gritó del susto y le abrazó con más fuerza de la necesaria la cintura. Apoyó la cabeza en su espalda y comenzó a rezar todo lo que su cabeza lograba recordar. Si le hubieran dicho hace unas horas que su cerebro podía retener tantas oraciones, cuando llevaba sin pisar una iglesia desde hacía mucho tiempo, no se lo hubiera creído.

Cerró los ojos y se dejó llevar al principio con miedo, pero luego, su cuerpo comenzó a relajarse y se atrevió a disfrutar del paisaje.

Dante circulaba por una carretera estrecha que iba paralela a la playa, hasta que en un momento dado torció a la derecha, por un camino de tierra, y se adentró por el bosque. Los árboles de gran altura los cobijaron en su camino, hasta la cima de una montaña donde detuvo la moto y la miró.

—¿Mejor?

Ella asintió y observó el paisaje. A un lado el inmenso manto azul en calma y al otro, la salvaje tierra indómita. Una estampa de contrastes increíbles que la llamaba a gritos para que la retratara.

—Con ganas de dibujar, ¿no? —dijo sorprendiéndola.

—¿Cómo lo sabes?

—Tienes esa mirada...

Minnie lo observó confusa.

—¿Qué mirada?

Dante se quitó el casco de la moto e hizo lo mismo con el de ella. Atrapó su rostro y la miró a los ojos.

—Esa mirada donde las estrellas se cobijan y la luna llena es más grande; donde los colores del arco iris son más intensos, y el tono del amarillo, el naranja o el rojo del sol calienta con solo verlo. Una mirada amparada por unos ojos de color chocolate, donde miles de dibujos se recrean, bailan con la esperanza de que su dueña por fin les dé forma, los delinee, los ilustre para que después podamos, los simples mortales, aquellos que no tenemos tu don, disfrutar de su recreación.

—Ahh... —musitó. Acababa de dejarla sin palabras.

—¿He resuelto tu duda? —preguntó divertido, soltándola, y Minnie solo pudo asentir con la cabeza, sin añadir nada más—. Pues me alegro porque ahora solo queda que hagas caso a «tu mirada». —Se puso el casco de la moto de nuevo—. Para que des uso a todos los cuadernos y material de dibujo que te compró mi madre. —Le guiñó un ojo y arrancó la moto.

—¿Cómo? —preguntó con rapidez al percatarse de lo que había dicho, pero este no le respondió. Movié la cabeza, indicándola que se pusiera el casco, y empezó a descender por la montaña.

Capítulo 34

Salieron del bosque y acabaron en una nueva carretera mejor asfaltada que el camino de arena, que les condujo hasta un pequeño pueblo donde el tejado de la iglesia destacaba sobre el resto de las casas.

Dante circuló por sus calles empedradas, dejando atrás pequeñas tiendas de las que salían los turistas cargados con bolsas, y adelantando a algún que otro ciclista que había decidido salir a hacer deporte. Dejaron las viviendas atrás, casi todas construidas con madera y piedra, con tejados a dos aguas de los que resaltaban las chimeneas, y se dirigieron a la zona del puerto donde el joven aparcó el vehículo.

—¿Tienes hambre? —preguntó bajando del caballo de dos ruedas.

Ella lo imitó y asintió. Aunque habían desayunado bastante, su estómago comenzaba a quejarse y no sabía si era por las curvas que habían dejado atrás o porque necesitaba comer algo.

—Y sed —indicó con una sonrisa.

Dante atrapó su mano y tiró de ella.

—Sé de un sitio que te va a encantar.

Minnie se rio y fue tras él sin emitir queja alguna. La brisa marina le golpeó la cara, soltando algunos de los mechones del cabello, al mismo tiempo que comenzaba a ser consciente de que, como él le había dicho antes de montar en la moto, comenzaba a dejarse llevar.

Caminaron por el paseo marítimo, agarrados de la mano, sin que ella tuviera ninguna intención de soltarse. Deteniéndose cada poco tiempo para observar aquellas cosas que les llamaba la atención como las pequeñas estatuas que imitaban a pingüinos y que estaban esparcidas por el camino de madera, o los jardines floridos que adornaban el otro lado de la vía.

En un momento dado, Dante se acercó a la barandilla y le señaló el fondo del océano.

—¡Mira!

Minnie achicó los ojos intentando adivinar qué era lo que le indicaba, cuando un gran chorro de agua expedido hacia afuera, la sorprendió.

—Eso es...

—Una ballena —anunció—. Y observa al lado de ella, una más pequeña.

La chica se apoyó en la baranda y miró el paisaje enmudecida.

—Son preciosas...

—Sí, preciosa —afirmó Dante mirándola. Le apartó un mechón de cabello que revoloteaba animado por el aire salino, y suspiró, provocando que su flequillo se levantara.

Minnie se carcajeó cuando lo miró, apartándole el pelo de la cara, en una caricia que para él significó mucho más que para ella.

—Deberías cortártelo —dijo divertida.

—Si lo hubiera hecho, no me hubieras tocado —comentó en tono confidente, dejando sus negros ojos fijos en los marrones de ella.

Minnie se mordió el labio inferior, algo tímida por sus palabras.

Dante expulsó el aire que retenía sin despegar su mirada de ella, y, pasados unos segundos, que les parecieron eternos, la agarró otra vez de la mano.

—Sigamos o llegaremos tarde —indicó rompiendo lo que acababan de compartir, y a lo que ninguno de los dos se atrevió a poner nombre.

La pareja avanzó entre el resto de transeúntes que, por las horas que eran, debían dirigirse a sus casas o a algún restaurante para comer, hasta que llegó a su destino.

Era un local algo deslucido, con una fachada donde la pintura estaba desconchada y el cristal por donde se debía ver el interior del establecimiento, estaba invadido por capas y capas de carteles de propaganda.

—¿Estás seguro? —le preguntó extrañada.

Él la sonrió y abrió la puerta, agachándose levemente para dejarla pasar.

—Usted primero, *milady*.

Minnie lo miró, creyendo que estaba de broma, pero al ver que movía la mano, animándola a que entrara, terminó cediendo.

La semioscuridad del local la recibió.

Tardó un poco en que sus ojos se hicieran a la iluminación artificial del interior. Tuvo que parpadear varias veces seguidas hasta que, pasado un tiempo, consiguió entrever lo que el establecimiento escondía.

Una barra de bar con una decoración antigua, que en su parte frontal estaba pintada por diferentes colores y que, por lo que pudo apreciar, estaba construida a base de diferentes partes de muebles, puertas de variados tamaños o formas que de seguro habían sido armarios en una vida anterior. Taburetes redondos, ocupados o libres, con asientos rojos que resaltaban en la oscuridad por una extraña brillantina que tenía la tela con la que estaban tapizados, evitando de este modo que según se adentraban los clientes en el local, pudieran tropezarse con ellos. Detrás de la barra, una gran estantería de color verde mar, atiborrada de botellas de diferentes clases de bebidas, destacaba junto a una gran caja registradora dorada parecida a la de las antiguas tiendas.

—Hola, Dante —le saludó el camarero que en ese momento servía una copa a un cliente.

—Miguel... —Movi6 la mano señalando el final del local—. ¿Está Nhil?

—Esperándote —respondió, antes de girarse para coger otra botella.

Ella miró a su acompañante elevando una de sus cejas.

—¿Vienes mucho por aquí?

—Un poco —respondió sin dar demasiadas pistas. Apoyó sus manos en la cintura de ella, y se acercó hasta su oído—. Sigue hasta el fondo.

Minnie hizo lo que le indicaba, teniendo muy presente el contacto de las manos masculinas en su cuerpo y que provocaba que su est6mago diera saltos mortales.

Llegaron a un pasillo muy estrecho, que les obligaba a ir en fila india e incluso, cuando alguien se cruzaba en su camino, debían detenerse para permitirle el paso. Un corredor que les llevó hasta un pequeño salón de colores llamativos, donde había dispuestas unas pocas mesas, amparadas por solo dos sillas a ambos lados. Había pocos comensales comiendo, hablando o disfrutando de la compañía, un ambiente muy hogareño que se diferenciaba bastante de la primera impresión que provocaba el local.

La voz de un hombre mulato que salía por una puerta batiente blanca, situada en la esquina de la habitación, atrajo su atención. Iba vestido con un vaquero algo sucio, una camiseta que había visto tiempos mejores y llevaba colgado del cinturón un trapo que era imposible descubrir su color original. Cuando se giró hacia ellos y reconoció a su amigo, les ofreció una blanca

sonrisa.

—¡Dante! —lo llamó, extendiendo los brazos—. ¡Cuánto tiempo sin verte!

—Hola, Nhil. —Este no dudó en corresponder a su abrazo.

—¿Cómo te trata la vida? —se interesó agarrándole de la barbilla, obligándole a girar la cabeza para poder examinarlo.

Este sonrió.

—Bien, bien...

—Me alegro. —Le palmeó la espalda, moviéndolo por el golpe—. ¿Y qué te trae por aquí? —preguntó, agarrando el trapo que llevaba para limpiarse las manos, dejándolo a continuación sobre su hombro.

—Te llamé esta mañana... —le señaló en tono bajo, rezando porque no se le hubiera olvidado lo que pretendía—. ¿Recuerdas?

El hombre se rascó la cabeza y puso los ojos en blanco, tomándose su tiempo para recordar.

—No, no me acuerdo...

—¡Nhil!

Este se carcajeó y pasó su brazo por los hombros de Dante.

—Claro, chico. —Le revolvió el cabello—. Querías sorprender a una chica, para que...

—Nhil, esta es Minnie —le interrumpió, evitando que el dueño del local echara al traste todo lo que había planeado.

El hombre miró a la joven que le presentaba y le ofreció una sonrisa amigable.

—¿Minnie? —Ella asintió—. ¿Cómo Minnie Mouse?

—Oye, Nhil...

La joven puso una mano en el brazo de Dante, deteniéndolo, y negó con la cabeza resignada. No quería que saliera en defensa de ella y menos con un amigo al que veía que apreciaba. Por lo que había sido testigo, desde que habían entrado en el establecimiento, la relación que había entre ese hombre y Dante, iba mucho más allá de la simple camaradería.

—Sí, como Minnie Mouse —corroboró.

El hombre se rio.

—¿A qué te lo dicen muchas veces? —insistió.

Movió la cabeza de manera afirmativa de nuevo.

—He perdido la cuenta.

—No me extraña, querida. No me extraña —repitió—. La gente a veces somos muy cansinos —señaló, metiéndose en el mismo saco de las personas que habían hecho a Minnie la misma broma que llevaba aguantando desde que tenía consciencia.

—Un poco —dijo ya sonriente.

Nhil asintió al escucharla, y la miró de arriba abajo para devolver su atención a Dante.

—Tu amiga es muy guapa —le comentó, como si ella no estuviera delante.

—Gracias —dijo Minnie atrayéndolo.

El hombre torció el gesto y se rascó la barbilla donde había algo de barba.

—¿Lo he dicho en voz alta?

Ella no pudo evitar reírse.

—Un poco. —Movió sus dedos para acompañar sus palabras.

—Bueno, es la verdad —convino el hombre, guiñándole un ojo—. Y ahora, ¿tendréis hambre, no?

Dante se rio también.

—Para eso hemos venido...

—Haberlo dicho antes —indicó Nhil llevándoles hasta una mesa en una de las esquinas del salón—. Señores... —Apartó las sillas y los invitó a sentarse.

—Gracias —señaló Minnie sin poder evitar reírse de nuevo.

El hombre solo le guiñó un ojo y le preguntó a Dante:

—¿Lo de siempre?

El chico asintió.

—Lo de siempre.

El dueño del local se alejó de ellos, y Minnie y Dante se observaron compartiendo miradas y sonrisas cómplices.

Capítulo 35

Nhil no tardó en aparecer de nuevo delante de ellos. Dejó una vianda de panes de diferentes formas y cocinados con distintas técnicas, una botella de vino y una olla por la que salía un poco de humo.

—Que aproveche, chicos.

—Gracias, Nhil —le agradeció Minnie, colocándose la servilleta encima de las piernas.

—Oye, Dante... —llamó la atención el dueño del local a su amigo.

—Sí...

—Esta Minnie... —comentó bajando el tono de voz, para evitar que la chica le escuchara pero, como se encontraban muy cerca, y la voz del hombre era grave, poca intimidad podían encontrar—, ¿no será la Mimi de la que tanto me hablaste?

El joven la observó, comprobando que en el rostro femenino acababa de aparecer una amplia sonrisa, y resopló moviendo su flequillo. Miró a su amigo y señaló con la cabeza a su acompañante.

Nhil observó sus gestos, miró a la chica como si acabara de descubrir un nuevo planeta, y tuviera delante de él un gran tesoro. Volvió a mirar a su amigo y abrió los ojos, haciéndole de nuevo la pregunta pero esta vez solo con signos.

Dante resopló y asintió resignado con timidez.

El hombre le golpeó en la espalda, haciéndole toser y dijo antes de salir huyendo:

—Que aproveche.

Dante negó con la cabeza y Minnie no pudo evitar carcajearse bien alto, atrayendo las miradas del resto de los comensales que había en el local.

—¿Te lo estás pasando de miedo, no?

Ella no pudo más que asentir, tomó el vaso de agua que le habían puesto nada más sentarse y le guiñó un ojo.

—Fuiste tú quien quería venir aquí —le recordó.

Dante cogió su vaso también y brindó con ella.

—Vale, tú ganas —cedió, feliz de verla en ese estado. Era como si la antigua Mimi hubiera regresado—. ¿Comemos?

—Lo estoy deseando —afirmó.

Él cogió la tapa de la fuente y descubrió lo que se escondía en su interior:

—Espero que te guste...

—Seguro que sí —lo cortó, observando la comida—. Huele de maravilla. ¿Qué es?

—Ropa vieja —respondió dejando la tapa a un lado de la mesa, para poder servirla.

—¿Y eso es?

—Un plato típico de Cuba. —Le echó bastante cantidad y se lo devolvió—. Es carne deshilachada del cocido, con cebolla, pimiento rojo y verde. Tiene guindilla, ajos, un tomate y tomate frito, comino, cilantro, pimienta negra y sal. —Elevó su ceja al decir el último ingrediente como si fuera algo evidente—. Arroz —movió el tenedor por encima de los granos blancos de su plato—, plátano frito, y aguacate.

—Parece mentira que esta mañana te encontrara en mitad de un tsunami culinario y ahora me acabes de dar la receta completa de un plato de cocina —señaló entre divertida y curiosa.

Dante se encogió de hombros y pinchó un poco de arroz.

—He escuchado a Nhil muchas veces recitar los ingredientes aunque, como ya sabes, no me pongas delante de los fogones porque la lío.

Ella lo miró con mayor intensidad al escuchar su confesión.

—¿Y eso?

—Ya lo has visto tú con el desayuno...

—No —lo cortó con rapidez, sospechando que no quería hablar del tema—. Lo de Nhil, ¿por qué le has escuchado la receta?

—Trabajo...

Arrugó el ceño.

—¿Trabajo? —Él asintió y siguió comiendo—. ¿No me vas a dar más datos? —le exigió.

El joven sonrió.

—He estado trabajando aquí... —dudó por un instante—, más o menos un año.

—¿Un año?

Dante asintió.

—Tenía que hacer algo con mi vida y Nhil necesitaba un camarero... —
Se encogió de hombros como quitándole importancia al asunto—. Me
contrató.

—¿Hacer algo? —Él volvió a mover la cabeza de manera afirmativa,
mientras comía—. ¿Y tu trabajo de investigación?

—¿No comes? —Le señaló su plato—. Se te va a quedar fría la comida.

Minnie lo observó, calibrando si debía insistir más en el tema o le seguía
el juego. Era como si acabara de llegar a un callejón sin salida, donde no
podiera avanzar, y la persona que le podía ofrecer cierta claridad sobre el
asunto, se hubiera cerrado en banda, más pendiente de la comida que de
saciar su curiosidad.

—Está bien —terció—. Por ahora lo dejaremos...

Dante no la miró ni la respondió, pero la escuchó con claridad por lo
que sabía que tenían una conversación pendiente que tarde o temprano
llegaría.

Minnie acabó probando la carne y se le escapó un gemido de placer al
saborearla, atrayendo su atención. Observó como la lengua salía para lamer
un poco de salsa que se le había quedado en el labio, y sintió como una parte
de su cuerpo comenzaba a quejarse con insistencia. Tomó la copa de vino
que aún no había catado y se prometió a sí mismo que no podía retrasar la
conversación mucho más o se volvería loco.

Capítulo 36

—¿Qué tal todo? —Se acercó Nhil en cuanto terminaron el postre—.
¿Os ha gustado?

—Estaba delicioso —respondió Minnie.

—Muy bueno todo, Nhil. Gracias —le indicó Dante.

El hombre asintió, le revolvió el cabello con cariño a su amigo y se marchó.

—Se nota que te aprecia.

El chico miró al dueño del local.

—Es recíproco —señaló—. Es un jefe duro, exigente con sus empleados porque también lo es consigo mismo. En su vida, ha pasado por muchas cosas y sabe que para que algo funcione, se debe trabajar mucho. Además, gracias a su esfuerzo, esto que ves aquí —elevó sus manos abarcando lo que les rodeaba—, es el mejor restaurante de comida cubana de la zona.

Ella asintió.

—Estoy de acuerdo. No había probado nunca un plato tan exquisito, aunque cualquiera lo diría al ver el estado del exterior o al entrar, con ese ambiente tan tenebroso.

Dante se rio.

—Siempre le he dicho que necesitaba que alguien le asesorara en temas de decoración, pero se resiste. Nhil opina que su mejor tesoro se encuentra en esa cocina. —Señaló la puerta batiente por donde se escuchaba el trajín del cocinero y los camareros.

—En eso no le voy a llevar la contraria. —Mojó su dedo en un poco del chocolate que quedaba en el plato y lo lamió.

Dante siguió sus movimientos, notando de inmediato la garganta seca.

—Siempre te quedó bien el chocolate —comentó ofreciéndole una sonrisa traviesa.

Ella lo correspondió con otra sonrisa y se lamió el labio inferior inconscientemente.

—Un pecado de los dioses...

Él acercó su dedo a la boca, y le limpió una gota del dulce.

—Un pecado delicioso —estuvo de acuerdo con ella, al mismo tiempo que se llevaba a la boca el dedo, bajo la atenta mirada de Minnie.

Los dos se observaron con intensidad, una mirada que los alejó del restaurante...

Solo ellos dos, sin nadie ni nada alrededor.

Sumidos cada uno en los ojos del otro, buceando entre los brillos que parpadeaban en sus iris, y que hablaban de pasiones encontradas y anhelos sin alcanzar. Un firmamento de estrellas donde bailaban al son de sus corazones, bajo el impulso de un sueño que una vez alcanzaron pero que terminaron abandonando por el sacrificio del otro.

A veces, el amor nos lleva por caminos que ni entendemos ni pensamos llegar, distanciándonos, alejándonos...

Es el destino el encargado de reconducirnos y cuando él solo no puede, necesita de nuestra ayuda porque, si de verdad deseas recuperar ese amor, deberás obligarle a reaccionar.

Bajo ese pensamiento, Dante atrapó la mano de Minnie por encima de la mesa, sorprendiéndola. Le acarició la piel, esa que llevaba añorando sentir desde hacía tanto tiempo, y soltó el aire que retenía de su interior. Tenía un propósito y tal vez ese era el mejor momento para hacerlo.

—Yo...

En cuanto empezó a hablar, ella se alejó de su contacto. Agachó la mirada, rompiendo el contacto visual, y comentó:

—Tendríamos que irnos ya, ¿no?

El chico observó sus movimientos, retiró la mano de la mesa, cerrándola en un puño, y asintió.

—Sí, será lo mejor —afirmó a media voz. Apartó la silla de la mesa y se incorporó, tirando la servilleta sobre el mantel de malos modos; y, sin esperarla, se dirigió hacia la salida.

Minnie tardó en ir tras él.

Apoyó los brazos en la mesa y dejó caer su cabeza sobre sus manos, sintiendo que su mundo volvía de nuevo a derrumbarse cuando una vez juró que no permitiría que sus cimientos se destruyeran otra vez. Hace un año tomó una decisión, una que le costó mucho tomar, pero fue por el bien de los

que la rodeaban, por el bien de todos a los que quería y no quería...

No debía quebrantar ese juramento.

Ahora mismo en su cabeza y en su corazón se llevaba a cabo una gran batalla campal de sentimientos confusos, donde ningún bando parecía un claro vencedor. Unos luchaban por cumplir lo pactado y otros, buscaban que infringiera lo acordado...

Pero no debía...

Eso se decía mentalmente pero la tentación cada vez era más fuerte, y tener a Dante a su lado no ayudaba para cumplir con su palabra.

Miró la silla que había ocupado el culpable de que se encontrara ahora mismo en ese estado y recordó su mirada, esos negros ojos que la volvían loca...

Su sonrisa, la que le arrancaba más de una carcajada...

Y su voz...

—Quizás podía olvidarme de lo prometido por un día y dejarme llevar como ya me dijo Dante que hiciera... —Suspiró—. Tampoco ha ido tan mal la cosa desde que lo he intentado...

—Quizás deberías hacerle caso —le dijo Nhil recogiendo los platos y guiñándole un ojo cómplice mientras desaparecía camino a la cocina.

Minnie sintió como sus mejillas enrojecían, al darse cuenta de que había hablado en voz alta y de que el dueño del local la había escuchado, e incluso la había aconsejado sobre el dilema que tenía. Observó el lugar por donde se había marchado y, tras mirar de nuevo el asiento vacío de su acompañante, tomó una decisión.

Salió a la calle y encontró a Dante sentado en un banco, al otro lado de la calle, con gesto cansado. Tenía la cabeza agachada, más pendiente de los adoquines de la acera que de las personas que pasaban por ella.

Cruzó la vía, justo cuando los coches no circulaban por ella, y se acercó a su amigo sin que este se percatara en ningún momento de sus movimientos. No fue hasta que Minnie se colocó enfrente de él, cuando por fin se dio cuenta de que había abandonado el restaurante.

Sus miradas se encontraron y Minnie, por primera vez, advirtió lo que esos ojos negros escondían en su interior. Fue solo un segundo, un segundo que tras un parpadeo, todo se evaporó. Un segundo que la ayudó para

reafirmar la decisión que había tomado.

—¿Ya ha terminado el mejor día de mi vida? —le preguntó recordando su promesa, aquella con la que la había tentado para sacarla de casa y así hacer algo los dos juntos—. Pues espero que no porque todavía quedan muchas horas para que se vaya el sol. —Miró el cielo para hacer hincapié en sus palabras, y lo observó de nuevo—. Aunque claro, tal vez solo habías exagerado y en verdad esto es todo lo que tenías preparado. —Elevó las manos para dejarlas caer a continuación sin perder su sonrisa.

Dante la miró, algo confuso al principio, sin saber muy bien qué podía esperar de la nueva persona que tenía delante de él.

—Minnie, creo que no es...

Ella chascó la lengua contra el paladar, silenciándolo y se sentó a su lado. Apoyó los brazos en el respaldo del banco y dobló las piernas.

—Si ya no te apetece seguir... —dudó qué palabra usar—, sorprendiéndome... Siempre podemos regresar a casa...

La observó.

Ella lo miró.

Y por un instante fue como si el Dante y la Mimi de hace un año se reencontraran.

—No, claro que no... —la interrumpió, poniéndose de pie de un salto—. Si la dama quiere continuar... —Le ofreció su mano, que esta no dudó en atrapar, y tiró de ella para que se incorporara—. Continuemos...

Minnie asintió feliz y se dejó llevar, prometiéndose a sí misma que ya no habría más restricciones por su parte.

Ese día se dejaría llevar...

Capítulo 37

Dante

Había sido un tonto al pensar que, en apenas unas horas, podía recuperarla...

Pero verla con esa sonrisa en su rostro, esa que llevaba tanto tiempo sin asomarse por su cara...

Hablar con ella como si no hubiera pasado nada entre nosotros...

Fue solo un impulso...

Un impulso creado al pensar que era Mimi la que estaba delante de mí, la que me hablaba, la que me sonreía...

Mi corazón así lo pensó y por eso...

Por eso casi meto la pata.

Soy un tonto...

No debí huir como lo hice. No debí comportarme como lo hice pero...

Es difícil amar a alguien y que esa persona no se dé cuenta de tus sentimientos...

Estaba a punto de tirar la toalla, de salir corriendo en dirección contraria para no sufrir más, pero cuando se presentó delante de mí, con esa nueva sonrisa, con un brillo diferente en su mirada y ese reto para que la siguiera sorprendiendo...

No me pude resistir.

Sí, soy masoca. Lo sé.

Pero...

Llevo un año echándola de menos y sé que a su lado mi vida está completa...

Capítulo 38

En silencio, compartiendo sonrisas y miradas cómplices, la pareja se adentró por las calles del pueblo.

Desde que se habían alejado del bar de Nhil, sus manos seguían unidas, incapaces de romper el contacto, como si temieran que al hacerlo, las cosas volvieran de nuevo al punto de partida...

Y ninguno de los dos quería eso.

Su relación actual se construía bajo una tregua; la que los dos se habían ofrecido por medio de gestos, cediendo ante lo que deseaban y no se atrevían a nombrar. En ese momento, sus sentimientos mandaban sobre sus cabezas, con un solo propósito: disfrutar del tiempo que estaban juntos, sin pensar en el mañana.

Cada poco tiempo se detenían para observar lo que se exponía en los escaparates de las tiendas que se encontraban a su paso. Los típicos productos de la zona u objetos que los turistas compraban como recuerdo de su estancia. Eran apenas unos minutos los que les retenía para mirar aquello que captaba su interés pero, cuando pasaron por delante de una tienda muy pequeña, que vendía objetos de segunda mano, entre los que destacaban muchas figuritas hechas con latas de conservas o de refrescos, fue como si sus pies se pegaran a la acera.

—Mira... —Señaló Minnie, tirando de él con urgencia.

Dante se acercó al cristal y observó lo que le decía.

—No puede ser posible.

Ella, sin apartar los ojos del cristal, asintió.

—Es precioso...

—Espera —le ordenó, desapareciendo por el interior del establecimiento, sin darle tiempo a detenerlo.

La joven, con la vista fija en el escaparate, no tardó en ver como un hombre mayor, con el pelo blanco y unas gafas redondas que llevaba en la punta de la nariz, abría la cortina que separaba el interior del local del cristal, para coger lo que había llamado la atención de la pareja.

Minnie vio por un segundo a Dante guiñándole un ojo cómplice, el tiempo justo que tardó la tela en volver a su sitio original y suspiró. Apoyó la espalda en el escaparate de la tienda y se llevó las manos hacia su corazón, cerrando los ojos mientras intentaba retener los latidos de ese músculo que conseguía alterarla, buscando ese pequeño resquicio que la mantenía con los pies anclados a la tierra.

Dante salió por la puerta y le ofreció un paquete envuelto en papel de regalo, con un gran lazo rojo en la parte de arriba.

—Es para ti.

—No deberías...

Él acertó la distancia que los separaba y la obligó a cogerlo.

—Solo es un regalo, por... —dudó, buscando la palabra exacta— nuestro reencuentro —acabó la frase mostrando una traviesa sonrisa.

La chica lo correspondió con otra y asintió conforme.

Deshizo el lazo, quitó el papel con lentitud, expectante por tener el presente delante de sus ojos, como si no supiera lo que se iba a encontrar; y abrió la caja de cartón con cuidado, sacando el pequeño hombre de hojalata de su interior; una pequeña réplica del personaje de *El Mago de Oz* que tanto significaba para ellos.

Lo observó con detenimiento, girándolo delante de ella, pendiente de cada uno de sus recovecos como si tuviera entre sus manos una gran obra de arte.

—Es precioso...

—Me alegro de que te guste —señaló él, feliz de verla tan ilusionada.

Minnie asintió de inmediato y, para sorpresa de ambos, le dio un beso en la mejilla.

—Gracias, Dante.

El chico negó con la cabeza, sintiendo cierto calor en sus mejillas.

—Ahora... —atrapó su mano de nuevo, tras comprobar que guardaba la figura de hojalata dentro de la caja—, vamos a la feria.

Minnie movió la cabeza de manera afirmativa y lo siguió. En ese momento, sabía que lo seguiría hasta el mismo infierno.

Según se acercaban al mar, la música se escuchaba cada vez más alta. Una noria, de gran altura, se asomaba entre los pocos edificios que quedaban en su camino, y la afluencia de gente que se cruzaba con ellos era cada vez mayor.

Salieron por una calle estrecha al paseo marítimo y una gran pasarela de madera, cercana a la playa y que se adentraba hacia el mar, llamó la atención de la joven. Las luces parpadeantes, las bocinas y voces de los dueños de los establecimientos que animaban a participar en sus juegos, las risas de los niños y los no tan niños al disfrutar de las atracciones, la hicieron detenerse para admirar la imagen que su cabeza plasmaba, y su corazón anhelaba dibujar.

—¿Por qué no haces una foto? —la animó Dante, sabiendo a la perfección lo que su cerebro maquinaba.

Minnie lo miró y se mordió el labio inferior.

—No sé...

Él sacó su móvil del bolsillo del pantalón y se lo ofreció.

—Usa mi teléfono.

—Tengo el mío —indicó a media voz.

Atrapó su mano y acercó el objeto a sus dedos.

—Quieres hacerlo, quieres hacer la fotografía para luego dibujarla en tus cuadernos. Quieres, pero todavía no tienes el valor para dar ese paso... —le dijo, sorprendiéndola una vez más por lo bien que la conocía—. Yo solo te doy otra opción...

Ella miró el móvil, el cual ya agarraba como si fuera una prolongación más de su mano.

—¿De qué me servirá usar tu cámara?

Dante se alejó de ella, abandonando ya su móvil entre sus dedos, y le ofreció una sonrisa comprensiva.

—La haces y si al final no terminas dibujando esto —movió la mano señalando lo que había tras él—, no tendrás que ver la imagen una vez más, ni tendrás que borrarla... Lo haré yo —sentenció, dando voz a todas sus preocupaciones.

Minnie observó su negra mirada, donde solo encontró cariño y comprensión, y miró el teléfono con sentimientos contradictorios. Por una

parte quería, deseaba hacer esa foto para luego, si conseguía encontrar el valor que le faltaba desde lo que le había sucedido a su madre, dibujar...

—Pero, ¿y si ya no sé?

Dante se acercó de nuevo a ella, se colocó a su espalda y le quitó el móvil de las manos para colocarlo delante de los dos.

—Yo te ayudo —se ofreció.

Capítulo 39

Las primeras fotografías las hicieron juntos, pero en cuanto Minnie comenzó a sumergirse en las imágenes que le ofrecía el objetivo de la cámara del móvil de Dante, acabó buscando la luz exacta que necesitaba para encuadrar la atracción, la sonrisa o el muñeco de peluche que quería enmarcar.

El joven se hizo a un lado y sin apartar la mirada de ella, observó cada uno de sus movimientos, pendiente de como los gestos del rostro femenino cambiaban, pasando de la atenta abstracción, la contrariedad por no conseguir lo que buscaba o el orgullo de haber captado la imagen exacta.

Cuando terminó, lo miró con cierta timidez y le devolvió su móvil.

—Gracias...

Dante atrapó el teléfono y sonrió.

—Cuando lo necesites...

Minnie asintió, sabiendo que no solo se refería a la cámara de fotos sino a que él también estaría siempre que lo necesitara.

—¿Y ahora qué hacemos?

Guiñó un ojo y atrapó su mano.

—Montarnos en la noria —señaló lo evidente y comenzó a andar, llevándola con él.

Tras pasaron la entrada de madera de la feria, un arco con un cartel de luces parpadeantes donde se daba la bienvenida al mundo de la diversión, y se fueron directos hacia la atracción que más resaltaba en todo el parque.

—Dante... —lo llamó, mirando hacia su derecha.

—¿No me digas que ahora te arrepientes?

Ella negó con la cabeza, pero señaló una pequeña montaña rusa de donde les llegaba los gritos de las personas que se montaban en ella.

—Allí no hay apenas gente esperando. ¿Te animas?

Dante miró la noria, donde la cola de espera era cada vez mayor y asintió.

—¿No te marearás?

La chica se rio.

—Habla por ti.

Él también se carcajeó.

—Probemos.

Los dos cambiaron de dirección, llegando justo a la entrada de la atracción cuando la gente bajaba de los vagones, lo que les permitió montar en el siguiente viaje. Se colocaron las protecciones de seguridad y, entre risas, se miraron retadores.

—El primero que grite, compra al otro un algodón de azúcar.

Dante movió la cabeza meditando su propuesta y asintió confiado.

—Algodón de azúcar... ¡Allá vamos!

El trayecto no duró ni diez minutos, el tiempo justo para que los estómagos se revolvieran al mismo tiempo que subían y bajaban las curvas a gran velocidad.

—Quiero que mi algodón sea azul —indicó el joven en cuanto su pie tocó el suelo algo tambaleante.

Minnie lo miró de frente, posando sus manos en las caderas.

—¿Crees que has ganado?

Él tomó aire y se apartó el cabello de la cara.

—Pues claro...

La risa de la chica lo interrumpió.

—Pero si estábamos allí arriba. —Señaló con la mano la primera montaña de raíles—. Todavía no habíamos descendido... y ya chillabas.

Dante se acercó a ella y miró el punto que indicaba.

—Me parece que no tienes razón...

Ella se giró, dejando sus caras muy próximas.

—¡No seas tramposo!

Este la sonrió, le dio un pequeño beso en la boca con rapidez, sorprendiéndola, y tomó su mano.

—Venga, quejica, vamos a por tu premio.

Minnie sonrió ante su gesto.

—Lo quiero verde...

—¿Verde? —Elevó una de sus cejas—. ¿Estás segura?

Ella asintió feliz.

—Yo he ganado por lo que yo decido —dijo divertida.

Dante resopló al mismo tiempo que negaba con la cabeza ya cerca del puesto donde se podía comprar el dulce. En cuanto se hizo con uno, de color verde como ella quería, se lo ofreció.

—Su premio, *milady*.

Minnie le dio la caja donde llevaban el hombre de hojalata que le había regalado, y tomó el algodón de azúcar que comenzó a comer de inmediato.

—¿No quieres? —le preguntó, llevándose un trozo a la boca.

Él puso cara de asco y emitió un sonido poco educado.

—No, gracias. Parece que estás comiendo hierba.

La joven se carcajeó, arrancó un poco del dulce y se lo acercó a la boca.

—No seas tonto. Sabe a manzana...

Dante negó con la cabeza apretando los labios para impedir que se lo metiera en la boca.

—No me vas a obligar a comer eso —comentó, apartándose de ella, como si tuviera algo contagioso.

Minnie fue detrás de él, sin parar de reír.

—Venga, cobardica... —lo acusó.

El joven se paró de golpe al escucharla, provocando que se chocara contra él.

—Yo no soy un cobarde.

Ella sonrió traviesa.

—¿Seguro? —lo tentó mostrándole la mano donde llevaba el algodón de azúcar verde.

Dante fijó sus ojos en los de ella por unos segundos, atrapó la mano que llevaba el trozo de dulce que le ofrecía, y, tras rugir como un animal, se abalanzó sobre el algodón.

—¿A que está bueno? —insistió Minnie, observando divertida como masticaba.

—No sabría decirte... Quizás debería probar un poco más.

La chica se carcajeó.

—Todo tuyo. —Le mostró el algodón de azúcar para que pudiera coger, pero lo ignoró, prefiriendo llevarse a la boca la mano que todavía mantenía agarrada. Chupó los dedos, uno a uno con deleite, sin apartar sus ojos de los

de ella y hasta que no comprobó que no quedaba ningún rastro del dulce en la mano, no la soltó.

—Delicioso... —musitó.

Minnie sintió como sus mejillas enrojecían e incluso pudo jurar que su corazón tenía intenciones de salirse por la garganta.

—Dante... Yo...

—Me apetece montar en el tiovivo. —Agarró su mano y tiró de ella hacia la atracción.

Minnie solo lo siguió, intentando no pensar demasiado en lo que acababa de suceder entre los dos.

—¿Caballo o cochecito? —le preguntó Dante.

—Perdona... —dijo arrugando el ceño cuando este se detuvo de improviso.

Él señaló el tiovivo.

—¿Dónde quieres montarte?

Miró lo que le indicaba y parpadeó varias veces tratando de centrarse.

—Caballo...

—Buena elección —le indicó y la ayudó a subirse—. Yo prefiero el coche de bomberos.

Minnie lo miró sin dar crédito a lo que escuchaba.

—No vas a entrar ahí.

Le sonrió, un gesto altivo que le arrancó una carcajada.

—Me gustan los retos. —Le guiñó un ojo y se sentó en los asientos traseros del vehículo de juguete, sobresaliendo su cuerpo por todos los huecos que había.

—Estás ridículo...

El chico levantó su dedo índice acallándola.

—Pero un ridículo atractivo —apuntó.

Minnie no pudo más que reírse ante la apreciación, justo cuando la música de la atracción sonaba y comenzaban a dar vueltas.

Tras el tiovivo, acabaron delante de un puesto donde se probaba la puntería de los incautos que se atrevieran a participar con la escopeta que tenían.

Dante fue el primero en disparar, errando en el tiro en más de una

ocasión, al mismo tiempo que Minnie no paraba de meterse con él.

—Si tan lista eres... —le dijo ofreciéndole la escopeta.

Esta le sonrió, atrapó el arma y se colocó.

—¿Te atreves con una nueva apuesta? —le preguntó retadora.

Dante la miró divertido.

—No sé por qué pero esta vez no me voy a arriesgar.

Ella le guiñó un ojo, apuntó a su objetivo y disparó sin fallar.

—Ha sido suerte —señaló, dejando la escopeta de feria en el mostrador.

—Ya, ya... Suerte —comentó él incrédulo—. ¿Y qué es lo que quieres?

—Elevó su mano y señaló los objetos que se mostraban en el puesto.

Minnie se mordió el labio inferior mientras observaba lo que les rodeaba, para acabar señalando un pequeño osito panda que estaba escondido entre varios peluches más grandes.

—Eso...

El dueño del puesto se acercó al juguete y se lo dio, atendiendo con rapidez a otros clientes.

Dante miró extrañado el osito.

—¿Y eso?

Minnie lo tomó y se lo ofreció.

—Es para ti.

—¿Para mí? —Cogió el juguete y lo miró confuso—. ¿Por qué?

—Así tendrás un recuerdo de esta noche.

—Pero podrías haber elegido uno más grande...

—Con uno más grande no podríamos haber ido en tu moto —le indicó, agarrándolo del brazo, tirando de él hacia la noria—. ¿Y si probamos ahora?

—Estoy deseándolo —respondió, yendo tras ella.

«En momentos de pena y sufrimientos, te abrazaré y te reconfortaré, tomaré tu tristeza y la haré mía. Cuando llores, yo también lloraré, y cuando te sientas herida, yo me sentiré igual».

—Nicholas Sparks,
El cuaderno de Noah (1996).

Capítulo 40

Tras montar en todas las atracciones de la feria y repetir en algunas donde no había demasiada gente esperando en la cola, decidieron pasear por la playa a la luz de la luna.

Minnie iba comiendo una manzana caramelizada, dulce que se había pedido tras terminarse un perrito caliente, y Dante bebía de un refresco al mismo tiempo que disfrutaba de unas patatas fritas con salsas variadas.

En cuanto bajaron a la arena, el ambiente que habían compartido se transformó. El silencio los fue envolviendo, solo roto por el sonido de su caminar y el rugido de las olas al llegar a la tierra.

—Dante... —lo llamó con tono bajo, como si temiera que por su culpa se acabara la tregua que tenían.

—Umm...

—¿Por qué comenzaste a trabajar en el restaurante de Nhil? —preguntó retomando la conversación que tenían a medias.

Él la miró, dudando qué responder.

—Ya te dije que tenía que trabajar...

—Sí, porque tenías que hacer algo con tu vida —lo interrumpió, repitiendo las mismas palabras que le había dicho en la comida.

Le guiñó un ojo.

—Veo que me escuchas.

—Y yo veo que sigues sin querer hablar del tema —le soltó, con un mohín en la boca para comenzar a andar con paso todavía más rápido, alejándose de él.

Dante resopló, moviendo su flequillo, y fue tras ella.

—Minnie... —Esta lo ignoró—. Minnie, por favor... Espera.

La chica suspiró y se detuvo, mirándolo rendida.

—Perdona. No debí enfadarme... —se disculpó—. Es tu vida y no me debes ninguna explicación...

—Trabajé con Nhil porque me tomé un año... —dudó qué palabra usar—, podríamos llamarlo: sabático.

—¿Sabático? —repitió pensando que estaba de broma.

Dante asintió.

—Sí, podría decirse así —indicó, al mismo tiempo que reanudaba el paseo.

Minnie lo imitó, al mismo tiempo que meditaba si debía continuar o no con el interrogatorio, pero necesitaba saber qué había sucedido.

—¿Y tu trabajo de investigación?

—Lo dejé aparcado...

—Pero, ¿por qué? —insistió.

—¿La verdad? —le preguntó deteniéndose, enfrentando sus miradas.

Ella asintió.

—Siempre.

—Por nuestra ruptura —explicó de golpe.

Minnie se llevó las manos hasta su cabello, el cual ya caía suelto sin ningún tipo de sujeción, y por un segundo sintió como si alguien le hubiera dado una bofetada.

—¿Por mi culpa? —Le tembló la voz al realizar la pregunta.

Dante se acercó a ella y atrapó su mano.

—No, no... —siseó intentando tranquilizarla.

Se soltó de su agarre como si acabara de recibir un calambre.

—Entonces, ¿por qué?

El joven se apartó el flequillo de la cara y dejó su mano en la cabeza mientras pensaba cómo explicarle lo que había vivido ese año que no había estado a su lado, cómo le decía que el dolor que sintió cuando rompieron había hecho tambalear su vida de tal forma que necesitó parar, mirar a su alrededor y calibrar con exactitud qué era lo importante; y lo importante en ese momento fue salir del hoyo en el que se vio inmerso.

—No te voy a engañar, Minnie...

—No quiero eso —lo cortó.

Este asintió conforme.

—Entendí por qué no querías que siguiéramos juntos. La enfermedad de tu madre fue una sorpresa para todos...

Los labios femeninos temblaron.

—El Alzheimer precoz no avisa —dijo con tono serio.

Dante asintió e intentó agarrar su mano, tocarla, pero cada vez se alejaba más de él.

—Lo sé —comentó, hundiendo sus hombros al ver como se distanciaba—. Comprendí que lo hacías para estar más tiempo con ella, ayudar a tu padre, a tu familia... Me apartabas de tu vida para dedicarte a ellos.

—Esa es la verdad —confirmó cruzándose de brazos, buscando el calor que de repente le faltaba.

Él asintió una vez más.

—Necesitabas tiempo para estar con ellos —insistió, recibiendo un movimiento afirmativo por su parte—. Pero creí que luego volveríamos a estar juntos —confesó bajando la voz.

—Dante...

—No quiero que pienses que soy un egoísta...

—Yo nunca...

Levantó la mano acallándola.

—Lo que le ha pasado a tu madre, a tu familia, es una desgracia, pero podrías haberte apoyado en mí. Estaba allí para ti, para ayudarte, para estar a tu lado...

Minnie se acercó a él, pero esta vez fue Dante el que se alejó.

—No quería que mis problemas te afectaran. Tenías unos objetivos, debías acabar tu trabajo de investigación y después las oposiciones —explicó—. Tenías tu vida preestablecida de principio a fin y por mi culpa eso se iba a trastocar.

Dante elevó las manos al cielo y las dejó caer.

—Ya sucedió, Minnie. Fue así en el momento en el que te conocí. Aunque esa no fuera tu intención. En el instante en que ya no solo debía preocuparme por mí, por mis planes, solo por mi vida... Nos convertimos en una pareja, en dos personas con intereses distintos pero unidos por un mismo sentimiento. La vida me cambió en cuanto me enamoré de ti —sentenció, mirándola para enfatizar aún más sus palabras, y continuó—: Mi vida seguía ahí, tenía muy presentes mis planes, pero quería cumplirlos a tu lado.

—Pero la enfermedad de mi madre era mi problema. No quería que te afectara a ti también.

—No siempre lo que se encuentra uno en una relación es bonito y lleno

de brillantina. Ojalá fuera así, pero eso solo lo encontramos en el cine. La vida real es un conjunto de luces y sombras, y para sobrellevar las sombras siempre es mejor tener a alguien al lado que te apoye, te ayude o te consuele. Yo estaba allí...

Minnie buscó su mirada y a pesar de la oscuridad de la noche, vio en ella desconsuelo.

—Dejaste el trabajo de investigación —señaló con tristeza—. Por mi culpa...

Él chascó la lengua contra el paladar.

—No, ya te he dicho que eso no fue así —negó con fuerza—. La culpa de que no lograra concentrarme, la tuve yo. Debí buscar la fuerza necesaria para retomar mi vida pero no fui capaz. —Se rascó la nuca, y la miró algo avergonzado—. Tampoco ayudaba que mis padres tuvieran contacto diario con tu padre. Tu nombre salía en cada conversación... —Se encogió de hombros y anunció—: Acabé buscando algo que hacer, que me distrajera...

—Nhil —mencionó al dueño del restaurante donde habían comido.

Él asintió.

—Me contrató para... —se rascó la cabeza y sonrió—, en realidad iba a ser camarero pero acabé de pinche de cocina, de limpiador, de lo que saliera y él necesitara. Llegaba a casa lo suficientemente agotado como para pensar...

—Pensar en mí...

—En los dos juntos —corrigió.

—Yo...

Minnie asintió y atrapó la tela de su vestido, sin saber muy bien qué hacer o qué decir. Sintió como una lágrima se deslizaba por su mejilla, a la que le siguieron algunas más y lo miró.

—Creí que hacía lo correcto... —musitó a media voz.

—Lo sé, *milady*. Lo sé... —Se acercó a ella y la abrazó.

Minnie no se resistió.

Capítulo 41

Llegaron a casa pasada la medianoche.

La conversación que mantuvieron en la playa los había dejado exhaustos por lo que decidieron que lo mejor era regresar e intentar descansar.

Tras pasaron la puerta de la vivienda y el silencio los recibió como un amigo inesperado. Sus familias todavía no habían regresado y no lo harían hasta el día siguiente, por lo que aún disponían de varias horas para pasar tiempo juntos.

—¿Te apetece un chocolate calentito? —preguntó Dante, mientras encendía unas pocas luces, para ofrecer claridad al salón, y dejaba el oso panda que ella había ganado encima de la mesa de la cocina.

Minnie lo observó, tentada en darle una respuesta afirmativa, pero al final negó con la cabeza. Llevaba las manoleínas en una mano y en la otra la caja donde iba el hombre de hojalata, y por su cabeza pasaban miles de ideas que la asustaban.

—Estoy agotada —reconoció—. Necesito una ducha.

—¿Por qué no te la das y cuando salgas decides lo del chocolate? —insistió sin mirarla.

—Está bien... —concedió, subiendo las escaleras.

Dante se sentó y observó abatido el lugar por el que había desaparecido. La cabeza le iba a estallar con tantas dudas como revoloteaban por ella. No sabía si la charla que habían tenido iba a beneficiarlo o perjudicarlo; si todo lo que habían conseguido en ese día, lo había perdido en apenas unos minutos en los que no supo mantener su boca cerrada...

—Pero fue ella la que quiso saber la verdad —dijo en voz alta, atrapando el osito que le había regalado—. No podía mentirla... Pero verla tan triste... Quizás deba disculparme... —Apoyó la cabeza sobre la mesa de madera y gruñó con fuerza. No sabía qué hacer.

De pronto tomó una decisión.

—Debo pedirle perdón.

Se levantó de improviso del asiento que ocupaba y subió las escaleras a

gran velocidad. Se dirigió hacia el dormitorio que ocupaba Minnie y llamó a la puerta cerrada con bastante fuerza.

Ella se asomó a la entrada extrañada ante la urgencia.

—Dante, ¿ocurre algo?

—Sí... No... —Pasó las manos por su cabeza para dejarlas caer a continuación, metiendo las manos en los bolsillos, nervioso. Ahora que la tenía delante no sabía muy bien a qué había ido. Solo podía pensar que estaba preciosa. Tenía el vestido a medio desabotonar, y por el escote asomaba la tela blanca del sujetador. Su piel, un poco bronceada por el sol que había tomado, resaltaba entre las sombras y su cabello indómito enmarcaba el rostro que lo acompañaba en sueños cada noche desde que la había conocido.

Minnie le regaló una sonrisa.

—¿Sí o no? —le preguntó divertida.

Él dio un paso hacia atrás y agachó la mirada avergonzado.

—Sí, perdona. Yo solo quería...

—Gracias —se le adelantó—. Gracias por este día, Dante.

Ella miró confuso.

—¿Por fastidiarlo todo?

Negó con la cabeza.

—Te propusiste sorprenderme y lo has conseguido —anunció, mordiéndose el labio inferior—. Has logrado que por un día aparque mis problemas y solo piense en mí. Aunque... no sé si eso es bueno —susurró al darse cuenta de lo que confesaba.

Dante se acercó a ella y atrapó su cara, buscando su mirada.

—Claro que es bueno, Mimi. Si un día no te preocupas, no va a ocurrir nada. Debes disfrutar de la vida, con sus problemas y sus alegrías, y sortearlos para intentar que la balanza esté equilibrada. Mirar al sol y ver luz, no siempre sombras.

Ella movió la cabeza de manera afirmativa con lentitud.

—Me has llamado Mimi...

—Perdona... —Dejó caer la mano con la que la tocaba—. No quería molestarte.

La joven atrapó de inmediato esa mano y se la llevó hasta su mejilla, con los ojos fijos en los negros de él.

—Me ha gustado —confesó.

Dante la miró esperanzado.

—¿Seguro?

Ella le besó la palma de la mano y asintió.

—Seguro.

Avanzó un par de pasos hacia ella.

—Mimi, yo...

La chica se apartó de la puerta, adentrándose en su dormitorio, sin soltar su mano.

—Dante, yo...

Los dos se sumergieron en un intenso beso, sellando los sentimientos que llevaban acompañándolos desde que se habían reencontrado. El ansia, el fervor, la pasión hablaron por medio de sus bocas, una caricia húmeda donde sus labios se enlazaron y sus lenguas salieron para dar la bienvenida ansiada.

Las manos de Dante atraparon su rostro.

Mimi llevó los dedos hasta su cabello.

Sin soltarse, trastabillando hasta la cama, se dejaron llevar por lo que sentían y querían explorar.

Ella cayó de espaldas...

Dante encima de ella, consiguiendo reaccionar con rapidez al posar sus manos sobre el colchón, impidiendo aplastarla con su peso. Se colocó de medio lado, sin separar sus bocas, y llevó su mano hacia la pierna desnuda, con celeridad. Ascendió por el muslo, deleitándose con el tacto de su piel, y se coló por debajo de la tela del vestido hasta toparse con sus braguitas.

Terminó el beso, recibiendo un lamento por parte de Minnie, pero enseguida se vio sanado cuando la boca masculina se posó en el cuello y descendió con reverencia, prodigándole multitud de caricias con la lengua, hasta la abertura donde asomaba el sujetador.

Las manos de ella acudieron con rapidez para deshacerse de los botones. Nerviosas ante lo que compartían, no atinaban con la presteza que debían, por lo que Dante no dudó en tirar de un extremo de la tela, arrancando más de un botón con su fuerza, al mismo tiempo que un grito de sorpresa se escuchó en la habitación.

Dante la miró y le guiñó un ojo travieso.

—¿Me perdonas?

Ella se mordió el labio al mismo tiempo que arqueaba sus caderas, tentando a la otra mano que se había detenido en la parte de abajo, ante la frontera de la tela íntima, y llevó su mano hasta el cierre delantero del sujetador dejando expuestos sus senos.

—Tendrás que compensarme... —lo retó a media voz.

Él sonrió y gruñó, lanzándose sobre uno de los pechos. Atrapó el pezón con los dientes y lo mordió, arrancándole un gemido a Mimi, justo en el instante en que sus dedos traspasaban sus braguitas.

La joven arqueó su cuerpo y abrió las piernas instintivamente, ansiando la caricia.

Su corazón latía a una velocidad vertiginosa, la piel se le erizaba y sentía que su temperatura aumentaba.

Al mismo tiempo que la boca de Dante atrapaba el pezón enhiesto, los dedos se adentraron por los pliegues vaginales consiguiendo que multitud de escalofríos recorrieran el cuerpo femenino.

Los gemidos crecieron...

Los dedos se adentraron por el interior de la húmeda abertura, arrancándole un grito de placer a su dueña. La boca succionó el pezón, lamió y volvió a morder, para pasar con rapidez a su gemelo que clamaba la misma atención.

—Dante... —susurró, exigiendo lo que los dos deseaban.

El joven no tardó en satisfacer sus deseos. Se separó de ella, no sin antes devorar de nuevo su boca, y se deshizo del pantalón y los calzoncillos, dejando libre su erecto miembro que también ansiaba reencontrarse con su alma gemela.

—Espera que... —No pudo terminar la frase. La mano de Mimi atrapó su pene y comenzó a acariciarlo, aumentando su tamaño—. Mimi, tengo que ir a por un preservativo... —le explicó entre gemidos.

Ella alejó su mano obediente pero, para sorpresa de Dante, le dio un beso, abarcando todo su grosor. Dejó que su lengua acariciara toda su extensión, degustando el sabor salado, y, cuando creyó que era suficiente, se echó hacia atrás en la cama, mirándole desafiante.

—¿Vas a tardar?

Él solo gritó de impotencia.

Salió corriendo hacia su dormitorio, abrió los cajones sin control, buscando la goma que necesitaba y que parecía que se había evaporado, y cuando ya pensaba que iba a tener que rendirse, la encontró. Se deshizo de la camiseta, se pasó la mano por el cabello e intentó controlar su respiración.

Desnudo, apareció ante la puerta del dormitorio de Mimi, quien lo esperaba también sin ropa. Se detuvo en la entrada y la observó con veneración.

—Eres preciosa...

Ella lo miró de arriba abajo y movió su dedo índice atrayéndolo.

—Ya pensaba que habías cambiado de opinión...

Dante posó sus manos a ambos lados del cuerpo de ella y la besó.

—¿Y librate de mí? Nunca. —Atrapó su labio inferior con voracidad para pasar a continuación al superior, arrancándole un gutural gemido.

La mano femenina se trasladó hasta el pene, lo acarició con reverencia y lo condujo hacia el interior de su vagina.

Los dos jóvenes se miraron cuando sus cuerpos se unieron.

Dante le acarició la cara, delineó cada línea de expresión y dibujó esos labios que lo atraían como un imán.

—Te he echado de menos —confesó.

Mimi atrapó su dedo con la boca y lo lamió tentadora.

—Y yo... —indicó a media voz, levantando sus caderas, incitándole a que se moviera.

Él le mordió la barbilla y se rio.

—¿Tienes prisa? —preguntó divertido, dejando que su mano descendiera por su cuerpo, deteniéndose brevemente en su pecho para proseguir su camino de inmediato, hasta alcanzar ese botón inflado que conocía tan bien y que sabía que conseguiría volverla loca.

La joven volvió a elevar sus caderas incitándole.

—Si quieres lo dejamos... —le dijo con picardía.

Dante, como respuesta, se sumergió aún más en ella.

—Lo que tú ordenes, *milady*.

Mimi observó sus ojos negros, donde miles de estrellitas brillaban con fuerza.

—Hazme el amor, Dante.

El joven, como única respuesta, atrapó sus labios, la obligó a abrir su boca, y buscó su lengua, para comenzar a mover sus caderas, dejando que su miembro entrara y saliera de ella, siguiendo una danza ancestral que ambos ya conocían y sus cuerpos reclamaban, y dejó que su dedo acariciara el tesoro que ella escondía.

El deseo iba en aumento.

Sus movimientos crecían y sus gemidos resonaban en la habitación.

La pasión los envolvía.

Las manos de Mimi se posaron en su trasero, invitándolo a que se adentraran aún más en ella.

La boca de Dante atrapó su labio inferior, dejando que su lengua acariciara los pequeños rasguños que le hubiera prodigado por la pasión, y la miró con ferviente adoración al mismo tiempo que una nueva estocada le robaba el aliento.

Las investidas aumentaron.

Los embates se sucedieron.

Los gemidos eran la única banda sonora que los acompañaba, creciendo al mismo tiempo que sus dueños sentían como sus cuerpos anhelaban alcanzar lo que ambos sabían y que añoraban desde hacía un año.

Los escalofríos los envolvieron.

La tensión los atrapó y un terremoto de sensaciones explotó devorándolos.

Sus miradas se encontraron y la pasión dio paso al eterno cariño que cada uno sentía por el otro.

Capítulo 42

Mimi

En cuanto la luz del sol entró en la habitación me despertó.

Agarraba una de las manos de Dante y sentía la otra mano posada sobre mi estómago desnudo. El calor que emitía su cuerpo me envolvía y su respiración era como un bálsamo tranquilizador.

Cerré los ojos y recordé lo que habíamos compartido esa noche.

Cómo sus besos me recordaron tiempos mejores y sus caricias consiguieron estimular sensaciones que mantenía dormidas desde hacía un año.

El día que pasamos juntos, las risas compartidas y esas conversaciones como si no hubiéramos pasado tanto tiempo separados...

Su confesión...

Saber lo que le había afectado nuestra separación, me afligió demasiado. Cuando tomé la decisión de acabar con nuestra relación, lo hice siempre pensando en él...

Lo hice por su bien...

No quería que la enfermedad de mi madre también le afectara, pero...

Me equivoqué...

Acaricié sus dedos y los llevé hasta mi mejilla. Necesitaba sentirle ahora más que nunca, como si durante todo este tiempo hubiera estado en un desierto donde me privaba del agua, de su cariño, y ahora, una vez que volvía a estar en mi vida, no tuviera bastante para saciarme de él.

No supe cuánto le habían afectado mis decisiones...

La conversación que mantuvimos en la playa consiguió que abriera los ojos. El camino hacia la casa, que al ir en moto nos obligaba a no poder hablar, consiguió que pensara en todo lo que me había dicho, todas las verdades que no me permitía escuchar...

Cuando acabé en mi habitación, tras desechar en un primer momento ese chocolate caliente, me vi sola, sin nadie a quien recurrir para consolarme, para hablar de todo lo que me atormentaba, confesar todos los sentimientos

que mantenía guardados en mi interior y que solo tenían un dueño: Dante.

Había tomado una decisión, debía hablar con él y exponerle todo lo que me ahogaba, pero opté por hacerlo al día siguiente, tras pensar bien qué decirle para que no saliera huyendo de mi lado y me diera una nueva oportunidad.

Lo que menos pensé era que esa nueva oportunidad llamaría a mi puerta y de qué manera.

Capítulo 43

—Buenos días, preciosa —le susurró al oído, llevándola todavía más cerca de él.

Mimi se giró sobre la cama y lo miró con amor.

—Hola, dormilón.

Le besó la punta de la nariz.

—Alguien me dejó agotado anoche...

Las mejillas de ella enrojecieron al hacer mención de lo que habían compartido.

—Nunca creí que...

—Yo tampoco. —La besó, interrumpiendo lo que fuera a decir. Se estiró todo lo largo que era y elevó una de sus cejas—. ¿Quieres desayunar?

Mimi asintió.

—¿Tortitas? —preguntó incorporándose en la cama, tirando de la colcha para intentar esconder su desnudez, pero no pudo. Dante la tenía atrapada y la miraba socarrón.

—Si las haces tú, por mí bien.

Ella se volvió y lo miró de frente.

—Más me vale, si queremos comer algo. —Volvió a tirar de la tela, pero tuvo los mismos resultados—. ¿Qué haces?

Este se acercó a su cara y le sonrió.

—Impedir que escondas una obra de arte.

—¿Cuál?

La miró de arriba abajo para detenerse en sus ojos marrones.

—Tu cuerpo.

Ella le golpeó el pecho.

—No seas zalamero...

Atrapó su mano y la empujó sobre el colchón, poniéndose con rapidez sobre su cuerpo.

—¿Zalamero? Creo que si busco el significado de esa palabra en el diccionario se remontaría hasta el *Lazarillo de Tormes*.

Mimi se revolvió intentando soltarse de su agarre y suspiró cuando vio que era una tarea imposible.

—¿No quieres desayunar?

Este asintió sin apartar su mirada de ella, dejó que una de sus manos descendiera por su cuerpo hasta posarse sobre uno de los pechos.

—Sí, pero antes quiero que seas consciente de que lo que digo es verdad. Ella arrugó el ceño.

—¿Que mi cuerpo es una obra de arte?

—Que eres preciosa y que cada vez que te veo, me muero por volver a estar dentro de ti —explicó, bajando el tono de voz.

Mimi sintió la garganta seca.

—Eres un adulator, ¿lo sabías?

Él sonrió.

—Mira, esa palabra me gusta más. —Comenzó a acariciar el pezón que cobraba vida bajo su mano—. ¿Probamos a ver si conoces más sinónimos?

Mimi no pudo evitar reírse, mientras se movía intentando alejarse de la caricia, pero el peso de él se lo impedía.

—Dante, si sigues por ese camino, no desayunaremos... —gimió al decir la última palabra.

—Solo hay un problema —señaló travieso, deteniendo su tortura, dejando que su mano se deslizara más hacia abajo de su cuerpo.

Ella retuvo su respiración al ver sus intenciones.

—¿Cuál?

—Que en vez de un desayuno tengas que hacerme un *brunch*.

—Hacerte un... —No pudo acabar la frase. La mano masculina se había adentrado entre sus pliegues vaginales, dejando que sus dedos los acariciaran con lentitud.

—¿Qué me dices? —preguntó mordiéndole con cariño la barbilla, dejando que su boca se deslizara por el cuello que se exponía delante de él hasta llegar a sus senos. Lamió el pezón enhiesto y succionó el pecho con pasión.

Mimi instintivamente arqueó el cuerpo.

—Dante...

—Umm...

—Prefiero el *brunch*.

El joven elevó su rostro, dejando por unos segundos lo que estaba haciendo y guiñó un ojo.

—Chica lista.

Capítulo 44

—Todavía no sé si prefiero este *brunch* o el desayuno de antes —dijo Dante señalando el plato vacío que estaba delante de él.

Mimi se rio y bebió de su café.

—Echaba de menos esto...

El joven se levantó de la silla, recogió su plato y se acercó a ella.

—Yo también echaba en falta follar como conejos —le indicó, sellando su afirmación con un beso.

Ella le golpeó con un trapo de cocina que tenía cerca.

—No seas bruto —lo acusó levantándose indignada, al mismo tiempo que recogía la vajilla que había usado y se acercaba al fregadero.

Dante la siguió, abrazándola por la espalda, dándole un beso en el lugar en el que se une el cuello con el hombro.

—Mimi, he añorado cada segundo que no te tenía en mi vida. Las conversaciones que manteníamos, las risas, nuestras peleas... —Le hizo cosquillas en la cintura, consiguiendo que se girara para mirarla de frente—. Y sentirte, acariciarte, besarte... —Posó su boca en la de ella e hizo lo que le decía.

Los dos se miraron con renovada pasión cuando el beso finalizó.

—No podemos quedarnos en casa —comentó lo evidente. Si seguían debajo de esas cuatro paredes, no saldrían de la cama.

—No sé por qué no...

Mimi le pellizcó el estómago, logrando separarse de él.

—Porque nuestros padres están a punto de llegar y no me gustaría que nos vieran... —Movié las manos señalándolos a ambos.

Él se apartó el flequillo de la cara y sonrió.

—Está bien, pero...

—¿Pero?

El joven avanzó hacia ella, obligándola a retroceder.

—No te garantizo que pueda impedir acariciarte o besarte —la atrapó justo cuando comenzaba a subir las escaleras—, ha sido un año sin poder

hacerlo.

Mimi fijó sus ojos en los de él y asintió.

—A la playa...

—¿A la playa? —le preguntó confuso.

Le dio un beso y subió las escaleras corriendo.

—Nos vamos a la playa —explicó ya desde la planta de arriba.

Dante subió los escalones de dos en dos tras ella.

—Me estás diciendo que ante mi confesión romántica...

—¿Romántica? —repitió ella asomándose por detrás de la puerta de su dormitorio, mientras intentaba ponerse el bikini.

Él se acercó a ella en dos zancadas, atrapó sus manos y la sentó a horcajadas sobre él, en la cama.

—Sí, *milady*. Romántica... —insistió—. Te estaba declarando mi amor.

Mimi detuvo sus intentos de soltarse en cuanto lo escuchó.

—Dante...

Él la besó impidiendo que hablara.

—No quiero que me digas nada ahora. No busco que digas o hagas nada de lo que te puedas arrepentir. —Apoyó su frente en la de ella y cerró los ojos—. Solo necesito decirte que te sigo amando como el primer día. Nunca he dejado de hacerlo y para mí, todo esto —abrió los ojos y la miró—, es más que un simple reencuentro de verano. Te quiero, Mimi.

La joven lo besó, atrapando su labio inferior para pasar a continuación al superior. Llevó sus manos hasta el corto cabello, y profundizó en la caricia, urgiéndolo a que le hiciera de nuevo el amor.

Estaban en la cala que había descubierto Mimi hacía apenas unos días. Tumbados el uno al lado del otro, encima de un par de toallas que habían quitado a la madre de Dante, disfrutando de los sonidos que los rodeaban y de su compañía. Sin necesidad de hablar, con el único contacto de sus manos unidas, envueltos en ese silencio que los había acompañado desde el primer día en que se volvieron a ver, pero que tanto había cambiado su naturaleza. Al principio, ese silencio era opresor, incluso angustiioso y ahora... acogedor.

—¿Cómo pueden cambiar las cosas en tan pocos días? —le preguntó

Mimi, curiosa.

El chico apoyó su cabeza en la mano y arrugó el ceño.

—¿A qué te refieres?

—A nosotros... —Se sentó con las piernas cruzadas—. Cuando llegué aquí —movió las manos abarcando lo que les rodeaba—, en estas vacaciones impuestas por nuestros padres, no quería ni estar en la misma habitación que tú... —Le miró a los ojos con tristeza—. No quería hablar contigo, y ahora...

Le acarició la pierna desnuda, dejando que sus dedos realizaran dibujos inconexos sobre su piel.

—Nunca cerramos esa etapa, Mimi. Siempre estuvo muy presente entre nosotros y hasta que no volvimos a reencontrarnos, no supimos que en verdad...

—No podíamos vivir el uno sin el otro.

Dante tiró de su mano, tumbándola, acercándola a él. Le acarició la cara y buscó sus ojos color caramelo.

—Vivir, siempre podemos. Solo debemos encontrar las fuerzas necesarias para superar los problemas que nos encontramos en este camino llamado vida...

Ella asintió conforme.

—Pero creí haberte olvidado.

Le dio un beso en la punta de la nariz.

—Y yo a ti, *milady*. Pero no fue así. Estos son muy cabezotas. —Señaló el músculo que latía debajo de sus pechos.

—Y no se han rendido hasta que nos han visto otra vez juntos —comentó lo evidente.

Dante se tumbó boca arriba y tiró de ella, para ponerla encima de su cuerpo. Posó sus manos en la cadera y comenzó a acariciarle el estómago.

—No me voy a quejar

Ella se tumbó, apoyando su cabeza en el tórax masculino.

—Yo tampoco.

El joven comenzó a acariciarle la espalda.

—Aunque algo de ayuda han tenido... —La miró sin saber muy bien por qué decía eso—. Nuestros padres —aclaró.

Mimi apoyó la barbilla en su pecho y lo observó de frente.

—¿Crees que han planeado todo esto?

Le sonrió, dejando que su dedo índice delineara las líneas de su boca.

—Te traen aquí, sin explicarte adónde venías hasta que ya no podías salir huyendo. —Elevó su dedo para enumerar las razones que le llevaban a pensar eso—. No te enteraste de que ibas a compartir días conmigo hasta que...

—Tu madre me lo dijo —terminó por él.

Dante asintió y atrapó su cara con ambas manos.

—Mi madre vació una papelería entera para conseguirte toda clase de blocs de dibujos, lápices, pinturas...

—Me dijo que lo teníais en casa desde hace mucho... —No terminó de explicarse, ya que al observar la cara del joven, se dio cuenta de lo que Helen pretendía.

—Tu padre le había dicho que, aunque habías regresado a la carrera, no habías vuelto a dibujar. Sí, sacabas adelante los diseños que te obligaban a realizar en la facultad, pero lo que habían transmitido desde que cogiste un lápiz entre tus dedos, había desaparecido. ¿Desde cuándo no plasmas algo en papel por el puro placer de hacerlo?

Mimi intentó alejarse de él, pero las manos, ancladas a sus caderas, se lo impidieron.

—Desde que ingresaron a mi madre en la residencia —confesó rehuendo su mirada.

Dante atrapó su barbilla y la obligó a mirarlo.

—Entiendo que su enfermedad...

—¡No me recuerda! —gritó levantándose de golpe, alejándose de él de improviso, sin que este pudiera evitarlo.

—Mimi... —la llamó yendo tras ella.

La chica se acercó al agua y se abrazó a sí misma.

—Las últimas veces que me atreví a ir a verla, no sabía quién estaba delante de ella. —Miró a Dante con los ojos llorosos—. Soy su hija, Dante, y no sabe quién soy.

El chico la abrazó y dejó que se desahogara.

—Es normal...

Ella negó con la cabeza.

—Eso es lo que trato de decirme... Me repito una y otra vez que el Alzheimer provoca que no recuerde las cosas, que olvide todo lo que compartimos y vivimos pero, no puedo parar de pensar que solo tiene cuarenta años y que... —Lo miró dolida—. ¿Por qué ella?

Le acarició el rostro y siseó buscando calmarla.

—No sé decirte la razón, Mimi. Se dan pocos casos de esa enfermedad en edades tempranas pero cuando ocurre, ni los médicos saben hoy día las razones.

Ella asintió.

—Lo sé, pero es difícil asumirlo...

—¿Por qué no vas a verla?

—¿Cómo sabes que no voy? —le preguntó sin alejarse de su lado.

Le apartó el cabello de la cara y le limpió las lágrimas que había derramado.

—No es difícil descubrirlo, pero es verdad que escuché una conversación entre mis padres donde lo comentaban.

Mimi le sonrió con tristeza.

—Juegas con ventaja...

Le besó la nariz.

—Solo me preocupo por ti.

Ella asintió feliz de oír eso.

—No tengo valor para enfrentarme a ella y que me trate como a una extraña —confesó.

Dante agachó su cabeza, para colocar sus ojos a la misma altura que los de ella.

—Es tu madre y siempre lo será, *milady*. —Le acarició la mejilla, deteniéndose brevemente sobre las pecas que abundaban en ella, y atrapó uno de sus mechones rebeldes para llevarlo tras su oreja—. No sabemos el tiempo que estaremos en este mundo pero si me preguntas a mí, preferiría estar al lado de la persona a la que amo, disfrutando del tiempo prestado, aunque ella no me reconozca. Tú sabes quién es ella. Es tu madre. La mujer que te dio la vida, la que te acompañó de la mano por primera vez al colegio, la que se reía contigo por las bromas que le hacíais a tu padre... —Buscó sus ojos—. La que te puso un lápiz en las manos y te animó a dibujar. Si tú no

olvidas quién es ella, ella siempre estará a tu lado.

Mimi besó la palma de su mano.

—¿Desde cuándo eres tan sabio?

—Desde que te amo. —La besó sellando su confesión.

Capítulo 45

Iban de la mano de regreso a casa, dejando que el agua del mar que rompía en la arena de la playa les bañara los pies, sin parar de reír:

—Eso no puede ser posible —lo acusó ella—. No me creo que Sam y tú acabarais desnudos en mitad de un bar por una simple apuesta.

Este asintió con firmeza.

—Sí, te lo juro por Leonardo...

La carcajada femenina resonó por la playa, atrayendo la atención de algunas de las personas que estaban por allí.

—Espera, espera... —Se detuvo, intentando tomar aire, llevando sus manos al estómago dolorido por la chanza—. ¿Acabas de jurar por Leonardo da Vinci?

Dante se puso serio.

—Claro, es casi un...

—Un dios para ti —acabó la frase por él, y se acercó para tomarle la temperatura—. Esa obsesión tuya por el artista florentino, raya la obsesión.

El joven elevó su dedo índice delante de ella.

—Artista, no. Polímata —la corrigió.

Mimi sonrió llevándose su mano a la garganta.

—¿Poli qué?

—Polímata —repitió—. Es la persona que posee conocimientos que abarcan diversas disciplinas. Leonardo fue a la vez pintor, arquitecto, anatomista, paleontólogo, artista botánico, científico, filósofo, escritor, escultor, músico, poeta, urbanista, ingeniero e inventor.

Ella lo miró de arriba abajo tras su explicación.

—Es decir que fue todo lo que tú no eres —expuso, sacándole la lengua para salir corriendo a continuación.

Dante fue tras ella de inmediato, atrapándola por la cintura, levantándola en el aire.

—No serás capaz... —le dijo, al ver cómo se adentraba en el océano, portándola entre sus brazos.

—¿Otro reto, *milady*?

Ella pateó, intentando desasirse de su agarre pero le fue imposible.

—Dante, no...

El joven la tiró al agua, acallando su queja, y la miró sin parar de reírse.

—¿Decías?

Mimi golpeó el agua, se apartó el cabello de la cara y lo observó entre divertida y enfadada.

—Esta me las vas a pagar...

—Lo estoy deseando —le espetó, robándole un beso con rapidez—. Sabes a sal...

La chica gruñó al mismo tiempo que se levantaba y salía corriendo tras él, que, sin poderlo evitar, tropezó y acabó cayendo al agua.

Mimi se acercó a él, riéndose sin parar al verle la cara empapada, y le ofreció su mano para ayudarlo.

—¿No llevabas tu móvil en la bolsa?

Este se incorporó y negó con la cabeza.

—No, ¿por?

La joven señaló el bolso donde llevaban las toallas y que colgaba del hombro de Dante.

—Porque está tan mojado como nosotros —dijo lo evidente.

Él observó lo que le indicaba, dándose cuenta por primera vez del estado de lo que portaba y suspiró.

—Por lo menos sabemos que mi madre no estará en casa cuando lleguemos...

Atrapó su brazo y lo animó a caminar.

—Y con este calor, se secará todo antes de que aparezca por lo que puede ser nuestro secreto.

Dante asintió conforme.

—Sí, porque no me gustaría verle la cara cuando descubriera que su bolsa de playa ha acabado sumergida bajo el agua de sal por nuestra culpa.

Mimi lo miró de medio lado y chascó la lengua contra el paladar.

—Corrección, querido amigo, tu culpa.

Dante se detuvo, parándola a ella también.

—¿Estás hablando en serio?

Ella asintió sin borrar su sonrisa.

—Tú —lo señaló con el dedo—, te has caído solito.

El joven atrapó su dedo.

—Porque me perseguías —la acusó.

Mimi se encogió de hombros.

—Es tu palabra contra la mía...

Dante elevó una de sus cejas y se acercó a ella.

—No me busques que me encontrarás, *milady*.

—No sé a qué te refieres —señaló, poniendo cara de no haber roto un plato.

El joven tiró de una de sus manos y la besó con pasión.

—Te salva que estamos rodeados de gente —le susurró una vez terminó la caricia.

Ella le guiñó un ojo coqueta.

—¿Una carrera?

Arrugó el ceño confuso al escuchar la pregunta.

—¿Para?

—Si llegas antes que yo a la casa —pasó su dedo por el firme estómago de él, deteniéndolo en la cinturilla del bañador—, te dejaré que me demuestres lo que me harías...

Dante avanzó un par de pasos acortando la escasa distancia que los separaba.

—¿Y si llegas antes tú? —le preguntó a media voz.

Ella se encogió de hombros y se mordió el labio inferior.

—No me importa perder —anunció y salió corriendo, sin comprobar que la seguía.

Dante acertó la distancia que los separaba en apenas un par de zancadas, pero en vez de adelantarla, atrapó su mano y siguieron corriendo juntos.

Llegaron a la casa empapados, sin parar de reír y exhaustos por la carrera que se habían dado. Abrieron la puerta, sumidos en su burbuja de felicidad particular; cuando el silencio opresor volvió a hacerse presente, acabando con su diversión.

Los padres de Dante estaban en la cocina, y Luis, el padre de Mimi,

sentado en el sillón con la cabeza escondida entre sus manos. Solo las voces de Ian, en la planta de arriba, quejándose por haber metido la pata en el juego con el que debía estar entretenido en la consola, eran la nota discordante a la escena que se encontraron.

—Papá... —lo llamó Mimi, soltándose de la mano de Dante, acercándose con rapidez a él—. ¿Qué ocurre? ¿Es mamá?

Dante miró a sus padres preocupado.

—¿Qué sucede?

Helen levantó su mano y le pidió calma, fijando su atención sobre padre e hija.

Luis agarró las manos de Minnie y le acarició el rostro.

—Ha tenido una crisis y han tenido que sedarla pero...

Ella se levantó de improviso, llevando sus manos a la boca, reteniendo un grito.

—¿Pero está bien? Tenemos que irnos... Está sola... Nos necesita a su lado...

Su padre se levantó, posó las manos en sus hombros y siseó intentando acallar la verborrea que soltaba sin control.

—Está bien —la tranquilizó—. Ahora está descansando. Os hemos llamado al móvil pero...

—No lo llevábamos —indicó Dante atrayendo la atención del adulto.

Este asintió y volvió a mirar a su hija.

—Por eso os esperábamos —señaló—. Me voy a verla. Tu hermano y tú podéis quedaros aquí...

—¿Ian lo sabe?

Su padre negó con la cabeza.

—Hemos preferido no decirle nada —dudó por unos segundos—, de momento...

—Me voy contigo —lo cortó.

Su padre le acarició de nuevo la mejilla, apartando una lágrima silenciosa que se deslizaba por su rostro.

—Es mejor que te quedes...

—No —negó de manera categórica y se separó de él—. Me cambio de ropa y nos vamos.

—Mimi, cariño —la llamó la madre de Dante—. Tu padre se sentirá mejor si os quedáis aquí, con nosotros.

Ella negó con la cabeza.

—Me visto y nos vamos, papá —le anunció, desapareciendo escaleras arriba.

Dante miró a sus padres y posó sus ojos en Luis, a quien se le veía preocupado.

—Estará bien... —señaló intentando transmitir tranquilidad.

El padre de Mimi movió la cabeza de manera afirmativa, no muy convencido.

—Eso espero, hijo —le indicó, dejándose caer sin fuerzas en el sofá.

—Dante, ¿por qué no intentas convencer a Mimi? —le preguntó su madre—. No sabemos muy bien lo que podrán encontrarse, y quizás sea mejor que se quede aquí, con nosotros.

—Lo intentaré, pero no te prometo nada.

—Gracias, cariño —le dijo, llenando una taza con agua caliente—. Luis, tómate una tila. Te vendrá bien para el viaje —le comentó, dejando el recipiente de porcelana delante de él.

El hombre asintió como un autómatas, sin hacer amago de tomarse la bebida.

Dante miró preocupado la escena; se acercó a su madre y le dio un beso en la mejilla, gesto que esta agradeció con una caricia.

—Estará bien —repitió, sabiendo que necesitaba escucharlo una vez más. Al igual que el padre de Mimi, Helen quería mucho a la madre de esta. Desde su infancia eran amigas y todo lo que le afectaba a Melissa o a su familia, la inquietaba mucho.

—Dante...

Este miró a su padre quien, sentado en una de las sillas, observaba todo en silencio.

—Dime...

El hombre movió la cabeza señalando el piso que tenían encima de sus cabezas, donde se escuchaba el ruido de puertas al abrirse y cerrarse, además de algún que otro objeto estrellándose contra el suelo.

—Ten paciencia —le aconsejó.

—Siempre la tengo...

Federico atrapó su mano y buscó su mirada.

—Te herirá —lo avisó.

El joven arrugó el ceño confuso.

—¿Mimi? —Este movió la cabeza de manera afirmativa—. No, no volverá a ocurrir.

Su padre le dio un beso en la mejilla y asintió con tristeza.

—Recuerda que es el dolor el que habla, no ella.

Dante le palmeó la mano, intentando tranquilizarlo.

—No te preocupes —indicó—. No volverá a suceder.

«La razón por la que nos duele tanto separarnos es porque nuestras almas están enlazadas».

—Nicholas Sparks,
El cuaderno de Noah (1996).

Capítulo 46

Dante subió las escaleras y se dirigió hacia el dormitorio de la joven. Abrió la puerta y la observó con los brazos cruzados, pendiente de cada uno de sus movimientos.

Ya se había desecho del bikini, y en su lugar llevaba un vaquero negro con rajadas en las rodillas, una camiseta dos tallas más grande que ella, de color gris, con el cuello y las mangas anchas, lo que permitía ver el negro sujetador que llevaba debajo. El cabello aún mojado, lo tenía suelto, y se estaba poniendo en ese momento unas deportivas blancas, sentada en la cama.

—¿Por qué no te quedas? —le preguntó desde la entrada.

Ella lo observó y negó con la cabeza con demasiada fuerza.

—Tengo que ir. Debo estar al lado de mi padre...

—Tu padre es quien te ha pedido que no vayas —aclaró—. Él estaría mejor si no fueras con él y en su lugar, te quedaras cuidando de tu hermano.

Se levantó de la cama y buscó su bolso.

—Para eso ya os tiene a vosotros —indicó como si fuera algo evidente.

—Y tú también —especificó.

Minnie lo miró de medio lado y movió la mano quitándole importancia a ese hecho.

—Mi padre me necesita —insistió.

—No, tu padre necesita que te quedes aquí —reiteró.

Ella lo observó atraída por el cambio en su tono de voz.

—¿Mi padre o tú? —le preguntó de forma brusca.

—No sé a qué te refieres...

Minnie llevó sus manos a las caderas y lo enfrentó.

—A que quizás eres tú el que no quiere que vaya —indicó—. Quizás prefieras que no me aleje de aquí para estar contigo.

Dante arrugó el ceño y se adentró en el dormitorio.

—Mimi no sabes lo que dices.

—Tal vez sí eres ese egoísta que decías ayer —recordó cómo se llamó él mismo, cuando mantuvieron la conversación en la playa por la noche—, y

quieres que me quede aquí, en esta casa, interpretando una pantomima.

—¿Una pantomima? —le preguntó extrañado—. ¿Piensas que es eso? ¿Lo que hemos compartido estos días? —Elevó su mano e intentó acariciarla.

La chica se apartó de él, evitando que la tocara. Se pasó la mano por su cabello y expulsó el aire que retenía sin saberlo.

—Será mejor que lo dejemos...

—Sí, será lo mejor —convino, sin apartar sus ojos de ella— o alguien saldrá herido.

Minnie negó con la cabeza y levantó los brazos, dejándolos caer a continuación.

—No, Dante. No me has entendido. —Atrapó su bolso y se acercó a la puerta—. Me refería a que lo mejor es que lo nuestro acabe aquí...

Él la miró sin dar crédito a lo que escuchaba.

—No puedes estar hablando en serio —la interrumpió, e intentó acercarse a ella, pero esta levantó las manos, rogándole que no lo hiciera—. Ha sido... —dudó— bonito, pero tiene que acabar ahora. No puedo permitir que mis problemas te afecten...

—Tus problemas son mis problemas —la rebatió con crudeza, casi gritándola—. Creí que eso había quedado claro —señaló bajando el tono de voz, casi sin fuerzas.

Ella negó con la cabeza.

—No puede ser... —le dijo, y salió del cuarto dejándolo solo.

Dante hizo amago de ir tras ella, se asomó a la puerta justo a tiempo de verla descender por las escaleras, sin mirar atrás, como si no le importara nada de lo que dejaba tras ella, pero, al final, cerró la puerta del dormitorio con demasiada fuerza y se dejó caer en el suelo, con la espalda apoyada en la cama, escondiendo su cara entre las manos, derrotado.

Capítulo 47

El viaje hasta la residencia donde se encontraba la madre de Minnie ingresada, se les hizo muy largo a los ocupantes del vehículo. Al principio, la joven intentó sonsacarle más datos a su padre sobre el estado de la mujer pero, al comprobar que no poseía más información de la que ya le había dado, acabó desistiendo en su empeño, dejando que el silencio los envolviera.

Ninguno de los dos volvió a hablar.

Llevaban la radio apagada, como si temieran que su compañía pudiera entorpecer su preocupación, alejándolos de lo que de verdad importaba.

La chica dejó la vista fija en el paisaje que iban dejando atrás, distanciándose poco a poco de la costa que tan bien los había recibido, junto a la persona que acababa de alejar de nuevo de su vida.

Dante...

Ahora, en el coche, con la cabeza a punto de estallarle, era consciente de lo que le había dicho. Otra vez le había alejado de su lado...

Apoyó la cabeza en el frío cristal, justo cuando las nubes del cielo se tornaban en gris como si quisieran acompañar sus sentimientos sombríos.

Su padre atrapó su mano y le dio un beso.

—Tranquila, cariño. Seguro que mamá estará bien...

Ella asintió, sintiéndose culpable por haber pensado antes en Dante y en su situación personal, que en el estado de su madre.

Cambió de postura y apoyó la cabeza en el hombro de su padre, ofreciéndole su apoyo.

—Seguro que sí, papá.

Divisaron el edificio a pocos kilómetros de llegar: Un gran mastodonte de ladrillo marrón, de cinco plantas, rodeado por un extenso jardín por donde paseaban sus pacientes.

El padre de Minnie aparcó cerca de la entrada, justo en un hueco que quedaba libre en ese momento, y descendieron del vehículo algo nerviosos.

—Mimi... —la llamó, ofreciéndole su mano, justo cuando su atención se fijaba en algunas de las personas que paseaban por los caminos de arena o se sentaban en los bancos de hierro forjado para disfrutar de la naturaleza.

Algunos iban acompañados por enfermeras, otros estaban solos o charlaban en grupo animadamente. Minnie sabía que los pacientes que allí se encontraban eran tratados por la misma enfermedad que la de su madre, algunos con un grado más avanzado y otros menos, pero todos ingresados por la misma razón. Era una de las residencias que mejor fama tenía del país, donde los pacientes recibían las mejores técnicas y cuidados por parte del personal.

Sabía que su madre no podía estar en mejores manos pero, aun sabiéndolo, no podía dejar de preocuparse por no tenerla bajo su cuidado.

Eso era lo que habían acordado, su padre y ella, tras diagnosticarle un Alzheimer precoz y comprobar su rápido avance: debían buscar que estuviera bien tratada y, bajo su techo, en su casa, ellos no podían responsabilizarse de su cuidado.

Necesitaba que alguien estuviera pendiente de ella las veinticuatro horas del día y, aunque en un principio Minnie se ofreció, su padre lo desechó con rapidez. No podía perder sus estudios, no podía sacrificar su vida, por la de su madre...

Acabaron ingresándola allí, en esa residencia y, como ya le dijo a Dante, al principio iba a verla... todos los días pero, más adelante, cuando comenzó a no recordar e incluso a confundirla con personas que su madre había conocido en su infancia, y que ella ni siquiera había escuchado mencionar alguna vez, se le hizo cuesta arriba.

Sus visitas se fueron espaciando en el tiempo.

Al principio, ponía de excusa los estudios, la universidad estaba muy lejos de la residencia y no podía faltar a un examen o a una clase determinada, luego... no tuvo que dar más excusas porque su padre dejó de pedirselo.

Él lo aceptó sin queja alguna.

Supo, sin que su hija se lo dijera, que necesitaba tiempo para asimilar lo que ocurría, lo que sucedía en su familia y, aunque no dejara entrever sus sentimientos, porque ella nunca mostraba lo que le afectaba por el bien de

todos, no volvió a insistir en que lo acompañara a visitarla.

Minnie llevaba medio año sin verla, y no sabía lo que podía encontrarse en el interior de ese edificio.

—Mimi... —la llamó de nuevo su padre—. ¿Estás bien?

Ella miró la mano que le ofrecía, le dio un beso en la mejilla y se agarró a su mano.

—Hace mucho que no vengo por aquí...

Luis miró lo que los rodeaba y luego le guiñó un ojo.

—No ha cambiado mucho, ¿no? —señaló buscando relajar el ambiente entre ellos.

Le sonrió.

—No —confirmó, al mismo tiempo que se ponían en movimiento—. Papá...

Este se detuvo antes de traspasar las puertas de cristal de la entrada.

—Dime, hija.

—Tengo miedo —confesó a media voz.

El hombre le regaló una sonrisa cariñosa y le palmeó la mano que tenía agarrada.

—Yo también pero debemos ser fuertes...

—¿Tú también? —le interrogó extrañada.

Le acarició su mejilla y asintió.

—Siempre, cariño. Si no tuviéramos miedo significaría que no nos preocupamos por tu madre, que no la queremos... Pero eso no es así, ¿a qué no?

Minnie negó con la cabeza.

—No lo había pensado de esa manera.

—El miedo es un sentimiento que va unido al amor, al que debemos enfrentarnos para conseguir lo que deseamos. Ese miedo nos hace ser valientes, nos anima a luchar por lo que queremos, por cuidar de nuestros seres queridos... Un tira y afloja donde... —Le acarició con ternura la mejilla—... A veces ganamos nosotros y otras él, pero siempre sabremos una cosa...

—¿El qué? —preguntó, ansiosa por saber la respuesta.

—Que habremos puesto todo lo que tenemos a nuestro alcance para

alcanzar esa vida que deseamos —sentenció dándole un pequeño beso en la mejilla—. Tu madre te quiere, Mimi. Siempre fue así en el pasado y ahora, aunque ella no lo recuerda, somos nosotros los que debemos luchar contra nuestros miedos para devolverle todo el cariño que nos ofreció en su día.

—¿Y si no soy tan valiente? —susurró, con temor de dar forma a sus dudas.

Él atrapó su barbilla y la miró a los ojos.

—Eres la persona más valiente que conozco, cariño. Mantienes a esta familia unida, vigilando que tu hermano crezca feliz, sin ninguna preocupación, impidiendo que tu padre, yo... —Se señaló a sí mismo sonriente—... Lo malcríe.

La chica se rio.

—No lo malcrías, solo cedés por el bien común —puntualizó.

Su padre asintió.

—Eres la mejor hermana e hija que nunca podríamos haber deseado tener a nuestro lado, y tu madre lo sabe aunque no lo recuerde.

Una lágrima se deslizó por su rostro, seguida de unas pocas más.

—Gracias, papá.

—¿Por qué, cariño? —le preguntó, limpiándole la cara—. Solo digo la verdad, esa que está delante de tus ojos pero que tu cabecita... —Le señaló con el dedo al culpable de su situación—... No te deja ver.

—Estos días ha habido alguien que ha intentado que lo entienda...

—Dante —indicó, seguro de lo que decía.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

Él se encogió de hombros.

—Me gusta ese chico. Siempre me ha gustado.

—A mí también —aseguró ella, por primera vez en voz alta.

Capítulo 48

La habitación estaba silenciosa y, aunque las cortinas estaban corridas, impidiendo que entrara la claridad del día, se podía adivinar dónde se encontraba la cama. Un bulto, tapado con una colcha, descansaba sobre ella y una enfermera, sentada en un sofá cercano, con la luz de una pequeña lamparita encendida, vigilaba que nadie molestara a su paciente. En cuanto se percató de la presencia de los recién llegados, se levantó de su asiento y se aproximó a ellos.

—Está durmiendo —les comunicó en un susurro.

—¿Está bien? ¿Qué ha sucedido? —le preguntó su padre, quedándose en la entrada de la habitación con ella, para que le diera todos los datos posibles.

Minnie no se detuvo a escucharlos. Su padre ya la mantendría informada. En ese momento, lo que necesitaba era ver el rostro de su madre y comprobar que era cierto que se encontraba bien.

Se acercó despacio a la cama y, sin pararse a buscar alguna silla cercana, se arrodilló en el suelo enmoquetado, cerca del cabecero.

Como le había dicho la enfermera, su madre descansaba. En su rostro no se reflejaba ninguna marca de tensión, sino una placidez que ya no recordaba haber visto en su cara desde hacía tiempo. Le acarició la mejilla, atraída como un imán al ansiar sentir de nuevo su piel, y delineó sus cejas marrones con delicadeza. Pasó sus dedos por cada una de sus pecas, las mismas que invadían sus pómulos, y las contó con lentitud, como si temiera que alguna hubiera desaparecido. Golpeó con sutileza la punta de su nariz y sonrió al observar como arrugaba la boca ante su intromisión, al mismo tiempo que unos pocos rizos castaños caían por su cara molestándola.

Su madre abrió los ojos y se apartó los molestos mechones, tardando un tiempo en darse cuenta de que no estaba sola. Centró su mirada en la joven que tenía delante y le regaló una sonrisa de reconocimiento.

—Mimi, ¿cuándo has llegado? —le preguntó, feliz de verla allí.

La joven sintió como su boca temblaba al mismo tiempo que comenzaba a llorar.

—Mamá, ¿sabes quién soy? —la interrogó, dudando de lo que sus oídos escuchaban.

La mujer le acarició la mejilla y se rio atrayendo la atención de los dos adultos.

—Claro, eres mi pequeña. ¿Quién si no?

Minnie la abrazó con fuerza y la besó.

—Sí, soy tu pequeña —respondió de inmediato—. ¿Cómo estás?

Su madre le limpió la cara y la miró de frente.

—Mejor que tú, por lo que veo.

Ella se rio al escuchar sus ganas de bromear.

—Eso es lo que parece.

La mujer apoyó su brazo debajo de la almohada y le guiñó un ojo travieso.

—Aunque un poco cansada... —reconoció a media voz.

—Ese es el somnífero —indicó la enfermera acercándose para tomarle el pulso.

Fue en ese momento cuando Melissa se dio cuenta de que también se encontraba en la habitación su marido.

—Luis, estás muy delgado —lo reprendió.

—Tú muy guapa —la piropeó, acercándose hasta su hija, posando las manos en sus hombros.

Las mejillas de la mujer enrojecieron por un segundo y miró a su hija.

—¿Dante es tan zalamero?

Minnie asintió, sintiendo como se le llenaban sus ojos de nuevas lágrimas.

—Mucho más.

Su madre le apartó una lágrima que caía por su cara.

—Cuídalo, cariño. Es un buen chico.

Ella asintió, sintiendo como su padre le apretaba el hombro con comprensión.

—Eso haré.

La mujer cerró los ojos cansada y suspiró, tumbándose boca arriba.

—Me tienes que enseñar tus nuevos dibujos —susurró—. Hace mucho que no lo haces y necesito verlos para saber lo que me pierdo...

Minnie se elevó un poco y buscó las manos de su madre.

—No te pierdes nada, mamá.

Palmeó la mano de su hija y negó con la cabeza.

—Nunca has sabido mentir, pequeña.

Apoyó su cabeza en el brazo de su madre.

—Tú, que me conoces muy bien.

Sus miradas se encontraron por un segundo, antes de que la mujer se quedara de nuevo dormida, y le dijo:

—Soy tu madre, debo conocerte.

Capítulo 49

A la mañana siguiente, Dante se encontraba en la terraza de la casa. Con la vista fija en el mar, pendiente de las olas que se elevaban, animadas por el aire que comenzaba a levantarse y las nubes que amenazaban tormenta.

El día anterior, en el momento en el que Minnie se marchó con su padre, comenzó a llover, apagando la luz natural del sol y sumiendo a todos los habitantes de la casa en un estado de preocupación, hasta que tuvieron noticias de ellos.

En cuanto Luis comprobó el estado de su mujer, llamó al padre de Dante para informarles de su estado. Melissa se encontraba bien, algo cansada, pero, a pesar de eso, les había reconocido por un corto espacio de tiempo.

Dante salió de su habitación en cuanto escuchó el teléfono de su padre y, aunque al principio fue reticente a conocer las novedades, en cuanto escuchó que la madre de Minnie había hablado con su hija, que se había acordado de ella, sintió como se asentaba en su estómago una sensación de calidez que estuvo a punto de sustituir la frialdad que lo venía carcomiendo desde que ella se había marchado.

Casi...

Pero no lo logró.

Su cabeza no dejaba de dar vueltas a la conversación que habían mantenido, cuando Minnie lo había acusado de egoísta. Su mayor preocupación, esa que le había perseguido desde la primera vez que rompieron, volvió acrecentada. Tal vez ella tenía razón y solo pensaba en sí mismo, solo le preocupaba su propio bienestar...

Y era mejor olvidarse de ella, de su amor...

No sabía qué hacer.

Se estaba volviendo loco y las miradas condescendientes de sus padres no lo ayudaban, por lo que tomó una decisión: jugaría con Ian. Quizás si se imponía un propósito a cumplir, dejaría de martirizarse y conseguiría sobrellevar ese día... por lo menos ese día.

Mañana ya vería lo que haría.

Buscó al pequeño, en la pequeña sala de estar de la planta de arriba, y se sentó a su lado, atrapando uno de los mandos de la consola.

—¿A qué juegas?

El pequeño señaló la pantalla de la televisión.

—A Spyro —comentó, como si fuera la cosa más evidente cuando un dragón morado apareció delante de ellos.

—¿Me dejas jugar contigo? —le preguntó.

El pequeño se encogió de hombros y asintió.

—Pero te aviso de que soy muy bueno.

Dante se rio.

—Eso lo veremos —le indicó, observando primero como movía los dedos sobre los botones, sin perder de vista lo que sucedía en la televisión.

Si era sincero consigo mismo, no le apetecía nada jugar con ese pequeño dragón. Le apetecía más desahogarse disparando, matando a algunos malos, dejando que fluyera la adrenalina, pero no eran juegos apropiados para la edad del hermano de Minnie, por lo que debió adaptarse.

La tarde pasó con demasiada lentitud, dando paso a la noche y con ella a las pesadillas. Las pocas veces que conseguía conciliar el sueño, su cabeza recreaba la misma escena, en la que Minnie rompía con él, como si se encontrara dentro de su propio día de la marmota, sin ninguna opción de despertar.

La madrugada lo pilló despierto e incapaz de volver a dormirse, decidió levantarse. Se puso un pantalón de chándal azul, algo envejecido, y una sudadera de manga larga para combatir el frío que pudiera hacer a esas horas. Se preparó un café y con la taza en la mano, salió a la terraza, donde se encontraba en ese momento. Vio cómo el amanecer se asomaba por el fondo del océano, luchando con los colores grises que traía ese nuevo día, y las nubes que iban en aumento en el cielo.

Escuchó a sus padres trastear en la cocina, donde seguro estarían preparando el desayuno, y la voz de Ian mientras hacía a su padre innumerables preguntas.

El ruido de un coche acercándose atrajo su atención y, como un imán, se levantó de la silla, intentando otear el horizonte. Entre esperanzado y muerto

de miedo, se acercó hasta la valla de madera que separaba la entrada principal de la playa, y esperó impaciente a que apareciera el recién llegado.

El vehículo del padre de Minnie asomó por la primera curva y el corazón de Dante comenzó a latir desbocado.

Helen salió de la casa, seguida de su marido e Ian, y miró a su hijo para devolver la atención a la carretera de inmediato.

No tardó el coche en detenerse delante de ellos, saliendo el padre de Minnie de su interior, pero no había rastro de la chica.

Las esperanzas de Dante se esfumaron como el humo.

—¡Papá! —gritó Ian, lanzándose hacia sus brazos.

Luis se rio ante el recibimiento de su hijo, abrazándolo con auténtico cariño.

—Cualquiera diría que llevas semanas sin verme, y me fui ayer.

El pequeño miró a su padre y se encogió de hombros.

—Eres el único con el que se puede jugar a Spyro. Dante no tenía ni idea —le explicó, mirando al joven moreno que los observaba desde la terraza.

Luis miró al chico y le guiñó un ojo.

—¿Te dio una paliza?

Dante lo observó resignado y alzó sus manos.

—No sabía que estaba ante un maestro de dragones.

—Yo lo avisé —indicó Ian, haciéndolos reír a todos.

Su padre le revolvió el cabello y se alejó de su agarre, para adentrarse en la casa, seguido de su hijo y de sus anfitriones.

Dante no tardó en ir tras ellos. La ansiedad por tener noticias de Mimi lo ahogaba.

—¿Qué haces aquí? ¿Se encuentra bien Melissa? —le preguntó Federico, sentados alrededor de la mesa, mientras Helen le ponía un café al recién llegado.

—Sí, sí... Sigue algo cansada pero está bien —les tranquilizó con rapidez—. He venido a por Ian —explicó atrapando la mano de su hijo, quien se había sentado a su lado.

—¿Y eso? —se interesó la madre de Dante, acomodándose enfrente de él.

—Hemos pensado que sería bueno que viera a su madre...

—¿Puedo ir a ver a mamá? —interrogó el pequeño, interrumpiendo a su padre.

Este asintió feliz.

—Pero hay que recoger todas nuestras cosas —le indicó.

El hermano de Minnie gritó de alegría y salió disparado escaleras arriba.

Helen se rio al observar su comportamiento.

—Creo que no tardará mucho en hacer la maleta.

Luis asintió y bebió de su café.

—No me había dado cuenta de lo que echaba en falta a su madre, hasta ahora...

—A todos —corrigió Federico a su amigo—. Aunque creas que es pequeño y no se da cuenta de lo que sucede, desde que os fuisteis os ha echado de menos a todos.

El padre de Ian movió la cabeza de manera afirmativa.

—Estoy muy agradecido por teneros en mi vida, chicos. —Miró a los padres de Dante regalándoles una sonrisa.

Helen se levantó de su silla y se acercó a él, para darle un abrazo.

—Sabes que para lo que necesites...

—Estaremos aquí, siempre —terminó Federico por su mujer.

Luis asintió.

—Gracias...

—¿No quieres nada de comer? —cambió Helen de tema antes de que comenzaran todos a llorar.

El hombre negó con la cabeza.

—No, con el café es suficiente. Además, tengo que hacer la maleta de Minnie...

—¿Dónde está? —preguntó la madre de Dante, mirando de reojo a su hijo.

—Ha preferido pasar tiempo con su madre, para recuperar el tiempo perdido —les explicó.

—Si quieres, recojo yo sus cosas —se ofreció Dante, interviniendo por primera vez en la conversación.

Luis lo miró.

—¿No te importa?

—No, así descansas un poco del viaje —indicó, yendo hacia la escalera.

—Te lo agradezco, hijo —señaló el padre de Minnie.

—Y así comes algo, que no te quiero ver más delgado —le ordenó Helen.

Luis se carcajeó.

—Eso me dijo Melissa —les explicó con cariño, recordando el instante en que su mujer lo regañó.

—Y tenía razón —dijo la madre de Dante, poniéndole delante un plato con fruta.

«No planeé enamorarme de ti, y no creo que tú lo tuvieras previsto, porque desde que nos conocimos fue evidente que ninguno de los dos podía controlar lo que nos estaba pasando».

—Nicholas Sparks,
El cuaderno de Noah (1996).

Capítulo 50

Ian apareció en la puerta de la habitación de su madre con cierto temor. Miró a su hermana, quien estaba sentada cerca de la cama que ocupaba la mujer, y esperó a que le dieran permiso para traspasar la entrada.

—Mimi...

La joven, en cuanto escuchó que la llamaban, movió la mano animándole a que se acercara, sentándole sobre sus piernas cuando estuvo a su lado.

—Ian, te presento a Melissa. Melissa, este es mi hermano pequeño...

La madre de los dos chicos, observó al niño y le ofreció su mano.

Este dudó por un segundo qué hacer, hasta que su hermana le empujó, obligándole a que la agarrara.

—Hola... —dijo, en un susurro.

Melissa tiró de él y le sentó en la cama. Le revolvió el cabello con cariño y le dio un beso en la mejilla.

—¿Sabes que eres muy guapo?

El pequeño se estiró todo lo grande que era con orgullo.

—Dicen que me parezco a papá —indicó, mirando a su progenitor.

La mujer observó al adulto que llevaba una maleta en la mano y asintió conforme con lo que el pequeño decía.

—Es verdad, tu padre es muy guapo. Tu madre es muy afortunada...

Ian asintió y, sin avisar, la abrazó sorprendiéndola. Al principio no supo muy bien cómo reaccionar pero su instinto habló, y no dudó en corresponderle con otro abrazo.

Minnie sonrió ante la escena y su padre no pudo más que asentir feliz al ver a su familia unida de nuevo.

Pasado un tiempo, en el que Ian no paraba de contarle a su madre todo lo que había hecho esos días que habían estado en casa de Dante, Minnie se levantó de la silla que ocupaba y se acercó a su padre.

—¿Por qué has subido mi maleta? —preguntó extrañada al ver que la había dejado sobre la mesa de la habitación de la residencia y no junto al

resto de sus cosas, en el coche.

—La hizo Dante y, antes de que volvámos a casa, he pensado que te gustaría echarle un ojo por si olvidó meterte algo importante.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Dante ha preparado mi maleta?

—Se ofreció él para que yo pudiera descansar y comer algo con tranquilidad.

—Ya... —dijo, sin saber muy bien qué esperar.

Su padre le dio un beso en la mejilla y le susurró:

—Yo si fuera tú la revisaría, puede que te sorprendas.

Lo miró todavía más confusa ante su enigmático consejo y vio como se alejaba de ella, para acercarse a su mujer e hijo, dejándola sola.

Minnie observó su maleta como si temiera que comenzaran a salir de su interior criaturas mágicas, al igual que sucedía con la de Newton Scamander en el mundo creado por J.K. Rowling. Abrió la cremallera con cuidado y al apartar la tela de la bolsa, lo primero que vio la hizo sonreír. Un pequeño osito panda con ojitos dulces la miraba arropado por su ropa y, a su lado, una caja de cartón destacaba gracias al gran lazo rojo que tenía.

La observó primero con miedo pero, como le había dicho su padre, todo lo que importaba de verdad en esa vida iba acompañado de ese sentimiento, por lo que alejó sus dudas y tomó entre sus manos la caja, sentándose en la silla que tenía más próxima. Deshizo el lazo que cerraba la tapa y sacó el pequeño hombre de hojalata que había en su interior.

—¿Qué es eso? —preguntó Ian acercándose a ella.

Minnie le enseñó la figurita que Dante le había regalado en su paseo por el pueblo.

—Un hombre de hojalata...

—¿Cómo el de *El Mago de Oz*?

—Exacto —respondió sin perder su sonrisa.

—¿Y qué lleva en el brazo?

Minnie observó lo que le decía, dándose cuenta por primera de vez de que por debajo del brazo de latón asomaba un pequeño papel blanco. Lo atrapó, con cuidado de no dañar la figura, y vio que había algo escrito en la nota.

—Las baldosas amarillas siempre serán mi camino de vuelta a ti... —
leyó en voz alta.

—¿Qué significa? —preguntó Ian de nuevo, devolviéndola al presente.

La joven lo miró y negó con la cabeza.

—Nada importante...

—Pues vaya —se quejó su hermano—. ¿Y quién lo ha escrito?

Mimi giró el papel, para comprobar si había algo más escrito, y negó con la cabeza.

—No hay firma...

—Pues seguro que es de Dante —dijo con convencimiento—. No puede ser otro.

Ella lo miró divertida.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque está enamorado de ti —respondió con sinceridad, dejándola con la boca abierta—. Y tú de él, aunque todavía no entiendo por qué no estáis juntos...

Minnie atrapó uno de sus rizos y suspiró.

—Son cosas de mayores...

—Cosas de mayores, cosas de mayores... —la cortó repitiendo en un soniquete insoportable—. ¿Sabes qué creo? —Minnie movió la mano animándolo a que se explicara—. Que lo haces más complicado de lo que en realidad es. Él te quiere y tú a él también. No hay que darle más vueltas.

La joven observó la espalda de su hermano mientras se alejaba de su lado, sin esperar réplica por su parte ante su afirmación.

—Será sabiondo —rumió, devolviendo su atención a la figura de hojalata que tenía entre sus manos y a la nota que llevaba—. Un camino de vuelta a ti... —repitió, al mismo tiempo que recordaba las palabras de su hermano pequeño.

Capítulo 51

—Gracias, Sam, por hacerme este favor —le agradeció a su amigo.

En cuanto recibió la llamada de Minnie, el joven no tardó en presentarse en la residencia. Saludó al padre de esta y, tras prometerle que la dejaría sana y salva en la casa de Helen, le abrió la puerta del acompañante del Mini azul con techo plateado, que le habían prestado.

—Sabes que siempre estaré cuando me necesites —le indicó el joven, quitándole la maleta que llevaba para guardarla en el maletero del vehículo.

Ella, antes de desaparecer por el interior del coche, le preguntó a su padre algo que no paraba de darle vueltas:

—¿Cómo sabías que Dante me había mandado un mensaje?

El hombre le acarició la mejilla y la dio un beso.

—Porque sé que te quiere...

—Pero le dije cosas muy feas antes de marcharnos.

Su padre le revolvió el cabello con cariño y le sonrió.

—Tu madre y yo también discutíamos... —Amplió la sonrisa—. Muchas veces. Pero siempre regresábamos al lado del otro. Cuando encuentras tu alma gemela, no la dejas escapar nunca.

Las mejillas de Minnie enrojecieron.

—No sé si me perdonará —dudó por un instante si hacía lo correcto.

Su padre señaló el muñeco que llevaba entre las manos.

—Ya lo ha hecho.

—Gracias, padre. —Le dio un beso—. Gracias por cuidarme, por estar ahí cuando lo he necesitado y sobre todo, gracias por seguir queriéndonos como lo haces. Mamá es muy afortunada por tenerte a su lado.

—Nuestra familia es muy afortunada —la corrigió, mientras esperaba que se sentara en el vehículo para cerrarle la puerta—. Sam...

El joven miró al padre de Minnie y lo saludó con un gesto militar.

—Sana y salva, señor.

Este se rio y le guiñó un ojo.

—Así me gusta.

No tardaron en ponerse en movimiento, siguiendo el camino que los llevaría hasta Dante.

—¿Por qué sonríes? —le preguntó Mimi pasado un tiempo, intentando romper el silencio que se había asentado entre ellos, y que conseguía ponerla más nerviosa de lo que ya estaba.

Sam la miró de medio lado, para devolver de inmediato la atención a la carretera.

—Porque estoy contento...

—Me alegro —lo cortó, sin darle tiempo a explicarse—. Es preferible estar contento que triste.

Sam asintió.

—Y más cuando ves que tus amigos hacen lo correcto —añadió sorprendiéndola.

Ella le sonrió.

—Parece como si todos os hubierais aliado para unirnos.

El joven rubio le guiñó un ojo, conspirador.

—Podría ser...

Mimi le golpeó el brazo.

—¿Me estás hablando en serio?

Sam se carcajeó y negó con la cabeza.

—No, no... Pero eso no quita que todos pensemos que debáis estar juntos. Cuando erais novios, fuisteis mucho más felices que cuando os separasteis —señaló lo evidente—. Os queréis y es de tontos —elevó su ceja dorada para resaltar la palabra—, que sigáis separados.

La chica observó el paisaje que dejaban atrás, dándose cuenta de que el océano comenzaba a divisarse entre los árboles.

—Sé que metí la pata...

Él atrapó su mano y la besó.

—Hiciste lo que en ese momento pensabas que era lo correcto —la corrigió—. No tienes que darle más vueltas. El pasado es pasado, y ahora debéis construir ese futuro que ambos deseáis... Pero juntos.

Mimi asintió convencida.

—Solo espero que me escuche...

Sam sonrió confiado.

—Lleva esperándote un año, por unos pocos días más no te va a olvidar.

—¿Crees eso? —preguntó, deseosa por conocer su opinión.

El joven rubio asintió.

—Dante te ama, Mimi. Eres la mujer con la que sueña cada noche y con la que quiere levantarse cada mañana. Te entiende, te comprende... Sabe cuando estás triste, cuando algo te afecta o lo que estás pensando a cada segundo... Eso se llama amor, un sentimiento que en escasas ocasiones se cruza por delante de una persona. Sería un tonto si te dejara escapar.

—¿Cómo sabes todo eso?

Él la miró.

—¿El qué?

—Que me conoce tan bien, que sabe lo que pienso o lo que me preocupa —aclaró curiosa.

—Porque soy muy observador y cuando estáis juntos, no necesitáis usar la voz para hablaros. Con una sola mirada, un solo gesto, transmitís mucho más que con las palabras. Son pocas las personas que consiguen eso...

—Sam, ¿estás bien? —le preguntó, preocupada al insistir por segunda vez en la misma idea.

El chico suspiró y asintió con lentitud.

—Lo estaré, querida. —Le palmeó la pierna—. Lo estaré...

—¿Es sobre esa persona que habías conocido? —lo interrogó, recordando la conversación que habían mantenido en la fiesta de la playa.

—Eso ya es pasado, querida —dijo con cierto pesar—. Parece ser que estaba casado y que no tuvo la consideración de informarme.

—¡Será cabrón! —espetó ella con rabia, haciéndole reír.

—Esa lengua, querida —la reprendió, aunque en el fondo sintió cierto orgullo al ver que su amiga se preocupaba por él.

Mimi lo miró con intensidad.

—¿Seguro que estás bien?

Sam asintió y le guiñó un ojo.

—Lo estaré. No te preocupes —la aconsejó—. Ahora debemos centrarnos en ti y en Dante...

—Pero Sam, tú también eres nuestro amigo y me preocupo, los dos nos preocupamos por ti —corrigió con rapidez, metiendo a Dante en la

conversación, sabiendo que si su amigo estaba sufriendo, querría apoyarlo.

Él la sonrió y asintió conforme al escucharla.

—Sois las mejores personas que conozco y por eso debéis estar juntos.

Mimi apoyó su cabeza en el hombro de su amigo.

—Yo también te quiero...

La melodía de un teléfono resonó en el habitáculo del vehículo pasado un tiempo.

Sam sacó como pudo su móvil del bolsillo del pantalón y se lo ofreció a la joven.

—¿Puedes ver quién es?

Mimi descolgó la llamada en cuanto se lo pidió.

—Dígame... Sí, va conduciendo... Ajá... —Miró a su amigo y le sonrió con picardía—. Sí, no te preocupes. Yo se lo digo. Adiós —se despidió y colgó el teléfono.

Sam la miró extrañado al no decirle quién había llamado.

—¿Quién era?

Ella se movió en el asiento, apoyando su espalda en la puerta y sonrió de forma ladina.

—Ya sé por qué no quieres que Dante y yo nos preocupemos por ti... —Mostró el móvil y lo movió de lado a lado—. Es verdad eso de a rey muerto, rey puesto, ¿no?

El joven no pudo evitar sonreír al comprender a lo que se refería.

—Bueno...

Mimi se carcajeó.

—Dice Richard que lo llames cuando vayas a regresar —le comunicó lo que el joven con el que había hablado por teléfono, le había dicho.

Sam le guiñó un ojo.

—Se preocupa por mí...

—Ahh... —le cortó, acordándose de pronto de algo más—. Y que no le ralles el coche...

Ambos se miraron sin poder evitar estallar en sendas carcajadas. Sam se encogió de hombros e hizo una apreciación:

—Se preocupa por mí y por su coche.

Capítulo 52

En cuanto llegaron a la casa de Dante, Helen salió a recibirlos.

—Cariño, ¿qué haces aquí? ¿Todo bien? ¿Tu madre?

Minnie asintió con efusividad.

—Sí, todo bien. No te preocupes.

Sam salió del coche y se dirigió a la parte trasera para sacar la maleta de la joven. Se acercó a las dos mujeres y, tras saludar a la madre de Dante, le dio un beso a su amiga.

—No te deseo suerte porque sé que no la necesitas —le dijo.

Ella lo miró mordiéndose el labio inferior.

—Ahora mismo no estoy muy segura de eso —lo contradijo nerviosa.

—Helen —Sam llamó a la otra mujer—, Mimi ha venido para hablar con tu hijo.

La mujer posó sus ojos en la chica para devolver la atención al joven.

—Haberlo dicho antes... —Atrapó la maleta que este llevaba en su mano y se dirigió hacia la casa sin mirar atrás.

Sam le guiñó un ojo a su amiga.

—Lo ves —indicó sonriente—. Es así de fácil.

Miró confusa a la madre de Dante, quien ya desaparecía por el interior de la casa, y observó de nuevo a su amigo.

—¿Fácil? ¿El qué?

El chico puso los ojos en blanco.

—Esto... —Señaló la puerta abierta de la vivienda—. Sin ninguna explicación, sin aportar ningún dato... Todos estamos deseando que os aclaréis, parejita. Estamos de vuestro lado y cuanto antes lo hagáis, antes nos haréis felices al resto.

Mimi asintió con lentitud.

—Pero...

Sam chascó la lengua contra el paladar silenciándola y movió su dedo índice de lado a lado.

—Nada de *peros*. ¿Tú quieres a Dante? —Ella movió la cabeza de

manera afirmativa, casi como si temiera que si no lo hacía podía perder su cabeza—. Y Dante te quiere a ti, por lo que ahora... entra en esa casa y dile a qué has venido —le ordenó.

Ella lo miró entre divertida y preocupada.

—Y si...

El joven suspiró.

—¿Quieres oír que si nada de esto sale bien, estaré a tu lado?

Mimiladeó la cabeza y le ofreció una tímida sonrisa.

—Estaría bien.

Sam se acercó de nuevo a ella y atrapó su rostro.

—Mimi, querida, si nada de esto sale bien... si solo son imaginaciones de un grupo variopinto que no tenemos ningún ojo clínico en lo referente a relaciones —le dio un beso en la frente—, estaré ahí, a tu lado.

Ella no pudo evitar sonreír al escucharlo.

—Te quiero.

—Y yo a ti, por eso... —Se colocó detrás de ella, obligándola a mirar hacia la puerta de la casa, que seguía abierta, y la golpeó el trasero, empujándola hacia ella—. ¡Muévete!

Mimi hizo lo que le decía, girándose únicamente cuando escuchó como su amigo arrancaba el Mini azul para alejarse de allí.

Se asomó por la entrada de la casa y encontró a Helen en la cocina, y a Federico sentado en el sillón orejero marrón, fumando su pipa mientras leía el periódico.

—¿Se puede?

—Pasa, hija. Pasa —la animó la madre de Dante.

Ella hizo lo que le decía mientras observaba la planta de abajo, o intentaba escuchar algún ruido procedente del piso de arriba.

—No está —aclaró Federico, doblando el periódico para mirarla de frente.

—Ahh... —fue lo único que pudo decir. Sintió cómo sus hombros se hundían y su corazón seguía un ritmo más bajo del que le había acompañado durante todo el viaje.

—Pero no tardará en volver —indicó Helen golpeando a su marido al ver la cara de tristeza que le había provocado a su invitada.

Mimi asintió, llevando sus manos hasta su cabeza para dejarlas caer de inmediato, sin saber muy bien qué hacer con ellas.

—¿Para qué has venido? —le preguntó de forma brusca el hombre.

—Fede... —le llamó la atención su mujer—. No le hables así a la niña.

El padre de Dante se subió las gafas por la nariz y miró con intensidad a la joven.

—Perdona, Mimi, pero es mi hijo y ha sufrido mucho. No quiero que vuelva...

—Yo tampoco quiero que vuelva a sufrir —lo interrumpió—. Necesito hablar con él y si me perdona... —dudó—, otra vez...

—Pues claro que te va a perdonar —la cortó la madre de Dante.

—Helen, deja que se explique —la regañó su marido.

La chica observó a la pareja.

—Lo quiero —confesó, dejando sin palabras al matrimonio.

Helen miró a su esposo, Federico asintió con la cabeza, dándole un mudo permiso, y volvió a coger el periódico para continuar con la lectura.

—Está en la playa —le indicó la mujer.

Ella miró por los ventanales que llevaban a la terraza de la casa y de allí a la playa.

—¿Dante? —preguntó ansiosa.

La madre de este se rio y asintió.

—Claro, cariño.

—¿Puedo? —tanteó, con miedo de que le negaran el permiso.

—Estamos deseando que vayas —anunció Helen con una sonrisa.

Mimi se acercó a ella y le dio un beso de agradecimiento, gesto que repitió con su marido, para salir corriendo de la vivienda con rapidez.

En cuanto llegó a las escaleras que la conducían hasta la arena dorada, se deshizo de sus deportivas blancas, se remangó los pantalones negros y se dejó guiar por las «baldosas» amarillas.

No tardó en ver una figura conocida que venía hacia ella. Con el gesto taciturno, dejando que el agua bañara sus pies desnudos, y que el aire despeinara su negro cabello, pensó que jamás había visto algo tan bello.

—Dante...

Fue apenas un susurro que se le escapó de entre los labios sin pretensión

que él la escuchara, pero el viento juguetón no estaba de acuerdo y con fiereza arrastró su voz hasta chocar contra él.

El joven elevó su cabeza, atraído por lo que creyó que era un espejismo, y se quedó sin palabras cuando la vio delante de él.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó en cuanto la tuvo cerca.

Ella se mordió el labio inferior en un gesto nervioso.

—Buscarte...

Dante arrugó su ceño.

—¿Tu madre está bien? ¿Estáis todos bien? —se preocupó de inmediato.

Mimi atrapó sus manos, intentando tranquilizarlo, feliz al ser consciente de que todavía se preocupaba por su familia, por su bienestar.

—Sí, estamos todos bien.

Él asintió conforme al escucharla.

—Entonces...

—Te quiero —soltó a bocajarro, impidiendo que hablara. En un primer momento había planeado ir poco a poco, ver cómo se encontraba, si había algún indicio que le dijera que todavía seguía sintiendo algo por ella y que no estaba enfadado, pero al final los nervios hablaron.

Dante la miró confuso.

—¿Qué has dicho?

Le sonrió.

—Que te quiero —repitió una vez más—. Que quiero estar a tu lado, que seamos amigos, novios o como quieras llamarlo. Compartir risas contigo, tiempo contigo, charlas o confidencias, problemas... —Lo miró esperando que añadiera algo por su parte, pero no le vio ninguna intención de hacerlo—. Claro que si tú no quieres...

Dante se abalanzó sobre su boca, silenciándola. La abrazó con fuerza, con temor a que pudiera huir de su lado de nuevo, saboreando al mismo tiempo la caricia que se prodigaban.

—Creí... Pensé... —titubeó Mimi, buscando las palabras exactas que expresaran lo que sentía, cuando el beso finalizó—. Tardabas tanto...

Él le acarició el rostro y siseó intentando acallarla.

—Pensé que eras un espejismo que había recreado mi mente... —Cerró los ojos y los abrió con rapidez como si todavía no pudiera creer que la tuviera

allí delante—. No creí que regresarías...

—Tú me llamaste —le explicó.

—¿El hombre de hojalata?

—Más bien el osito panda que te regalé. No sé por qué acabó metido en mi maleta —indicó traviesa.

Dante le apartó unos pocos mechones de la cara y la volvió a besar.

—Esto significa que...

—¿Podemos intentarlo de nuevo? —preguntó con ciertas dudas en sus ojos.

Él tardó en contestar. Se llevó una mano hasta su barbilla y miró al cielo.

—Espera que lo piense...

—Dante... —lo llamó, golpeándole en el estómago—. No seas malo —le recriminó.

El joven se carcajeó, la abrazó con fuerza y la levantó en el aire.

—Podemos —asintió divertido—. Pero...

Mimi lo miró preocupada.

—Sam me dijo que nada de *peros*.

—¿Sam? ¿Nuestro Sam? —preguntó curioso.

—Sí, fue quien me trajo hasta aquí —aclaró.

—Le estaré eternamente agradecido...

—Y a tus padres, a los míos y a Ian —indicó con una sonrisa.

Elevó una de sus cejas al oír nombrar a sus familiares.

—¿Y eso?

—Porque, aunque según nuestro amigo, no estaban compinchados entre ellos, parece que, sin pretenderlo, todos buscaban lo mismo...

—Juntarnos —indicó de forma contundente.

Ella asintió.

—Quieren que volvamos a estar juntos, porque según ellos nos seguimos amando.

Dante subió sus manos desde las caderas femeninas hasta el cuello, dejando su impronta por cada parte de su cuerpo y acercó su rostro al de ella.

—¿Crees que tienen razón?

—Yo te quiero, pero tú... —Dudó por un segundo si dar voz a sus miedos, pero recordó de nuevo lo que su padre le había dicho, que sin temor

no se consigue el amor—. No sé si perdonarás lo que te hice. Estaba nerviosa, no pensé lo que decía... No quise herirte...

El joven atrapó su labio inferior para pasar a continuación al superior, silenciándola.

—Te amo, *milady*. Desde que mis ojos se fijaron en ti, desde que te robé aquel primer beso en la casa de tus padres, desde que te hice el amor por primera vez... —Ella agachó la mirada cohibida ante sus palabras, pero Dante atrapó su barbilla y con rapidez la obligó a mirarlo—. Y, aunque haya pasado el tiempo, aunque hayas intentado alejarme de tu lado, en verdad siempre he estado ahí... Para lo bueno y para lo malo, para los tiempos felices o para los tristes, cuando tú me has necesitado...

Mimi le sonrió.

—Te quiero —repitió lo que le había dicho nada más verlo.

Él la correspondió con un nuevo beso.

—Y yo también, *milady*. Yo también. —La abrazó con fuerza.

La joven se apartó de él un poco y lo miró.

—¿Y el *pero* de antes?

Él la sonrió.

—Ahh... Mi *pero* —dijo divertido.

—Dante...

—Quiero que me devuelvas mi osito panda —reclamó de golpe, aguantando la risa.

Mimi lo miró sin creer lo que escuchaba.

—¿Me estás diciendo que esa es tu única condición para que volvamos a estar juntos?

Dante asintió muy seguro.

—Es mío.

Ella lo miró confusa.

—Claro. Sí. Va en mi maleta, ahora cuando regresemos te lo devuelvo.

El joven no pudo evitar estallar en carcajadas.

—Eres la mejor...

Mimi se separó de él y lo miró con cara de pocos amigos.

—¿Es una broma? En serio que acabas de hacerme una broma en este momento —repitió sin dar crédito a lo que ocurría.

Dante la atrapó justo cuando comenzaba a alejarse de él. Tiró de su mano para mirarla de frente y le dijo con voz más seria:

—No necesito ninguna condición para regresar a tu lado, Mimi. Nuestros caminos están unidos y, aunque uno de los dos se desvíe de la senda a seguir, siempre acabará volviendo al lado del otro. Llámalo destino, llámalo providencia, llámalo como quieras pero tú y yo estamos predestinados para estar juntos.

—Almas gemelas —señaló Mimi, usando las palabras que había utilizado su padre antes de despedirse de ella en la residencia.

Dante asintió.

—Almas gemelas... Me gusta —confirmó—, aunque yo prefiero llamarlo amor. El amor que nos une a través de nuestras baldosas amarillas, construyendo un camino de vuelta a ti.

—¿Sabes que tienes alma de poeta?

Él se acercó hasta su boca y le susurró:

—Llevo el nombre de uno... —indicó, sellando sus palabras con un beso.

FIN

Agradecimientos

El miedo evita que alcancemos eso que deseamos, que queremos... Hay que mirarlo de frente para luchar con fuerza y, si no terminas por alcanzar lo que deseas, al menos siempre te quedará saber que lo intentaste.

Esta novela habla de eso, de miedos y sueños, del destino y ese camino que nos construye o que nosotros construimos para alcanzar lo que deseamos; y de una enfermedad que nos hace olvidar, pero que, gracias a la gente que nos quiere, sabremos que ellos recordarán por nosotros.

He disfrutado dando forma a esta historia. He reído y he llorado, pero también he crecido como persona y espero, como siempre os digo cuando leéis un libro mío, que disfrutéis de esta nueva aventura literaria.

Gracias por vuestro apoyo, por leerme... Sin vosotros, los lectores, yo no estaría aquí.

Gracias a mi familia por seguir creyendo en mí, pero sobre todo a mi marido y a mi hijo, a quienes les robo horas para desaparecer por estos mundos imaginarios.

Gracias a mis amigos, por su apoyo, sus críticas y su paciencia. Gracias por seguir acompañándome cada día.

Y gracias a Ediciones Kiwi por seguir confiando en mí y en mis historias.